

Pedro Calzadilla Álvarez

El día en que un cometa chocaría con la Tierra

Crónicas de Altagracia de Orituco





El día en que un cometa chocaría con la Tierra

Crónicas de Altagracia de Orituco

1.^a ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Pedro Calzadilla Álvarez

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Ilustración de portada

Antonio Pérez

Edición y corrección

Mari Stella Paredes

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5190-7

DI: DC2022001687

Pedro Calzadilla Álvarez

El día en que un cometa chocaría con la Tierra

Crónicas de Altagracia de Orituco

PRESENTACIÓN

Orituco: el paraíso recobrado

Antonio Trujillo

Al contrario de algunos cronistas que sueñan ser historiadores, el autor de estas crónicas sin dejar de ser el historiador que todos conocemos, apuesta y ordena su fe memoriosa en un género aparentemente menor para dar cuenta de un lugar radiante al que él llama y escribe Orituco. Este viaje a la semilla tan vivo en nosotros —mucho antes de Carpentier— en las aguas de Amalivaká podría ser la urdimbre de unas palabras y el fervor de alguien que ama en demasía su origen y desea dejar en la memoria de los suyos, el relámpago del ser y los seres que alguna vez ocuparon el centro vital de su presencia en el mundo.

En estas páginas la ternura y el rigor se dan la mano, registran toponimias, fechas, fundaciones... la espuela y el ave después de misa en el sangriento torneo de la vida y de la muerte y ahondan sin pretenderlo, asuntos del alma en un espacio donde las piedras de un río y una yerba (guarataro) dan cuenta de un país más allá del mítico lindero de una región.

Pedro Calzadilla Álvarez en este libro de crónicas de Altigracia de Orituco vuelve al lugar de donde nunca se ha ido, allí se entiende con unas voces, un tiempo, algo que no es posible en los documentos del Archivo General de la Nación, ni en el Archivo Arquidiocesano de Caracas, ni en otra institución dedicada a conservar la palabra escrita por encima de lo huma-

no y lo divino. Esta vez el viaje, lo escrito, se enraíza al oído y la memoria le ofrenda lo vivido mientras alguien le dicta desde otra luz lo sagrado de un zaguán.

Don Pedro ya ha revisado de distintas maneras y disciplinas la historia de su lugar de origen; tiempo lleva dando cuenta en su obra acuciosa y persistente de los pueblos originarios en sus antiguas y raigales presencias en El valle de Orituco (1999). De larga data es su afán de dar razón en su obra ya notable, sobre un espacio que lo deslumbra y anima a escribir lo nunca dicho sobre el discurso de los dominadores. En relación a esto otros ya han advertido con sobrado tino la indiscutible presencia de Calzadilla, como fundador de una nueva manera de abordar la memoria de nuestras regiones, tan urgidas de ordenar lo humano que de ella borra sin piedad la Ciudad Letrada.

En esta otra mirada del valle de Orituco el cronista busca su paraíso perdido y lo recobra a fuerza de lo guardado en la infancia, en esa región primigenia del ser y verdadera patria del hombre, lo dijo Rilke. Entonces no hay duda, la poesía y la historia se reencuentran para decir un lugar, si en la quebrada de Guatopo se revuelven las aguas con las del Orituco. Allí Calzadilla luce su mayor descubrimiento, al hurgar en sí mismo y dar noticia de su entorno vital.

Enterado de esto el verdadero cronista, decide escribir hablando como alguna vez los mayores trasegaron sobre la distraída inocencia, deslumbramientos y misterios. Tal hallazgo agota el territorio de los archivos, el pie de página, la distante bibliografía y las llamadas fuentes primarias y secundarias, ahora el ser insiste, busca en los nacientes de la palabra, pues intuye que algo falta, y solo allí en lo invisible puede encontrar

otro universo sobre el mismo paraje y oír de nuevo las voces de su propia sangre, el alma, las almas que alguna vez construyeron amorosamente el luminoso sendero de su destino.

Solemos ignorar el momento, el instante o el fulgor que nos lleva de la mano al centro de lo memorioso, poco sabemos de quien nos guía; sin embargo sucede y un día estamos en fraterna conjunción con las cosas del aire y de la tierra, en el espíritu de aquellos ausentes que viven y eligen entre los suyos al que dibuja su paso por la tierra. Eso le acontece al lector de estas crónicas cuando descubre la trama afectiva, la soterrada elegía de quien escribe y nombra un lugar y devuelve el antes, el nombre, de aquellos que un día no ha mucho entraban y salían por las bocas del agua, y tumbaban astros si rozaban un árbol.

Una mesa en la bondad de la madre, una escuela, una plaza y su árbol de ágora en la intemperie de las preguntas, el tío Pablo y la abuela Carmela. Casas, espacios, el sendero de las pozas, el viento en la luz de los papagayos y un río que circunda y funda islas en los bambúes, junto al nombre y el tiempo de una hacienda, La Elvira, van forjando en el niño un imaginario, esa desmesura que lo habita cuando habla y escribe desde las costumbres y los secretos de la tierra.

No quisiera concluir mi apreciación del libro sin detenerme en una de las crónicas tan plena con pasos de ríos en el centro de un invierno. Es su primer viaje a Caracas el año 1942 en compañía del padre. El solo nombre de esos ríos ya es un vínculo inolvidable con el paisaje, así lo refiere cuando los nombra y guarda para sí: Orituco, Memo, Taguay, Carmen de Cura, Camatagua y otras corrientes de agua de menor caudal. Sorteada

la fuerza de la naturaleza ya en Charallave rumbo a la cortada del Guayabo el viajero confiesa el esplendor de lo nunca visto.

Oír un lugar, el ser que habita su memoria, es uno de los tantos aciertos de este periplo de Calzadilla, es aquí donde desea y logra escribir hablando. Pronto observará el lector una de las claves de este trabajo, entre ellas, esa de ir conectando lo micro con la región y la región en vigilia permanente con el país.

Lo escrito devuelve voces, hay alguien cerca de las palabras, otros miran un río, lo originario está adentro en el corazón de la montaña, permanece, otea lo recién fundado. Unos vienen de San Juan de la Paz y buscan en Arapa y Carapa el brillo de unas piedras, oyen el río Taguaza su destino de tributario. La Rubileña gobierna lo oscuro, es agua, turbina y luz por mandato del río Orituco. Todos hablan, ninguno transige ni se encubre. Díaz de Alfaro, Chapaiguana, Oviedo y Baños, Adolfo Antonio Machado, Julián Infante y el maestro Adames discuten una encomienda, la luz de un valle, no hay acuerdo entre ellos, siempre se interpone un mito y unos son del rey y otros señalan un campo de Carabobo. Mientras dicen les nace la colonia Guzmán Blanco y el general Crespo y Natividad Solórzano preludian sus propias muertes. Josefa María Ramírez sostiene una palabra en el aire ¡Patria! y nadie la muere. Está dicho y lo saben, Susana Paz Castillo es la Madre Candelaria de San José...

Aquí lo narrado se ampara junto al decir histórico y sucede allí donde la palabra dicha ignora la orfandad y permite a quien la oye y escribe enhebrar el milagro de lo guardado de generación en generación y valorar el hallazgo desde una mirada descolonizada por amorosa en el destino de las crónicas que nos acompañan.

Sin peso académico, el libro avanza en lo suyo, nunca se desvía hacia lo otro, por el contrario busca, se interna con lucidez en la selva de su única infancia.

Lo sabe el autor conocedor del discurso y los sellos antiguos y modernos desde Heródoto, pasando por la intrahistoria de Unamuno y la historia Matria de Luis González y González, pues en su andar mucho ha sido descifrado en el paisaje y las hondonadas de una Tierra Firme.

Por nuestra parte celebramos lo uno y lo múltiple que acontece en estas páginas, el equilibrio al que propenden, la trama espiritual de su artífice, y junto a él seguimos palabra a palabra, río a río el esplendor de una región que habla y al país que la oye. Si a veces nos detenemos en su lectura es causa del árbol y del ave que murmura en la entraña del paisaje.

Oro en Orituco

Era viernes por la tarde y Rafael, Darío, Tulio y yo, todos alumnos del cuarto grado, habíamos iniciado una interesante discusión en el patio de recreo. Pero a los pocos minutos sonó la campana, señalando el fin del receso y el retorno al salón de clases. El tema del intercambio era unas minas de oro que, supuestamente, existieron en Altagracia de Orituco algunos años después de su fundación. Al reiniciar la clase, el maestro José Ángel Adames nos alertó:

—Bueno... a esta hora, como todos los días después del receso, nos toca hablar de historia.

Antes de que comenzara, Tulio, que era uno de los mejores alumnos del curso y muy apreciado por todos, levantó la mano. Es necesario aclarar que el maestro Adames fue, toda su vida, un apasionado por la historia. Quizás esa era la razón por la que todos los días, por la mañana y por la tarde, hacía largas disertaciones relativas al proceso histórico del país, haciendo hincapié en el balance de los enfrentamientos bélicos, de los que hacía una minuciosa disección. Eso lo llevaba a mencionar a los jefes de cada ejército, ofreciéndonos partes de guerra

donde incluía el número de soldados que participaron por cada bando, los muertos, los heridos, lo prisioneros, las armas incautadas y otros muchos detalles de la confrontación.

—Maestro —dijo Tulio con bastante determinación—, con su permiso. A nombre de varios compañeros quisiera hacerle una consulta.

—Adelante —respondió el maestro sin vacilar.

—En el receso, cuatro alumnos estuvimos discutiendo sobre una cuestión que seguramente Ud. conoce muy bien. Se trata de las supuestas minas de oro que, según afirmaron algunos cronistas, existieron en Orituco. ¿Nos podría hablar de ese tema?

Meneando la cabeza de arriba abajo, expresó:

—Hacía mucho tiempo que no oía hablar de ese asunto —Hizo una breve pausa, y continuó: —Sí, como no. Voy a referirles lo poco que conozco de esa vieja leyenda.

Y como cosa rara, en un brevísimo discurso, se refirió a lo antiguo de esas versiones, dio algunos detalles de la entrada de los españoles al valle del río Orituco desde el norte, por la sierra Maestra, alrededor del año 1600, y los fracasos que tuvieron en la búsqueda de oro. Culminó afirmando que todas esas referencias al oro de Apa y Carapa, y de las minas de Chacón y del capitán Silva, eran sólo leyendas y, como tales, no valía la pena perder tiempo discutiendo sobre si existieron o no, ya que no hay documentos en qué apoyarse.

A ninguno de los cuatro satisfizo la versión del maestro Adames. Esa tarde regresé de la escuela con mayor avidez por conocer más detalles sobre esa fantástica y fabulosa historia de la existencia de oro en nuestro pueblo. Pregunté a mis hermanos mayores y a mis padres. Ninguno tenía ni siquiera idea de

dónde quedaban Apa y Carapa, y tampoco de la supuesta existencia de minas en las quebradas de Quere y Apamate.

Las noticias que nos dejaron los cronistas Cisneros y Oviedo y Baños, en el siglo XVIII, y el primer historiador y cronista de Altagracia, nuestro Adolfo Antonio Machado, a finales del XIX, coinciden en afirmar como un hecho cierto la existencia de esos yacimientos. A continuación, en unas pocas líneas, intentaré ofrecer un pequeño resumen de esas antiguas *noticias*.

Las huestes españolas, que vinieron a la conquista y colonización de América, llegaron imbuidas de las ideas mercantilistas de los siglos XVI y XVII, propias de los europeos de ese tiempo; concepciones que atribuían a los metales preciosos y, particularmente, al oro, el origen de toda riqueza. Y es por ello que los invasores españoles, al menos en los primeros 100 años de la Conquista y Colonización, dedicaron la mayor parte de su tiempo a la búsqueda del metal amarillo que, en Venezuela, se resumió en la conquista del fabuloso y escurridizo Dorado. Así pues, los afanes iniciales de los invasores del valle del Orituco fueron los mismos que en el resto del país: encontrar oro.

En el caso de Orituco, el asunto se inició con la fundación de un pequeño poblado en Barlovento: San Juan de la Paz en el año 1584, para desde allí iniciar la explotación de las supuestas minas de oro de Apa y Carapa, dos pequeñas quebradas afluentes del río Taguaza, tributario del Tuy. Ese objetivo no lo lograron los conquistadores, porque los indios tomuzos, según algunos cronistas, les hicieron la guerra y tuvieron que abandonar el lugar. Años más tarde, el gobernador de la provincia organiza una nueva expedición para la búsqueda de las minas perdidas, y pone al frente a Sebastián Díaz de Alfaro, quien

refunda la desaparecida población de San Juan de la Paz, hoy conocida con el nombre de Aragüita.

Después de que fracasa en la búsqueda de las minas de Apa y Carapa, Díaz de Alfaro resuelve seguir hacia el sur a la caza delpreciado mineral. Esas exploraciones lo llevaron hasta el sitio, unos 100 kilómetros más al sur, donde decide fundar San Sebastián de los Reyes. Sobre las minas de Chacón y el capitán Silva Machado abundan referencias, noticias y comentarios conservados a través de la tradición oral, que concluyen sosteniendo la veracidad de la existencia de los yacimientos en Apamate y El Diamante.

El domingo por la tarde, tal como lo hacíamos frecuentemente, dos de mis hermanos y yo nos fuimos a la casa del tío Pablo, un viejito de casi 90 años, muy cariñoso con sus nietos y sobrinos y, sobre todo, muy conversador, contador de historias de *revoluciones* y de otros muchos sucesos importantes ocurridos en esta comarca. Esa tarde, cuando me dio la primera oportunidad, le pregunté si él sabía algo sobre unas supuestas minas de oro que existieron en las quebradas de Apa y Carapa y en algunos lugares cercanos a nuestro pueblo. Cuando le hice la pregunta, la alegría le iluminó el rostro. Enseguida comprendí que el asunto no le era ajeno y que, por el contrario, le interesaba. Con mucha calma y mirándome a los ojos me preguntó:

—Dime hijo, ¿y de dónde sacaste tú esa idea de que por acá pudiera haber oro?

La pregunta me sorprendió y casi me arrepiento de haberle interrogado. Inmediatamente, reaccioné y le conté lo que el maestro nos había referido.

Se quedó pensativo unos segundos, y yo me quedé callado, sin tener nada que decir. De pronto, entusiasmado, comenzó:

—Es una historia larga, pero se las voy a resumir, porque es muy interesante y sé que les va a gustar. Esa leyenda del oro en Orituco es muy antigua. Tiene su origen en esa idea que traían los españoles que invadieron los territorios americanos, de que la riqueza residía en los metales preciosos. Ellos recorrieron todos los espacios del Orituco, exploraron en las quebradas, hicieron excavaciones en muchos lugares, sobre todo hacia los morros de Macayra y Apamate, y no encontraron nada.

Se tomó un breve descanso y continuó:

—Como Uds. saben, el bisabuelo de ustedes, mi padre, Francisco de Paula Paz Castillo, vivió su juventud en Aragüita. Allí tuvo la oportunidad de conocer esa leyenda. En cierta ocasión, fue invitado por unos amigos a una expedición a las quebradas de Apa y Carapa, y de paso a ver qué había de cierto en las tan mentadas minas. Un día, estando yo muy jovencito, me habló de este asunto y me afirmó que, al igual que en Altagracia, en Aragüita la gente todavía soñaba con ese oro que nunca apareció. Me ratificó que él había recorrido las dos quebradas en compañía de sus amigos de Aragüita, y que habían explorado los célebres riachuelos sin hallar nada parecido al oro. Eso sí, mucho monte, y culebras en cantidad.

»Bueno, en conclusión les digo que, en mi modesta opinión, en el Orituco el único oro que existió fue el cacao que los españoles llegaron a producir, con el esfuerzo y sudor de los esclavos negros que trajeron de Barlovento, porque los indios nunca aceptaron someterse a la esclavitud. Y al parecer, ese oro como que se agotó para siempre.

Con esta información, logré aclarar bastante el asunto, lo que me fue muy útil, porque el lunes, cuando regresé a la escuela y salimos al recreo, se armaron numerosas discusiones sobre las

supuestas minas y, en el grupo donde intervine, aporté buenos argumentos.

Días más tarde, en el salón de clase se armó un debate sobre el mismo tema y allí tuve oportunidad de contar las experiencias del bisabuelo Paz Castillo. Al final de mi intervención, todos quedaron callados, poniendo en duda, quizás por primera vez, la existencia del metal amarillo en nuestro pueblo. El maestro Adames finalizó esa clase reafirmando su convicción de que la existencia de oro en la región es parte de una vieja leyenda.

Sin embargo, a pesar de todas las argumentaciones que niegan su existencia, todavía hay personas en el pueblo, aunque pocas, que siguen soñando, como en los viejos tiempos, con oro en Orituco.

MIÉRCOLES, 18 DE JUNIO DE 1941

Los cuentos de la abuela Carmela

Como todas las tardes, ese día nos disponíamos a salir mis hermanos y yo para la casa de la abuela. Cuando bajábamos por el zaguán, de pronto oímos la voz de nuestra madre que decía, cariñosa como siempre:

—No molesten a doña Carmela, y háganle caso a todo lo que ella les diga.

Mi madre sabía que todas las tardes, después de cenar y cuando ya comenzaba a oscurecer, corríamos a la casa de la abuela Carmela a oír sus hermosas e interminables historias de hadas, princesas, ogros y dragones voladores.

Para esos años, recuerdo a la abuela con su cara toda llena de arrugas. Con seguridad debía tener más de 80 años. Ella era muy cariñosa con sus nietos y, en general, con todos los niños. Cuando comenzábamos a llegar, alegre salía y se sentaba en una silleta de cuero al lado de la puerta de entrada de la vieja casona, hogar de la familia de mi padre. Doña Carmela, como la conocían todos en el pueblo, era la menor de los tres hermanos Paz Castillo. Los otros dos eran Pablo Paz Castillo, el mayor, y Susana, más conocida como la Madre Candelaria.

Allí, en el enorme portón de su casa, nos reuníamos todas las tardes de aquellos meses dos de mis hermanos y yo, los primos Toro, alguno de los hijos menores del maestro Próspero Infante, que vivían en frente, y alguno que otro niño o niña de la vecindad. Todos nos sentábamos en el suelo, la rodeábamos en silencio y muy atentos, para no perdernos ni un solo detalle de sus maravillosas historias.

Tenía un repertorio impresionante, y si repetía alguna cambiaba los nombres de los personajes o los escenarios y lo contaba como un cuento nuevo. Pero no era sólo el número casi infinito de cuentos que se sabía o inventaba, sino también la capacidad que tenía para relatarlos, sin que el pequeño auditorio perdiera un solo instante el interés. Tenía un don especial para darle un toque dramático a sus historias y mantener el suspenso hasta el final. Nadie se movía ni interrumpía, era como una magia que tenía para embrujarnos con aquellas hadas, ogros, enanos, brujas malignas, magos increíbles, reyes bondadosos, príncipes valientes, princesas encantadas, pastores, campesinos pobres, dragones voladores, caballos alados, aves de mil colores, y otros muchos animales y seres asombrosos. Creaba un mundo maravilloso, lleno de fantasías, pero siempre con una moraleja.

Allí estábamos todos sin movernos, deslumbrados por aquellos mundos fantasiosos, insólitos, hasta el momento en que comenzaban a retumbar, en el silencio de la noche, las ocho campanadas de la iglesia. Entonces, mis hermanos y yo corríamos a nuestra casa, donde debíamos llegar antes de que sonara la última. Eran las reglas de la época. A esa hora, las 8:00, la pequeña planta hidroeléctrica La Rubileña cortaba el suministro de electricidad, salvo los sábados y domingos, cuando el

horario se extendía hasta un poco después de las 10:00, para posibilitar las actividades del único entretenimiento nocturno del pueblo: el cine Ayacucho.

De repente, el vecindario todo quedaba en la más profunda oscuridad.

Peregrinación a la cruz de Peña de Mota

Desde el día dos del mes de mayo por la tarde, comenzaba a oírse el estruendo que producía el trabuco emplazado en el cerro de Peña de Mota, pequeña colina centinela del pueblo de Altagracia de Orituco por el rumbo norte. Era el comienzo de la celebración del día de la Santísima Cruz de Mayo, festividad de hondo contenido popular que se prolongaba durante varias jornadas. Esta actividad, que hoy los especialistas califican de mágico-religiosa, estuvo muy arraigada en la comarca. Se realizaba en honor al Madero Sagrado de Jesucristo, símbolo de la fertilidad, y al cual se le rezaba y cantaba para que las siembras, que se iniciaban con las primeras aguas del invierno, fructificaran y fueran abundantes. En el fondo, era como una ofrenda a la naturaleza.

Además de los ritos y rezos cristianos, en esos días se entonaban versos alusivos a la Cruz de Mayo, los cuales tomaban forma de cantos de fulía con tambora, cantadores y recitadores de décimas; todo ello con un fuerte acento afrovenezolano. El centro de las actividades era la cruz de Peña de Mota, erigida en lo alto de la colina del mismo nombre en 1904. Allí se reunían

hombres y mujeres en torno a los tamboreros y cantadores y, entre décimas y palos de aguardiente, se realizaba el velorio a lo largo de varios días con sus noches. Las celebraciones no sólo comprendían la peregrinación al cerro de Peña de Mota, sino que se prolongaban durante todos los sábados del mes de mayo en las residencias de muchas familias, donde se adornaba cruces con flores y se les hacían tributaciones.

El silencio y la quietud de la noche pueblerina era roto por la tambora, cuyo eco retumbaba monótono y lejano, pero también por la ruidosa detonación del trabuco, que estallaba a intervalos regulares en el cerro. Desde el pueblo se podía ver la Cruz, iluminada por las fogatas encendidas a su alrededor, y las luces de las linternas y los mechurrios que subían y bajaban por el angosto sendero que conducía al monumento.

Las celebraciones comenzaban con la llegada del mes de mayo y continuaban el tres, el día principal, con la peregrinación hasta el lugar donde está fijada la cruz. Para esas jornadas iniciales, casi siempre ya habían caído los primeros aguaceros y el escaso follaje que cubría gran parte de la colina comenzaba a reverdecer.

Recuerdo que aquel día tres de mayo del año 1941, en las primeras horas de la tarde, la gente se reunió en las adyacencias de la iglesia. Lo recuerdo porque fue la primera vez que mis padres me permitieron que asistiera a la festividad de la cruz de Peña de Mota. Alrededor de las 4:00, un monaguillo comenzó a repiquetear las campanas para anunciar a los presentes, que se arremolinaban en las esquinas de la plaza Bolívar, que se iba a dar inicio a la romería. De seguidas, salió el padre Ruíz del templo, con su séquito de monaguillos y ayudantes. Más atrás, le seguía un nutrido cortejo de señoras muy devotas, todas cu-

biertas con velos y mantillas. En la plaza se hallaba reunida mucha gente del pueblo, esperando el inicio del ascenso. Entre la multitud era notoria la abundante presencia de niños y adolescentes, incluidos dos de mis hermanos y yo.

Cuando íbamos bajando desde la plaza por la calle Chapai-guana, en dirección norte, uno de mis hermanos mayores me alertó:

—Recuerda lo que te dijo mi mamá: tienes que quedarte conmigo, no puedes andar correteando por ahí.

—Está bien, ya lo sé, pero quiero ir con mis compañeros. —Y me adelanté.

Los velorios de cruz, comunes en casi toda Venezuela, tenían en Altigracia de Orituco una especial significación, ya que estaban asociados a esa hermosa tradición popular: la peregrinación anual a la cruz de Peña de Mota. Al efecto, el pueblo, sin distinción de clases, se congregaba frente a la iglesia y de allí partía en larga columna por la calle Chapaiguana. El objetivo era ascender a la colina por un angosto y pedregoso camino, que zigzagueaba hasta llegar al pie de la cruz, donde el cura dirigía un rosario cantado en homenaje a ese primitivo símbolo del cristianismo. Previamente, el camino había sido desmontado y limpiado para facilitar el paso de los caminantes, así como adornado con arcos de hojas de palmera. La cruz lucía cubierta con flores multicolores de papel y, en su base de concreto, había cestas con frutas, platos con comida y cirios encendidos.

Finalizados los ejercicios religiosos, en las horas finales de la tarde, nuevamente el trabuco y la tambora comenzaban a retumbar, siempre acompañados por fulías y rezos, que se prolongaban hasta el amanecer del día siguiente; actividades que se repetían durante varias jornadas. Por supuesto que, en las

mismas, como en toda festividad donde reina el canto y la alegría, no podía faltar el licor. De modo que muchos de los tambores, cantadores y parranderos, terminaban borrachos por las noches.

En las romerías diurnas a Peña de Mota, se reunían individuos de todas las capas sociales para cumplir con los preceptos religiosos, pero, además, la ocasión era propicia para reunir a la familia, a la comunidad y romper con la monotonía de la vida pueblerina.

Para los muchachos, aquella era una oportunidad para pasarla bien. Lo nuestro era jugar, sin importarnos para nada la parte religiosa del evento, que se realizaba alrededor de la Cruz, básicamente con la presencia de las mujeres. Era éste un excelente momento para jugar a los vaqueros, o a policías y ladrones, escondiéndonos en los matorrales o en los grandes peñascos que todavía existían en el cerro. Era una tarde de devoción para los adultos y de auténtica diversión para los niños.

Una noche de película

—Esta noche no te pierdas la sensacional película *El capitán Blood*, con el gran actor norteamericano Errol Flint. Acción, emoción, drama, amor. ¡No faltes! —gritaba con un megáfono, por las principales calles de Altagracia, un empleado de la empresa al anunciar la película que se exhibiría, esa noche, en la única sala que funcionaba en el pueblo: el cine Ayacucho.

Aparte de este primitivo sistema de promoción, la empresa exhibidora colocaba en las esquinas de algunas de las principales calles, adosadas a los escasos postes del alumbrado nocturno, carteleras donde anunciaba las cintas que se exhibirían cada fin de semana; generalmente el mismo título para los dos días. En la parte baja de los carteles siempre incluían una nota afirmando que también sería exhibido el *Noticiero Movietone*, con las últimas informaciones sobre la guerra contra Hitler y el fascismo alemán.

—¿Vas a ir esta noche al cine? La película es *El capitán Blood*, con Errol Flint. Yo no me la pierdo —le dije a uno de mis compañeros después de que salimos de la escuela el sábado, cerca del mediodía.

—No sé si pueda ir. Tú sabes que el problema mío es conseguir el *realito* para la entrada (Bs. 0,50) —respondió mi amigo. Los niños pagábamos la mitad del costo del boleto.

Yo tenía el mismo problema, y por eso pasé toda la tarde buscando una fórmula nueva para conseguir el *realito*. Después de darle muchas vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que la única posibilidad que tenía, como de costumbre, era pedirle a mi papá; sólo que había que buscar el instante apropiado.

La táctica consistía en situarme cerca de la mesa donde jugaba su habitual partida de cartas en el club de Vidal Carballo, y esperar la oportunidad en que ganara un *rommy*. En ese momento, seguro me daría una ficha de las que cobrara, ficha que podía cambiar por dos reales y me alcanzaría hasta para comprar un *güergüero*, uno de los dulces que hacían las Osío y vendía María Enriqueta en una de las esquinas de la plaza. O podía también tratar de sacarle más de un pirulí a la ruleta de Musiú Lafitte. Casi todas las veces que mis hermanos y yo empleamos la táctica del juego de *rommy*, nos acompañó la suerte.

La proyección de la película comenzaba, cuando los rollos llegaban a tiempo, antes de las 8:00 de la noche. Pero desde las 7:00 ya podían oírse, por las cornetas que la empresa tenía instaladas en la entrada del establecimiento aledaño a la plaza Bolívar, rancheras mexicanas, tangos, valeses, joropos y otras melodías venezolanas, que retumbaban en la plaza y calles adyacentes. Y a esa hora comenzaba el desfile de gente con sillas al hombro, buscando ubicarse en los mejores sitios.

El local que ocupaba el cine era una vieja casona, situada al lado del *botiquín de la plaza*, que hacía esquina entre las calles Chapaiguana y Rondón. Se trataba de un lugar espacioso, con dos localidades divididas por una baranda: una de ellas techada

y con piso de cemento, llamada “Preferencia”. Ésta contaba con bancos para los espectadores, quienes, si así lo preferían, también podían llevar asientos más cómodos. Las entradas para esta localidad eran las más caras y, de hecho, estaban restringidas por su costo a las familias con mayores ingresos.

La otra localidad era mucho más amplia, con un piso de tierra muy irregular, inclinado. Se trataba del patio de la casa que, al fondo, tenía una pared muy alta, donde habían pintado un inmenso recuadro blanco que servía de pantalla para la proyección. Esta localidad no tenía asientos de ningún tipo y todos la llamábamos “Gallinero”. Los que asistíamos a este gallinero teníamos que llevar nuestras sillas o taburetes, o sentarnos en el suelo, tal como hacíamos la mayoría de los muchachos. Las entradas no eran muy caras, dos bolívars a Preferencia y uno a Gallinero; los niños a mitad de precio.

El fluido eléctrico que medio alumbraba algunas calles del pueblo, y también alimentaba los equipos de proyección del cine, venía de la hacienda La Rubileña, donde había sido instalada hacía muchos años una pequeña turbina, accionada por la fuerza del río Orituco. La electricidad llegaba al pueblo a las 6:00 de la tarde, y era interrumpida a las 8:00 de la noche. Pero los sábados y domingos, así como algún otro día que hubiera una proyección extra, apagaban la turbina cerca de las 10:00. No era extraño que en ocasiones se suspendiera la función debido a que la corriente que llegaba era de muy bajo amperaje, en este caso por el poco volumen de las aguas del río o, al contrario, porque la creciente impedía controlar su caudal. Esas noches no había cine y el apagón era general.

En cierta ocasión nos quedamos con las ganas de ver a Tim McCoy fajarse, a tiro limpio, con los bandidos que intentaban

robar el ganado del *rancho Tres X*, por falta de electricidad. Esa vez, el río tuvo una crecida histórica que duró dos días. En otra oportunidad, estando las dos localidades abarrotadas de impacientes espectadores gritando y rechiflando, ya que eran casi las 8:30 y nada que comenzaba la función, de pronto se oyó una voz ronca y muy fuerte que salió de la cabina de proyección. Era Agustín, el operador, informando:

—Señores, tengan la bondad de esperar un poco, la película no ha llegado. El río está crecido y el autocamión de Martín Pérez está del otro lado, no ha podido pasar. Ya mandamos a buscarla. Dentro de pocos minutos comenzaremos la proyección.

Superado este *pequeño* inconveniente, por fin comenzó la exhibición. En éstas no solían faltar dos o tres interrupciones, ocasionadas por cortes que traía la cinta. Inconvenientes que algunos de los más irreverentes entre el público aprovechaban para gritar:

—Luis Emilio, ladrón, devuélveme mi bolívar. —Y otros improprios del mismo tenor, que muchos de los presentes, particularmente los que ocupaban el gallinero, celebraban con gritos y risas.

Finalizada la proyección, se iniciaba el regreso a los hogares tan rápido como fuera posible. En minutos se apagarían los pocos bombillos de las calles, y los 40 o 50 asistentes, con sillas y taburetes al hombro, tendrían que sortear la oscuridad, en tanto los más afortunados apelarían a las linternas.

—¿Te fijas? Yo tenía razón —le dije al compañero con quien había hablado al mediodía —Es una película buenísima.

—Verdad que es bien emocionante —respondió—. Lo único que no me gustó es que a la novia del muchacho la matan al final.

Y así, después de una noche de película, me acostaba a soñar con barcos, piratas y espadachines. Y el lunes me disponía a fabricar mi propia espada, porque seguro esa semana los juegos iban a ser duelos a muerte, en la cubierta de un barco pirata.

LUNES, 4 DE AGOSTO DE 1941

Las vacas las ordeñaban dentro del pueblo

Salía del cuarto medio dormido y, al verme, mi madre me dice:

—Hijito, lávese la cara para que vayas donde la comadre Rosa a buscar la leche. Acuérdate de llevar la jarra y dile que me regale dos limoncitos.

En aquellos años, nosotros vivíamos a cuadra y media de la iglesia, entre la calle Bolívar y la calle Sucre. Y casi al frente, en la misma cuadra, en una casa que hacía esquina, habitaba la familia de la señora Rosa de Dáger. Así que para hacer el mandado sólo tuve que cruzar la calle.

Después de franquear el enorme portón de entrada, siempre abierto, y recorrer el amplio zaguán, llegué a los corredores que bordeaban un pequeño y bello jardín, cuyo centro lo ocupaba un frondoso limonero. Continué por uno de los corredores laterales hasta el fondo, donde había una puerta de acceso al patio trasero, que había sido independizado del resto de la vivienda y convertido en corral de ordeño, con *puerta de tranquero* hacia la calle Sucre. Allí, unas 12 o 15 vacas eran ordeñadas todos los días, y su producción vendida de inmediato en el mismo lugar. Doña Rosa, al frente de la operación comercial, al verme me

saludó muy cariñosa, como siempre, e inmediatamente vació en la jarra que yo llevé la botella de leche.

En esos años, lo habitual era que los líquidos se midieran por botellas en vez de litros, y los granos, y en general los sólidos, por litros, en lugar de kilos. La leche se vendía “a puerta de corral” y, si la memoria no me falla, costaba 16 centavos la botella (80 céntimos de bolívar) y el comprador tenía que llevar un envase.

En el pueblo había unas cuantas casas con corrales de ordeño. Justamente en la misma calle Sucre, a unos 50 metros de distancia de la casa de los Dáger, en dirección norte, habitaba la familia Jaspe, en una casa que tenía un largo corral, con puerta de tranquero hacia esta calle, donde ordeñaban todos los días no menos de 30 vacas. Allí la señora Rosa de Jaspe también detallaba la leche a puerta de corral, y al mismo precio que la familia Dáger.

El ganado, después de ordeñado y de haber alimentado a sus becerros, era conducido por la calle Sucre hacia el este, hasta los potreros que comenzaban inmediatamente después del cerro del Calvario, en los terrenos que antes llamábamos *potreros de Paural*, y que hoy se conocen como sector El Chala.

A los pocos años, las autoridades municipales prohibieron, por razones de salud pública, el ordeño de las vacas dentro del pueblo, argumentando que el traslado de los animales desde y hacia los potreros ensuciaba las calles.

Un domingo en los gallos

Los domingos en el pueblo eran días de mucho fastidio para los niños. Salvo aquellos en los que teníamos un paseo que, generalmente, consistía en visitar a un amigo de la familia en el campo, invitación a una ternera o un sancocho a la orilla del río, a donde además teníamos la posibilidad de bañarnos. Lo otro que invariablemente había que hacer los domingos, pero que, por supuesto, no tenía nada de divertido, era ir a la misa de las 8:00 de la mañana. Mi madre, una auténtica cristiana, no nos daba autorización para ir a ningún lado si antes no asistíamos a la santa misa.

En Altagracia de Orituco, como en casi todos los pueblos y ciudades de Venezuela, existía, y aún existe, a mí parecer con menor pasión, la antigua tradición de criar gallos de pelea. En los años de estas crónicas había muchos vecinos, de todos los sectores sociales, que con verdadera pasión mantenían *cuerdas de gallos de lidia*, muchos de ellos en los patios de sus casas de habitación. Esta es una afición que nos llegó con los españoles y se quedó muy arraigada en el pueblo.

Uno de esos domingos de fastidio, mi padre, como era su costumbre, se disponía a salir para la gallera y le pedí, mejor

dicho, le rogué, como lo había hecho muchas otras veces, que me permitiera acompañarlo. Por primera vez aceptó, y ello me produjo una enorme alegría: de ahora en adelante no tendría que soportar las bromas de varios de mis compañeros de escuela, que ya habían vivido esa excitante experiencia en compañía de sus padres.

A eso de las 9:00 de la mañana comenzaron a congregarse en la gallera, que estaba situada en La Playera, muy cerca de donde remata la calle Ilustres Próceres, los hombres que hacían posible este espectáculo-entretenimiento: criadores, expertos en la preparación y entrenamiento de los animales para la riña, apostadores y público en general.

Las peleas no podían comenzar antes de que finalizara la última misa de la mañana del domingo. Esta prohibición la había impuesto la Iglesia, según afirmaban los galleros, desde los tiempos coloniales, pero nunca hubo conflictos por esta causa. Las misas domingueras finalizaban alrededor de las 9:00 de la mañana, y el primer combate nunca empezaba antes de las 11:00.

Los domingos, la gallera era el lugar de concentración de los personajes principales del pueblo. Se podía contar con la asistencia de representantes de sus autoridades civiles y militares, hacendados, comerciantes y, en general, hombres de negocio, pero la gran mayoría de los asistentes eran personas del común, el pueblo humilde. Eso sí, eran eventos a los que sólo concurrían hombres.

En ese escenario, antes de comenzar el sangriento espectáculo, y mientras los galleros *cazaban* las peleas, se formaban amplias y prolongadas tertulias, donde los asistentes tenían la posibilidad de enterarse, con pelos y señales, de las últimas no-

vedades acaecidas en el pueblo: la muerte de algún vecino, los requiebros amorosos de alguna dama de la sociedad, y muchos otros chismes. Pero igualmente se hablaba de política y, por supuesto, con la asistencia de tanta gente importante y acaudalada, las transacciones comerciales de todo tipo no podían faltar.

Era, pues, un lugar de encuentro, no sólo para la diversión sino también para informarse, para negociar y hasta para dirimir rencillas personales. Era muy frecuente que en las galleras no sólo pelearan los gallos sino también algunos de sus asistentes. Y no era extraño que, aunque en contadas ocasiones, resultaran personas heridas y eventualmente hasta muertas.

Después de interminables y laboriosas discusiones entre los propietarios de los animales que se iban a enfrentar (regateos que tenían que ver, entre otros aspectos, con el peso de los animales, el tamaño y características de las espuelas, si alguno de los contrincantes era tuerto) y, por supuesto, lo más importante, una vez acordado el monto de la apuesta y solventadas las diferencias, los gallos estaban listos para el combate a muerte. Los propietarios o los preparadores entran al redondel con sus ejemplares en las manos, se agachan frente a frente a corta distancia en el centro de la arena y, a una señal del juez del combate, sueltan los animales. Es en este instante cuando comienza la sangrienta diversión.

Al sentirse libres, los gallos saltan sobre su rival. Entonces, se desata la locura colectiva. Pareciera que todos los asistentes hubieran ensayado para armar una enorme algarabía. Son decenas de personas que gritan simultáneamente, sin limitación alguna en cuanto al volumen de su voz ni al contenido de sus exclamaciones. Algunos lanzando nuevas apuestas:

—¡Doy doces y voy al zambo!

—¡Cojo dieces y voy al pinto!

Pero la mayoría simplemente mostrando sus simpatías por alguno de los contendientes:

—¡Al zambo voy!

—¡Vamos mi gallo pinto!

El coso es una verdadera locura, que sólo vuelve a la normalidad relativa cuando el combate finaliza.

La gallera se transformaba en un manicomio que duraba el tiempo en que uno de los gallos derrotara al contrario, matándolo o hiriéndole gravemente, o bien que el propietario suspendiera el combate, que uno de los animales abandonara cobardemente la pelea o que el juez decretara un empate por impotencia de los rivales.

Después del combate venía el momento más crítico: los ganadores tratando de cobrar el monto de las apuestas acordadas en medio de la pelea. Tarea nada fácil, dado el laberinto en que se encontraba el coso al momento de esas transacciones. Las dificultades que se presentaban para el cobro de las apuestas ocasionaban frecuentes discusiones, enfrentamientos y hasta riñas. Los apostadores estaban conscientes de esos *pequeños inconvenientes*, pero, eso sí, ganaran o perdieran, todos estaban prestos para volver a la *locura* el domingo siguiente.

“Préstame tu máquina para yo coser”

—José, ve donde la señora Rosario esta tarde para que te tome las medidas y te haga dos *mudas* de ropa. Anoche hablé con tu papá y estuvimos de acuerdo en que ya es hora de que te alargues los pantalones. Ya eres un hombrecito. —Mi madre sonrió al ver la alegría en su cara, y continuó:

—Qué me mande a decir cuántos metros de tela necesita, para enviársela.

José, que se había quedado mudo de la sorpresa, reaccionó y pegó un grito:

—¡Por fin, Dios mío! —Y un poco más calmado, agregó:

—Ya era hora. ¡Cuánto tiempo vengo pidiéndolo! Casi todos mis compañeros tienen los pantalones largos. Por fin me voy a quitar esa *mamadera de gallo* que me tienen. Ayer tuve que pelear con Ramón Belisario. Me tenía obstinado. Cada vez que me ve, comienza a hacer como un pollito: pío, pío, pío.

Así exteriorizó mi hermano José la alegría que le produjo la noticia. Y no era para menos. En el pueblo, los niños que entraban en la adolescencia con pantalones cortos eran motivo de burlas y chistes por parte de los más grandes, y hasta de los adultos. Una de las burlas era imitar el piar de los pollitos.

En los años de estas memorias, en las tiendas de Altagracia casi no vendían ropa confeccionada. Al contrario, estaban abarrotadas de telas de múltiples colores y calidades para los trajes de las mujeres. No así para los de los hombres, que prácticamente teníamos que conformarnos con dos colores: blanco y kaki, tanto para las camisas como para los pantalones; y para estos últimos se utilizaba casi exclusivamente el *drill*, tela que todos conocíamos como *cabeza de perro*. Valga decir que la tela era nombrada de ese modo por la cabeza de bulldog que aparecía en su etiqueta de presentación.

Lo habitual era que la ropa para las mujeres, y buena parte de la de los hombres, fuera fabricada por las costureras que abundaban en el pueblo. Las excepciones eran, por un lado, la ropa de *salir* masculina, que era hecha en las sastrerías, de las cuales había dos o tres en el pueblo y, por el otro, los trajes elegantes que algunas damas se mandaban a confeccionar en Caracas o en otras ciudades donde hubiera *modistas*. Creo recordar que la más acreditada de las sastrerías en el pueblo se llamaba Londres, cuyo propietario era un señor de apellido López y estaba situada en la calle Rondón cruce con la Sucre, local en donde varios años más tarde operó la farmacia de los hermanos León. En cambio, la ropa que hoy algunos llaman *casual*, la de diario y la de trabajo, esa la cosía una enorme cantidad de costureras, que se ganaban la vida con ese honesto oficio.

Al pueblo ya casi no traían ropa confeccionada, y así ocurría también con muchos otros bienes que ya no nos llegaban desde el primer mundo. Recordemos que en esos primeros años de la década de los 40, del siglo XX, la llamada Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo y casi todos los países de Europa

estaban invadidos por los ejércitos de Hitler, con las excepciones de Italia y España, donde también gobernaban los fascistas Mussolini y Franco, respectivamente. Debido a esa insólita guerra, América había quedado aislada de Europa y era imposible conseguir las máquinas y herramientas, los repuestos y los productos, que antes provenían de ese mundo industrializado. Esto provocaba una grave escasez de bienes finales en Venezuela y en toda América Latina.

En Altagracia, como en todo el país, el pueblo se las ingeniaba para suplir las carencias de productos importados. Es así como surgieron pequeñas fábricas y talleres de herrería, mecánica, latonería, de elaboración de alpargatas y zapatos, de procesamiento de bienes agrícolas, curtiembres y talabarterías, alfarerías, mueblerías y otras muchas pequeñas factorías, así como labores artesanales y, dentro de éstas, los cientos de talleres hogareños de confección de ropa.

Debido a esa proliferación de talleres de costura, era algo casi normal que las familias, aún las de mejores recursos económicos, tuvieran sus máquinas de coser en casa, y que casi la totalidad de ellas fuera de la marca *Singer*. En fin, estas herramientas de trabajo eran objetos casi indispensables en los hogares, tal como lo puede ser hoy una licuadora o un horno microondas. Eran tan populares las máquinas de coser que hasta un alegre merengue caraqueño merecieron. El mismo llevaba por título: *Préstame tu máquina para yo coser*.

Aquella tarde habíamos terminado de cenar y en la mesa seguíamos José, dos de mis hermanos menores y yo. Y viendo que ya faltaba poco para las 7:00, me levanté y dije:

—José, vámonos pa'l cine Ayacucho, recuerda que hoy comienza la nueva serie La garra de hierro —A lo que ripostó:

—¿Pa'l cine Ayacucho yo?... No chico, de ahora en adelante yo me voy todas las noches pa' donde van los hombres de este pueblo: a jugar *rommy* al club de Vidal Carballo.

José había cumplido 13 años y le habían alargado los pantalones.

LUNES, 18 DE AGOSTO DE 1941

La hacienda La Elvira

El día lunes, a eso de las 8:00 de la mañana, iniciamos la travesía por el río Orituco desde el paso de La Susana. Tuvimos suerte, el día estaba claro y no había amenaza de lluvia. El destino final era la hacienda Quebrada Grande, situada en plena montaña de Guatopo. Íbamos en un arreo de siete animales conducidos por Remigio, hombre de confianza del propietario de la finca, mi tío Enrique Álvarez. José y yo de jinetes y Félix, nuestro hermano mayor, caminaba al lado de los burros, cuidándonos. Allí iniciamos el viaje, río arriba hacia el norte, en el que tardamos seis horas aproximadamente.

Casi todo el tiempo anduvimos costeanado el río, hasta que llegamos al sitio conocido como La Raya, lugar donde la quebrada Guatopo revuelve sus aguas con las del río Orituco. Desde ese lugar en adelante, la corriente fluvial se desplaza de este a oeste por un estrecho cañón, que apenas deja minúsculos espacios planos en sus orillas. Ello nos obligó a andar ese tramo, en su mayor parte, dentro de las aguas. Más adelante, a unos tres o cuatro kilómetros, la quebrada Grande irrumpe por la izquierda, vertiginosa, y añade sus aguas al caudal del Orituco.

En este punto, abandonamos el cauce del río y avanzamos a contracorriente de la quebrada, por las laderas que bordean el serpenteante torrente. Luego de andar una media hora, llegamos al punto final de nuestro viaje: la vivienda familiar del tío Enrique que, junto a las instalaciones para el procesamiento y secado del café, conformaban una bella unidad arquitectónica.

Quebrada Grande fue una hacienda cafetalera que estuvo situada en las escarpadas laderas de las nacientes de la quebrada del mismo nombre, muy cerca de las fuentes que dan origen al río Orituco. No obstante haber sido una reducida plantación, tenía sencillas instalaciones para el procesamiento inicial del grano, consistentes en una pequeña descerezadora, equipo que rompe la baya y separa los cotiledones, accionada por la fuerza del agua de la quebrada que movía una enorme rueda de madera. También contaba con un amplio y fabuloso espacio cubierto con ladrillos rojos, donde el grano era secado al sol después de pasar por los tanques de lavado.

La producción de la hacienda en los años de la bonanza, según estimaciones que en alguna ocasión le oí a su propietario, fue de unos 200 a 250 quintales, los cuales eran transportados, en los meses finales del año, por aproximadamente 15 arreos de mulas, y consignados a la “oficina beneficiadora” de Santiago Infante, agente en Altagracia de Orituco de empresas exportadoras de Caracas.

Pero ahora entremos en el motivo de este breve relato: la famosa hacienda La Elvira. En septiembre, de regreso a la escuela Ángel Moreno y durante el receso largo, me encontraba haciendo un ostentoso recuento de las experiencias vividas en la hacienda Quebrada Grande y de mis *amplios conocimientos*

sobre el cultivo y tratamiento del café cuando, de pronto, uno de los embelesados oyentes que me rodeaban me interrumpió, y me soltó a *boca de jarro*:

—La hacienda Quebrada Grande *no le da ni por los talones* a La Elvira.

Efectivamente, La Elvira fue la más grande y próspera hacienda de café que existió en todo el municipio Monagas y, tal vez, en todo el norte del estado Guárico. Estuvo situada muy cerca de la población de Macayra. En sus últimos años, pertenecía al señor Manuel Salvador Sierra y, al final, en la década de 1940, estuvo bajo el dominio de un banco del Estado, luego de haber sido rematada por deudas. Yo conocí sus instalaciones como visitante en los años 70, después de que sus ruinas fueran restauradas y convertidas en sitio turístico dentro del parque nacional Guatopo. No tengo cifras de su producción ni de los arreos de mulas que había que habilitar cada año para transportarla, pero por las monumentales dimensiones de sus instalaciones, edificadas en medio de la selva y a la orilla de una quebrada, los quintales de café producidos anualmente debieron ser muchos, tal vez varios miles.

La hacienda La Elvira, junto con muchas otras pequeñas plantaciones, fue factor primordial en el extraordinario crecimiento y auge económico experimentado por el pueblo de Macayra durante las tres primeras décadas del siglo XX. De pequeña aldea campesina, refugio de esclavos cimarrones escapados de Barlovento, pasó a ser, además de un hermosísimo poblado, una pujante urbe con una impresionante actividad mercantil, motorizada por unas seis o siete importantes casas comerciales, conjuntamente con algunas oficinas beneficiadoras de café.

Después de la Independencia, la economía de los pueblos del valle de Orituco, como en toda Venezuela, languidecía en medio de las contradicciones y rivalidades de la Primera República. Pero la creciente demanda de café por parte de las economías occidentales en expansión incentivó, durante la segunda mitad del siglo XIX, la ocupación de las serranías situadas al norte del municipio Monagas por un grupo de intrépidos pioneros. Ellos dieron nacimiento y desarrollo a una economía muy rentable en aquellos años: la agricultura cafetalera, base de sustentación del crecimiento y auge de Altagracia y Macayra durante las últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del XX.

Pero a partir del año 1929, con la Gran Depresión y posterior inicio de la Segunda Guerra Mundial, se produce una profunda contracción de la demanda y de los precios en el mercado mundial. Esta crisis se agudiza en los años subsiguientes hasta que, en 1958, el Estado venezolano emite el decreto de creación del parque nacional Guatopo, partida de defunción de la agricultura cafetalera en la microrregión y decisión indispensable para la preservación de las fuentes de agua de las cuencas de los ríos Orituco y Taguaza.

Para finalizar, tengo que reconocer que mi cuestionador compañero de la escuela Ángel Moreno tenía toda la razón: la hacienda Quebrada Grande *no le daba ni por los talones* a la hacienda La Elvira.

En barriles también nos llegaba el agua del río

Después de una larga espera, al fin llegó el ansiado sábado. Mi madre me había prometido que ese día me permitiría ir montado en el burro a buscar agua al río. Me acompañaría uno de mis hermanos mayores e iríamos los dos con el señor Ramón, quien todos los sábados nos traía una carga, para completar la poca que nos llegaba a través del pequeño acueducto del pueblo, en esos años bastante irregular e insuficiente.

Ramón me alzó en vilo y me sentó sobre unos sacos en medio de los dos barriles y, muy cariñosamente, me dijo:

—Irás de sobornal, y agárrate duro de los barriles para que no te caigas.

Ramón era un viejo y eficiente cargador que tenía varios años trayendo agua a nuestra casa, sobre todo en verano, cuando realizaba al menos un viaje cada día. En invierno eran menos, ya que utilizando tatus de gasolina usados se recogía parte de las aguas de lluvia del techo, por medio de los canales de desagüe.

La ruta habitual de Ramón para ir al río era llegar hasta el final de la calle Bolívar, donde se une con la Pellón y Palacios, torcer hacia La Playera y allí virar hacia el norte y recorrer unos

40 metros para alcanzar el objetivo: el paso de La Susana. Se consideraba que en ese frecuentado y hermoso lugar el agua era más limpia, ya que estaba un poco más arriba de las riberas donde las lavanderas realizaban sus faenas.

Por el camino encontramos a muchos cargadores ya de regreso. Algunos arreando sus burros y otros, menos afortunados, empujando sus carretillas cargadas con latas y envases de todo tipo. Al aproximarnos a la orilla del río oímos la alegre algarabía de los aguadores, que se confundía con las risas y ruidos producidos por las lavanderas, concentradas pocos metros más abajo. Al llegar a la orilla, a nuestra vista se ofreció un pintoresco espectáculo: unos 10 o 12 hombres, algunos en las faenas de bajar y subir barriles a las enjalmas de los burros, otros, más alejados, en las amplias orillas arenosas del oeste, llenando con totumas y perolas sus barriles, con el agua que extraían de los jagüeyes.

Los aguadores, luego de llenar sus barriles en medio de la corriente del río o en los jagüeyes, tenían que realizar la pesada tarea de subirlos a la enjalma, operación que, por la experiencia que tenía la mayoría, les resultaba bastante sencilla: colocaban una horqueta de madera apoyada en uno de los lados de la enjalma y, después de llenar el primer barril, lo alzaban y amarraban en el lado que tenía la horqueta, luego llenaban el otro barril y lo fijaban del lado contrario. Para llenar el barril, el cargador lo halaba hasta el centro de la chorrera, lo agarraba por los extremos y lo hundía, presionándolo con una rodilla, hasta que su hueco quedara a nivel de la superficie del agua; allí lo mantenía hasta que se llenara. Luego le ponía la tapa a presión, generalmente una tuza, y lo empujaba hasta la orilla. En invierno, el acarreo de agua se complicaba por el hecho de que muchas veces al agua del río estaba sucia y hasta hedionda, en ese caso, sólo se podían llenar

los barriles en los jagüeyes, donde de nuevo el líquido se volvía cristalino, pero su volumen no alcanzaba para llenarlos todos.

Las familias que habitaban en el casco central, por lo general las de mejor situación económica, recibían agua por un rudimentario acueducto construido por iniciativa de un reducido grupo de pobladores, quienes con sus aportes financieros hicieron posible su construcción hacía un poco más de 10 años. Consistía en una toma en el río y de allí el agua era conducida mediante un canal hasta un depósito en la orilla. Desde ahí, mediante una bomba accionada con un motor a gasolina, era impulsada hacia el cerro de Cedeño, pequeña colina situada al extremo oeste de la población, al final de la calle José Martí. De allí, por gravedad, el agua era conducida por tuberías metálicas de media pulgada hasta los hogares de los suscriptores, que no eran muchos. La bomba demoraba dos horas en llenar el tanque y por su escasa capacidad se vaciaba en media hora. Era un pésimo servicio. Ello obligaba a los suscriptores a suplir las carencias del líquido por medio de los cargadores.

Mi familia era bastante numerosa, por lo que se hacía necesario tener los servicios de un aguador. A raíz de la epidemia de fiebre tifoidea que padecimos los habitantes de Altagracia entre marzo y mayo de 1941, debido a fallas sanitarias detectadas en el acueducto, creció el clamor de sus pobladores por la construcción de un servicio de agua potable, de mayor capacidad y eficiencia. Esta aspiración se materializó a finales de aquella década de los 40.

Cerca de dos horas más tarde, regresamos a la casa y yo estaba feliz, luego de haber jineteado un burro por primera vez. Inolvidable experiencia que hoy, después de casi 80 años, se reactiva en mi memoria.

Altagracia también sufrió una terrible epidemia en 1941

En los primeros meses del año 2020, en momentos en que el mundo todo se encontraba conmocionado por la nefasta pandemia del nuevo coronavirus, y padeciendo sus infaustas consecuencias, se agolparon en mi memoria los terribles momentos que sufrimos los pobladores de Altagracia, a raíz de la mortal epidemia de tifus que se desató entre marzo y mayo del año 1941 y que, según los historiadores de la medicina en Venezuela, fue uno de los brotes epidémicos más alarmantes y graves ocurridos en la historia del país.

En efecto, en aquellos lejanos y peligrosos meses, nuestro pequeño pueblo, con apenas unos dos mil habitantes, vivió muchas horas plenas de angustia y de bien fundados temores. Y no era para menos, ya que en casi todas las viviendas del núcleo central había, al menos, un enfermo con fiebres muy altas difíciles de contener. Lo peor era que se desconocía cuál era su origen y, en consecuencia, los medios para combatirlas.

De hecho, el pánico comenzaba a generalizarse, y algunas familias ya estaban haciendo planes para trasladar a sus en-

fermos a Caracas o a alguna otra ciudad que contara con asistencia hospitalaria. En aquel tiempo, en Altagracia sólo había un médico, el Dr. Benito Gutiérrez López, y no existía ningún centro ni público ni privado que prestara atención médica de emergencia.

—Mamá no quiero ir a la escuela, me duele mucho la cabeza —le dije a mi madre un viernes muy temprano.

Al principio, ella creyó que era un pretexto para jubilarme, pero cuando me tocó la frente se alarmó y me dijo:

—Estás prendido en fiebre, acuéstate que te voy a poner el termómetro. —Efectivamente, tenía más de 39 grados centígrados.

Así comenzó para mí, junto a un hermano menor que también se contagió, el calvario de padecer fiebre tifoidea, tener que soportar temperaturas muy altas y permanentes durante casi 40 días continuos y, para colmo, perder temporalmente todo el pelo de la cabeza.

Por fortuna, aquel año mi padre tenía arrendada una pequeña fábrica de hielo que operaba en La Playera, al pie del cerro de Venancia, y esa circunstancia le permitió a mi madre tener siempre disponible el hielo necesario para bajarnos la fiebre.

En el pueblo fuimos contabilizados 80 enfermos con el tifus, de los cuales cinco lamentablemente fallecieron. Esta epidemia no es un invento, está suficientemente documentada en un informe elaborado por los técnicos del Ministerio de Sanidad algunos meses después de que la misma fuera controlada. Los infectados y los muertos fueron debidamente certificados.

El Ministerio de Sanidad, al tener las primeras noticias de lo que estaba aconteciendo, envió con bastante prontitud una comisión de varios médicos muy calificados, encabezada por

el Dr. Núñez Ponte. Este equipo de especialistas enfrentó la emergencia con mucha diligencia y contundente éxito, al tomar una rápida y certera decisión que puso freno a la epidemia. Entre los médicos que llegaron en esa oportunidad estuvo uno de nacionalidad alemana, de nombre Fritz Peterson, quien se encariñó con la gente del pueblo y ejerció su profesión en Altagracia durante varios años.

La comisión enviada por las autoridades sanitarias determinó, en contra de todas las suposiciones y falsos rumores, que la epidemia se produjo a través de las aguas suministradas por el acueducto, y no por las que los aguadores transportaban al pueblo en burros, luego de tomarlas directamente de la corriente del río en el paso de La Susana o en los jagüeyes que escarban en sus orillas. Las investigaciones realizadas comprobaron que todos los contagios ocurrieron en inmuebles suplidos por el acueducto.

El pequeño acueducto, generador inocente de esta tragedia sanitaria, había sido construido hacía varios años, con el aporte financiero de algunos de los suscriptores. Era una modesta instalación que suministraba agua durante dos horas al día a un reducido sector de la población. Sin embargo, el volumen de agua que proveía era insuficiente, y los abonados se veían en la necesidad de utilizar los servicios de los aguadores para suplir las deficiencias.

El acueducto tenía unas instalaciones muy precarias que partían de una toma directa en el río y, a través de un pequeño canal, llenaba un pozo construido al pie del cerro. Desde allí, una bomba con motor a gasolina impulsaba el agua hasta un tanque de muy poca capacidad, construido, para los efectos, en lo más alto del cerro de Cedeño, lugar situado a menos de dos

cuadras al este de la plaza Bolívar. Luego, el líquido bajaba por gravedad hasta las residencias de los suscriptores.

Pero ocurrió que, el año anterior, una de las tantas crecientes del río en los meses de invierno destruyó el canal de llenado, por lo que fue necesaria la inmediata construcción de otro en un lugar más seguro. Este nuevo canal se abrió atravesando un espacio que los vecinos del sector utilizaban como vertedero de desechos. Los estudios realizados por la comisión del Ministerio de Sanidad determinaron que las aguas se contaminaban cuando atravesaban el vertedero de basura y, por ello, ordenaron la inmediata clausura del acueducto.

La epidemia fue controlada en muy breve tiempo, con la eliminación del origen de la fuente de contaminación. Aparte de los cinco fallecidos, el resto de los infectados logramos recuperar la salud, entre ellos mi hermano y yo que, para ese año 1941, teníamos seis y ocho años, respectivamente. Por supuesto, yo perdí mi primer año de escolaridad.

MARTES, 29 DE JULIO DE 1941

Llegaron los *hechíceros*

Uno de los días finales de julio, ya de vacaciones escolares, estábamos *picando* trompos en el parque Sucre y, de pronto, oímos una voz conocida que gritó desde la esquina:

—¡Llegaron los *hechíceros*!

Todos, a una vez, recogimos nuestros trompos y, a la carrera, salimos a presenciar las labores del campamento que anualmente armaban los evangélicos, espectáculo inolvidable para los niños de una pequeña ciudad en donde muy rara vez acontecía algo fuera de lo cotidiano. Efectivamente, tal como sucedía todos los años por esos días de finales de julio, llegaba al pueblo una misión de un grupo protestante, bajo la dirección de pastores estadounidenses.

Corrimos al lugar donde anualmente levantaban su carpa y, ciertamente, allí estaban varios hombres bajando bultos y sillas de un camión en un solar vacío, que se encontraba entre la calle José Martí y la calle Gil Pulido, frente a la casa de don Ángel Constant, diagonal a la pulpería de don Estanislao Toro. Ya reposaban sobre el terreno una inmensa lona, bancos, sillas y muchas cajas amontonadas en un extremo del solar. Nos unimos

al nutrido grupo de curiosos, hombres, mujeres y niños, que se hallaban rodeando a los hombres mientras estos descargaban el camión.

Después de realizada esta fase de la faena, venía la parte que a todos nos parecía más emocionante: el izamiento de una enorme carpa. Nadie quería perderse ese momento y, por ello, todos permanecíamos allí en absoluto silencio, esperando que se iniciara la *delicada y peligrosa* operación. Los hombres extendieron la lona en el centro del terreno, donde había sido clavada previamente una viga muy alta, y en ella amarraron varios mecates desde la punta de la viga central con los extremos de la lona. Luego, comenzaron a halarla desde diversos puntos para estirla. En esta tarea colaboramos muchos de los *miro-nes*, adultos y niños, que presenciábamos el trajín.

A una distancia uniforme de la viga central, muy cerca de los bordes del terreno, fueron colocados estantes de poca altura, de donde fueron amarradas las puntas de la lona después de estirada. Luego, con enorme esfuerzo, todos halamos unos mecates que izaron el centro de la lona, teniendo como guía y apoyo la viga central. Después de varias horas de arduo trabajo, la carpa quedó lista, con un espacio interior cubierto bastante grande, donde fueron colocados de inmediato los bancos y las sillas. Así, en menos de seis horas, quedó acondicionado un amplio local techado para las ceremonias del *culto* protestante, que se iniciaron esa misma noche.

Las reuniones nocturnas en el *templo* eran muy nutridas, a pesar de que en el pueblo había pocas familias de esa tendencia religiosa quienes, por supuesto, eran los únicos seguros asistentes. Ahora pienso que la mayoría de los concurrentes iba por simple curiosidad y, en el caso de los muchachos, lo hacíamos

porque ello constituía una manera de romper con la monotonía de la vida pueblerina, era una forma de pasarla bien las primeras horas de la noche durante todos los días de esa semana.

En esa época, primeros años de la década de los 40, la inmensa mayoría de la población era católica practicante y había mucha devoción y respeto e, incluso, hasta temor hacia la Iglesia católica. Asimismo, eran tiempos de mucha intolerancia hacia toda práctica religiosa que no fuese la cristiana católica.

Recordemos que eran los años de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los niños recibían en sus hogares, y sobre todo durante el catecismo que nos dictaban por las tardes en la iglesia, una constante prédica de rechazo y menosprecio hacia las otras religiones. Por ejemplo, era común que se nos dijera que los judíos crucificaron a Jesús de Nazaret hacía cerca de dos mil años y que, por ello, había que rechazarlos, al igual que a los protestantes. De ellos se nos decía que se burlaban de los santos y una de las facilitadoras con frecuencia afirmaba que eran hechiceros.

Nosotros, que no entendíamos el significado del término, en nuestra ignorancia lo convertíamos en *hechícero*, asimilándolo con el demonio, de lo que resultaba la frase *hechícero con cacho y rabo*, utilizada por nosotros para provocar o molestar a unos pocos de nuestros compañeros de escuela, cuyos padres eran creyentes de esa fe.

Hoy recuerdo con pesar las tantas veces que le soltamos al desaparecido e inolvidable compañero Efraín García ese *hechícero con cacho y rabo*, o las otras que simulando un estruendoso estornudo le gritábamos:

—*Hechíííísscero.*

Recuerdo, igualmente, la forma paciente en que el buenazo de Efraín recibía nuestras inocentes *agresiones*. En fin, esa intolerancia, predicada durante años, nos conducía a hacer burla de aquella gente que, con apego a sus creencias y ritos, ejecutaba sus ceremonias con mucha dignidad bajo el amparo de una improvisada carpa.

Durante la realización del *culto*, unos pocos de nuestros compañeros se dedicaban a molestar a los que asistían al evento, haciendo burla de sus cánticos y oraciones. Otras veces, los más temerarios lanzaban piedras pequeñas sobre la lona de la carpa que al deslizarse provocaban ruidos molestos en su interior. La paciencia y tolerancia con que esta gente recibía nuestras señales de hostilidad eran realmente admirables.

Tal vez el hecho de ser una minoría rechazada, los llevaba a no reaccionar con violencia ante nuestras inocentes burlas. En todo caso, daban muestras de una gran humildad. No recuerdo a nadie en el pueblo, salvo a mis padres, que me haya advertido sobre la inconveniencia de nuestra conducta, o me haya predicado sobre la necesaria tolerancia y armonía con las personas de otros credos. Todo lo contrario.

Para nosotros, los muchachos *católicos, apostólicos y romanos*, la llegada de los *musiues*, es decir, los pastores evangelistas con su carpa, sus cánticos y sus sermones, se transformaba en motivo de jolgorio todas las noches de la semana que permanecía la misión en el pueblo. Era frecuente oír de los compañeros un “nos vemos en el culto” o “espérame esta noche en la carpa de los *hechíceros*”.

Y cuando los misioneros procedían a desmontar su *templo* itinerante, ocasión que tampoco nos podíamos perder, se podía advertir en nuestros rostros la tristeza de ver desaparecer un

motivo de diversión, como quien ve partir el circo. Y no faltaba quien, a riesgo de parecer *hechicero*, le dijera al pastor jefe de la misión con cara de tristeza:

—Míster Viulin —recuerdo que así se pronunciaba su apellido—, ¿lo esperamos el año que viene?

Tun, tun. Querosén para el escusado

A mediados de la década de los años 40, en la escuela Ángel Moreno de Altagracia de Orituco había mucha actividad los días sábado: actos culturales en las aulas, ejercicios físicos, supervisión de aseo a los alumnos en el patio central y jornadas de colaboración con las campañas de saneamiento ambiental del pueblo. Estas últimas seguramente planificadas y coordinadas conjuntamente por los ministerios de Sanidad y de Educación.

El 15 de septiembre, como todos los años, comenzaron las clases. Coursaba el cuarto grado y tuve la fortuna de tener como maestro a Heriberto Saldivia, quien recientemente había regresado al pueblo después de cumplir con el servicio militar obligatorio, del que había egresado con el grado de sargento. Ese día, introdujo la clase informándonos que en la escuela se había creado una especie de comisión de salud pública, la cual iba a colaborar con el Ministerio de Sanidad para ayudar a mejorar las condiciones sanitarias y ambientales en los sectores donde vivían los más pobres. La decisión se debía, explicó el maestro, a que ese año habían recrudecido algunas enfermedades epidémicas y endémicas desde la entrada de las aguas, entre ellas el

paludismo, el cólera y la disentería. La comisión central estará dirigida, informó el maestro, por el joven Rafael Machado, excelente alumno de las recientes promociones.

Una de las primeras medidas tomadas por la comisión consistió en que los estudiantes, agrupados en brigadas, saliéramos los días sábado hacia los barrios pobres, acompañados de nuestros respectivos maestros. Estas comisiones hacían visitas domiciliarias para inspeccionar los botes de basura, los depósitos de aguas de lluvias y especialmente los escusados, en caso de que los hubiera, así como las condiciones en que estos se encontraban. Las comisiones, creadas en todos los cursos de los grados superiores, nos reuníamos los sábados a las 8:00 de la mañana en la escuela, y de allí salíamos con latas de querosén hacia los barrios periféricos, donde habitaban, como siempre, los más pobres.

En aquellos años, el pueblo no tenía sistema de cloacas o, como se dice hoy, sistema de recolección de aguas servidas, que si no recuerdo mal se comenzó a construir en el año 1947. Las letrinas o, dicho en términos de aquella época, los escusados de hoyo, consistían en huecos perforados en los patios de las viviendas que, por supuesto, carecían de las más elementales normas de higiene; sencillamente eran depósitos de excrementos.

Con la basura ocurría lo siguiente: como no había servicio de recolección, cada familia tenía que resolver el asunto con sus propios medios, ya fuera botándola lejos del hogar o quemándola. En casi todas las viviendas que visitamos, la basura se acumulaba en los patios o en las calles frente a las casas. Y, precisamente, uno de los objetivos primordiales de las comisiones era el de despertar en la población la conciencia sobre los peligros de acumular la basura, y lo importante que era deshacerse de ella.

En cuanto a los escusados, la labor más importante era contribuir en la destrucción de los criaderos de los vectores del paludismo, y de otras enfermedades, con los chorritos de querosén que le echábamos a los hoyos, y las rociadas que le dábamos a los depósitos de aguas de lluvia y a los lugares fangosos o húmedos, donde se sospechara podrían existir criaderos de mosquitos y microbios.

Las familias que vivían en el centro del pueblo, y que tenían como pagarlos, utilizaban los servicios de trabajadores que se ocupaban de trasladar la basura en carretillas hasta La Bandera Negra, botadero que quedaba en terrenos municipales situados al sur del cementerio.

Con motivo de estas actividades de trabajo comunal en los barrios pobres, entre los estudiantes se hizo muy popular una pequeña estrofa que recitábamos imprimiéndole cierta musicalidad:

“Tun, Tun
¿Quién es?
Rafaelito Machado
Querosén para el escusado”

Aun cuando la grave situación provocada por las fiebres palúdicas existía desde hacía muchísimos años, la decisión de erradicarlas no la tomaron las autoridades sanitarias del país sino hasta después de la muerte de Gómez, con la creación en 1936 de la División de Malariología, a cuya cabeza fue puesto el Dr. Enrique Tejera París, quien de inmediato nombró al Dr. Arnoldo Gabaldón como director de Malariología. La labor de este organismo fue fundamental para el control de la epidemia.

En Altagracia, ese ente gubernamental realizó una gran función mediante la construcción de muchas obras de saneamien-

to ambiental, tales como canales para aguas de lluvia y eliminación de pantanos y humedales, entre otras, pero sobre todo con el despliegue de brigadas de eliminación del trasmisor con DDT. Las brigadas recorrían los barrios y caseríos fumigando viviendas y lugares donde se presumía la existencia de criaderos del anófeles, zancudo transmisor del parásito Plasmodium causante de la malaria humana.

Es muy difícil saber, con alguna precisión, si aquella plausible campaña de mejoramiento ambiental adelantada por la escuela Ángel Moreno tuvo algún éxito, pero es bastante probable que los estudiantes de primaria de aquellos lejanos años en algo hayamos contribuido a mejorar la salud de nuestro querido y pequeño pueblo.

Las retretas en la plaza Bolívar

El día más fastidioso de la semana era el domingo, a menos que de pronto hubiera una salida a pescar, invitación a una ternera o un sancocho en el pozo del Naranjillo, pero ninguna de esas tres posibilidades ocurría con frecuencia. Recordemos, además, que en esos años no había ni parques infantiles, ni cines para niños, ni televisión. Había, eso sí, algunas radioemisoras que, por cierto, se oían muy mal, aunque a los niños de aquella época, y creo que a los de ahora, tampoco les interesaba para nada la radio.

Ahora bien, en las noches dominicales la cosa cambiaba por completo. Teníamos dos posibilidades: jugar al ladrón librao o a las 40 matas en el parque Sendrea, por una parte, o quedarnos en la plaza Bolívar, donde todos los domingos había retreta amenizada por la banda Padre Sojo. La música sonaba hasta las 8:00 de la noche, pero la mayoría de los asistentes nos quedábamos dando vueltas alrededor de la plaza o en sus bancos de concreto. Los sábados y los domingos eran los únicos días que dejaban la electricidad hasta las 10:00, así que podíamos quedarnos hasta esa hora. El cine Ayacucho estaba frente a la plaza

por su lado norte, tenía bastante iluminación y mucha música antes de comenzar cada una de las dos funciones: a las 6:00 de la tarde y a las 8:00 de la noche.

En aquellos años del siglo pasado, la plaza Bolívar de Altagracia era un espacio muy bello y funcional. Como en todos los pueblos fundados en tiempos coloniales, está ubicada en lo que se ha dado en llamar el casco central y, al igual que en todos, al momento de su nacimiento las autoridades destinaban una cuadra, es decir una manzana (100 varas por cada lado), a lo que los colonizadores denominaban plaza mayor o plaza principal y, en sus alrededores, asignaban parcelas para el cabildo, para el teniente Justicia Mayor, la Real Hacienda y otros entes oficiales. El resto de los terrenos disponibles alrededor de la plaza estaban reservados a personajes principales, como encomenderos y hacendados.

Después de la Independencia, la plaza principal pasó a llamarse plaza Bolívar. Estuvo durante muchos años, al igual que en el período colonial, en casi total abandono, y a comienzos del siglo XX era un solar apenas cercado, con algunos árboles y un pequeño busto del Libertador en el centro, lugar donde solían refugiarse vacas y burros realengos.

Fue a principios del siglo pasado que, gracias a la preocupación de algunos vecinos, comenzó su construcción en 1907, bajo la dirección del ingeniero gracitano Rodolfo Pérez Vargas, quien se inspiró para su diseño en la plaza Bolívar de Caracas. Fue cercada con rejas y provista de un sistema de iluminación parecidos a los de la plaza capitalina. Tenía entradas por las cuatro esquinas y una más a mitad de cada uno de los lados. De las ocho entradas partían caminerías, cada una con dos bancos de concreto, que convergían en una amplia redoma central,

donde estaba el busto del Libertador. Fue inaugurada el 1° de enero de 1912.

La plaza que disfrutamos los gracitanos, en los años de esta crónica, estaba toda llena de árboles y plantas ornamentales. Era un sitio acogedor, además de hermoso, que invitaba a gozar de sus zonas sombreadas durante el día, y de las amenas tertulias que se formaban en las horas tempranas de la noche alrededor de los bancos, así como por supuesto de las sabrosas retretas dominicales.

Por absurda ocurrencia de las autoridades municipales, en los últimos años de la década de los 60 o primeros de la 70 del siglo pasado, éstas decidieron demoler aquel hermoso monumento y construir una plaza *moderna*, propia de un pueblo *progresista*, con mucha cabilla y concreto. Si hoy tuviéramos la dicha de conservar nuestra antigua plaza Bolívar, los gracitanos tendríamos sobrados motivos para sentirnos orgullosos de un patrimonio material extraordinario.

Pero volvamos a los años 1940: cuando llegué a la plaza con dos de mis hermanos, a eso de las 6:00 de la tarde, ya las tres entradas del lado este, es decir, las que daban a la calle Chapai-guana, estaban tomadas por vendedores de dulces caseros, entre quienes destacaba María Enriqueta, con su azafate repleto de los sabrosísimos dulces que confeccionaban las Osío. Había, además, vendedores de *raspaos*, tostones, pan de horno, rúcano y otras muchas golosinas confeccionadas en el pueblo.

Pero había un vendedor muy especial que llegaba tempranísimo, vivía muy cerca y siempre se colocaba los sábados y domingos en la entrada de la plaza que daba al cine Ayacucho. Era Musiú Lafitte con su rústica ruleta de madera y sus famosos *pirulís*, que consistían en un trozo de melcocha envuelto

en papel de traza, del tamaño y la forma de un lápiz, y que él mismo fabricaba. Era una golosina muy rica, preferida por la mayoría de los niños. Por un centavo teníamos la oportunidad de poner a girar la ruleta y, si teníamos suerte, ganarnos más de un pirulí, cosa que era muy difícil; lo más que llegué a sacar alguna vez fueron dos pirulíes.

Antes de las 7:00 de la noche, comenzaban a llegar los adolescentes y los adultos que, de inmediato, comenzaban a dar vueltas y más vueltas por la caminería que bordeaba la plaza. Allí participábamos todos, sin distingo de clases sociales ni de ningún otro tipo: era una especie de romería que terminaba poco después de que los músicos se retiraran.

A pesar de que allí no se ofrecía ningún espectáculo especial, por ejemplo, la presentación de un artista conocido o algún otro grupo musical, la concurrencia era masiva. Todos los domingos en la noche la plaza Bolívar estaba abarrotada, mayoritariamente por jóvenes. La banda Padre Sojo, dirigida por el maestro José Calixto Morín, tenía un limitado repertorio que todos conocíamos, pero la retreta era una amena diversión y una gran oportunidad para la convivencia armoniosa de una pequeña comunidad pueblerina.

Conservo gratos e imborrables recuerdos infantiles de las retretas dominicales en la vieja plaza Bolívar de Altagracia, y estoy convencido de que a muchos de mis contemporáneos les ocurrirá lo mismo.

El día en que un cometa chocaría con la Tierra y se acabaría el mundo

“Un cometa se acerca peligrosamente a la Tierra” era la noticia de los periódicos en sus primeras páginas, y el comentario obligado de las radios. Desde el primer día del anuncio, la pregunta que nos hacíamos mis hermanos y yo era:

—Y si la cola del cometa choca con la Tierra, ¿qué pasará, será el fin del mundo?

El cometa y su cercanía era el tema obligado de conversación de muchos de los habitantes del pueblo y, sobre todo, de los alumnos de la escuela Ángel Moreno. Desde entonces, algunas personas en el pueblo comenzaron a vivir con el temor de la aproximación, día a día, del errático astro que, en su irregular órbita, nos amenazaría a todos con su larga y brillante cola.

—Si el cometa choca con la Tierra todos vamos a morir —le dije a Rafael en el recreo—. Nadie podrá salvarse, porque habrá terremotos y el mar invadirá la tierra, y no habrá dónde refugiarse.

—Y, ¿cómo lo sabes tú? —me preguntó intrigado el compañero.

—Porque lo leí en el Tesoro de la Juventud —le respondí, con la seguridad que me brindaba el respaldo de una fuente considerada por mí incuestionable.

Casi todas las conversaciones de los alumnos de la escuela giraban en torno al extraordinario evento que amenazaba a nuestro planeta. También en los hogares, en el río, en las pulperías, en el cine, en todos lados los comentarios de los muchachos eran los mismos: el cometa va a chocar con la tierra y nadie podrá salvarse.

Ante el temor de escenas de pánico, a los maestros se les ordenó dedicar algunos minutos de las horas de clase para esclarecer el fenómeno a sus alumnos, y tratar de contener el estado de angustia que estaba invadiendo las aulas.

—Finalmente —dijo Heriberto Saldivia, mi maestro de segundo grado—, quiero decirles lo siguiente: pueden estar absolutamente seguros de que el cometa no rozará la Tierra, ni siquiera se acercará. De acuerdo con la órbita, en donde actualmente se encuentra, pasará muy lejos. Entonces, no hay razón para estar asustados.

—Maestro —preguntó un alumno con la duda reflejada en el rostro—, y si la Tierra atrae al cometa, ¿qué pasaría?

Ésta y otras preguntas en el mismo sentido nos las formulábamos sin descanso. Estábamos completamente atemorizados ante la inminente llegada del cometa y, ni los maestros ni nuestros padres, ni nadie podía quitarnos esa idea: corríamos un gran peligro.

Llegó el día, según anunciaban los expertos, en que el fenómeno celeste se haría visible por primera vez en dirección sureste. Ese día, antes del ocaso, un grupo de compañeros nos reunimos en la plaza Bolívar y ocupamos el sitio más alto, es

decir la redoma o tarima de concreto donde se colocaba la banda Padre Sojo para tocar las retretas dominicales.

Allí estábamos concentrados, mirando el cielo, hacia el su-
reste, cuando de repente las campanas de la iglesia dieron sus
ocho tañidos, señal para el regreso de todos a nuestras casas. La
electricidad que enviaba La Rubileña dentro de pocos segun-
dos sería interrumpida, y el pueblo quedaría en la más absoluta
oscuridad.

Regresamos al día siguiente y nada del objeto de nuestra
alarma. Un nuevo día y el cielo encapotado no nos permitió
ver ni siquiera la Luna. Al cuarto día, de nuevo en la plaza, y
pudimos observar las estrellas, la Luna, Marte, pero del cometa
ni rastro. Y así continuaron pasando las jornadas, y cuando ya
el desánimo invadía nuestras afebradas mentes infantiles, y co-
menzábamos a pensar que todo no era sino el producto de un
gran engaño, oímos un grito:

—Allá está. ¡Mírenlo! —repetía el compañero una y otra vez.

Todos nos reunimos alrededor del afortunado y, después de
mucho hurgar en el cielo estrellado, pudimos ver una minúscu-
la estrella con su pequeña cola.

Durante varias noches sucesivas convertimos los bancos
de la plaza en sitios de observación espacial y discusión sobre
temas de astronomía. Esos momentos nos sirvieron a todos
para mejorar nuestros conocimientos del espacio celeste, y así
aprendimos a ubicar algunas de las constelaciones, a distinguir
Marte y a adquirir otras informaciones útiles.

Seguimos día a día la evolución del astro, comprobando que
era casi imperceptible el aumento de su tamaño. Sin embargo,
se acercaba la fecha señalada por los expertos como el momen-
to en que el cometa estaría más próximo a nuestro planeta y,

por supuesto, nuestros temores crecieron al máximo. Había que hacer algo, y pronto. No podíamos permanecer impasibles ante el peligro, todos estábamos amenazados. Y en ese momento, cuando hacía falta una idea salvadora, un compañero se atrevió:

—Mi mamá dice que lo único que puede detener al cometa, y salvarnos, es golpear totumas y peroles con sapos adentro.

La idea fue acogida de inmediato, sin discusión y por unanimidad. Quedamos de acuerdo: cada uno iba a meter un sapo dentro de una cacerola, vendríamos a la plaza y la golpearíamos con una piedra cuando el cometa se hiciera visible durante el tiempo que los vecinos aguantaran el ruido, la policía no nos correteara o llegaran las 8:00 de la noche y cortaran la electricidad. Esta creencia de golpear latas con sapos para evitar que los cometas chocaran con la tierra aún permanecía arraigada en algunas de las capas sociales más pobres, y tenía un componente cultural indígena muy antiguo, según la opinión de un amigo antropólogo.

Estuvimos varios días realizando la operación *Sapos golpeados* y recibiendo, por supuesto, las protestas y regaños de los vecinos de la plaza, así como amenazas de los policías. Pasado algún tiempo, el cometa fue reduciendo su tamaño con la misma lentitud con la que aumentó, sin ocasionar daño ni producir influencia nefasta alguna sobre la Tierra, tal y como habían pronosticado los astrónomos dedicados al estudio de aquel fenómeno. Pero para los muchachos de la operación *Sapos golpeados en la plaza Bolívar*, quedó la absoluta convicción de que no fueron las leyes de la física las que impidieron el choque fatal, sino la operación salvadora que, con valentía y decisión, logramos desarrollar gracias al auxilio de los pobres batracios.

Cuentos de *aparecidos* en la plaza Bolívar

Algunas de esas fastidiosas noches en el pueblo fueron amenizadas, o más bien aterrorizadas, con tertulias sobre muertos y *aparecidos*. Las sesiones, que tenían lugar entre las 6:00 y 8:00 de la noche en alguno de los bancos de concreto de la plaza Bolívar, reunían a un grupo de unos cinco o seis muchachos, cuyas edades oscilaban entre los 10 y 12 años, para oír los terroríficos cuentos que, con mucho *realismo*, nos narraba Domingo (no recuerdo su apellido), un adolescente seis o siete años mayor que nosotros.

Él sabía darles a sus relatos un toque de suspenso que hacía que todos nos mantuviéramos en absoluto silencio, muy atentos y en permanente estado de tensión. Otras veces era Rubén Tinedo, compañero del segundo grado, quien, compitiendo con Domingo, también les imprimía bastante realismo a sus narraciones y disfrutaba, al igual que nosotros, con aquellas historias sobre seres de ultratumba.

Con mucha frecuencia estos *casos* tenían como figura principal a la Sayona, suerte de ánima en pena que se *aparecía* ataviada con un largo camisón blanco en casas abandonadas, en terrenos vacíos, en lugares oscuros y solitarios y, en ocasiones, en el patio

de la casa de algún personaje importante del pueblo. Sus agudos y terroríficos lamentos, que se confundían con la risa escandalosa de una mujer histérica, a decir del narrador, helaba la sangre y paralizaba el corazón de los infortunados que la oyeran. Tan espeluznantes eran aquellos quejidos, que se parecían al llanto adolorido de una mujer sometida a una intensa tortura.

Era un fantasma que se desplazaba raudo de un lado a otro por el aire, sin hacer contacto con la tierra y al cual no se le veían manos ni pies, mucho menos el rostro que, según decían quienes la habían visto de cerca, iba cubierto por la blanca capucha de su traje blanco, y que sólo ofrecía la visión de un espacio muy oscuro donde los aterrorizados oyentes del cuento debíamos suponer había una horrible calavera. Este personaje, solía decir el cuentacuentos, era un alma en pena que se aparecía para aterrorizar a los vivos, en venganza por no haberle dado cristiana sepultura en la hora de su muerte.

La principal habilidad del narrador consistía en situar su aparición en los enormes patios de la *oficina* de Campos Díaz o en el oscuro y solitario camino de Botalón, o en una desolada esquina de la calle Rondón, a las puertas del cementerio del pueblo; al final de la calle Gil Pulido o en algún otro sitio solitario y oscuro donde se le ocurriera. Ello sucedía, por supuesto, después de las 8:00 de la noche, cuando las calles quedaban en la más absoluta penumbra, luego de apagado el generador eléctrico en La Rubileña que suplía la escasa luz que medio alumbraba algunas calles del pueblo. La otra habilidad del contador era poner de protagonista del *encuentro* a don Fulano de Tal o a don Mengano Pérez, o a cualquier otra persona bien conocida por todos. Y al final, el narrador, para avalar la veracidad de su *caso* afirmaba:

—.... Y ustedes pueden preguntarle a Fulano de Tal —y nombraba a un vecino bien conocido—, porque él estuvo presente. O pueden escuchar a Mengano... quien afirma: “Yo vi el suceso desde el postigo de la ventana de mi cuarto”.

Por supuesto que a ninguno de los oyentes se nos ocurría cuestionar la veracidad de estas historias y, mucho menos, intentar interrogar a los señores que aparecían como actores o testigos de la aparición.

Más frecuentes que las historias sobre la Sayona eran los casos que se referían a aparecidos, es decir, individuos que después de muertos le *salían* a los vivos. Unas veces lo hacían para indicarles dónde tenían enterradas las botijuelas con el dinero que habían acumulado y, otras ocasiones, para vengarse de algún agravio que hubieran recibido en vida por parte del individuo objeto de la visita.

Generalmente, el muerto mostraba su presencia mediante una luz que se encendía y se apagaba o que se movía titilante hacia el sitio del *entierro*; movimiento que tenía como objetivo guiar al afortunado hasta el lugar donde se encontraba escondida una fortuna. Cuando se trataba de la venganza del muerto, la persona visitada recibía alguna señal para atemorizarlo como, por ejemplo, halarlo por un pie o por los cabellos cuando estuviese dormido y, otras veces, apareciéndosele en forma de cochino o perro, o incluso de esqueleto.

Los narradores, para darle credibilidad a sus relatos, igualmente apelaban a los nombres de personas conocidas de la comunidad que, según decían, habían sido víctimas o beneficiarios de esos contactos con el mundo de lo sobrenatural.

Palabras más, palabras menos, ésta es una de esas historias de aparecidos y de entierros que oímos en aquellos años:

—Hay una casa muy vieja y grande en el pueblo que todos conocemos —comenzaba a contar Domingo—, es la que está al final de la calle Ilustres Próceres, cerca de La Playera. Esa casa, dicen, fue construida por un español llamado Antonio País, quien fue fusilado por los patriotas en La Guaira. Se rumoraba que allí salía un muerto y, por eso, nadie quería vivir en ella, hasta que el bodeguero Francisco Ramírez la compró y la habitó. Pasado algún tiempo, un buen día el hombre desapareció del pueblo con su familia, abandonando la casa. La mujer de servicios de la casa de Ramírez cuenta que todas las noches se veía una luz, como de una vela, que se dirigía hacia un cuarto abandonado que estaba al fondo, y que cuando la luz se encendía ella sentía mucho miedo y, por eso, se encerraba en su cuarto. Dos días antes de que los Ramírez se fueran del pueblo, a ella le dieron permiso para que fuera a visitar a su familia y cuando regresó, la semana siguiente, la casa había sido abandonada y en el cuarto del fondo había un enorme hoyo. En el pueblo circuló la noticia y muchos fuimos a ver el hueco que, todavía, se puede ver en esa casa. Ramírez logró sacar unas botijuelas y ahora es muy rico y vive en Caracas.

Afirmaban los narradores de estos cuentos, que las pruebas de la veracidad de sus narraciones estaban respaldadas por los entierros que habían logrado sacar esas personas, quienes ahora disponían de muchos caudales obtenidos por esos medios. También sostenían que el afortunado se había marchado del pueblo con su inmensa fortuna, dejando en la casa de donde sacó el entierro un gran agujero, que todavía podía ser visto. Y en caso de tratarse de alguna represalia por parte del muerto, señalaban que su historia estaba basada en el testimonio de la persona que había sufrido el *ataque* del difunto.

Los más pequeños quedábamos fascinados con esas historias y aceptábamos su veracidad sin ningún género de dudas. Mi hermano y yo nos retirábamos de esas reuniones llenos de miedo, y corríamos a nuestra casa por las calles solitarias y oscuras del pueblo, creyendo ver en cualquier rama de árbol mecida por el viento, en la tenue luz de una vela en una ventana abierta, o en la sombra de un alero o de un poste de electricidad, la señal de un muerto.

A pesar del temor que estas historias nos producían, seguíamos yendo morbosamente cada noche al banco de la plaza a continuar oyendo las mismas historias con diferentes protagonistas y circunstancias.

MARTES, 24 DE JUNIO DE 1941

En el mes de junio Altagracia se llenaba de *parrandas de negros*

Hoy no hay clases en la escuela Ángel Moreno, es martes 24 de junio, día de San Juan Bautista. A media mañana oigo que tocan la puerta que, a pesar de la hora, aún permanecía cerrada. Era Alfonso, un compañero del segundo grado que vive al frente, quien al verme casi a gritos me dice:

—Hay una parranda de negros aquí cerquita, en el botiquín de la plaza. Vámonos pa'llá. —Ese año vivíamos en la calle Bolívar, a dos cuadras del mencionado bar.

Entramos corriendo a la calle Rondón y, desde la esquina, vemos un gentío agolpado en la entrada de la refresquería de Ángel David Hurtado. Era la parranda y nos metimos como pudimos hasta el centro. Allí había cuatro *negros* en plena ejecución de una guaraña, justo en el momento en que el solista terminaba la copla y el maraquero, el tamborilero y la *mujer* iniciaban *el llorao*, es decir, el coro, acompañados por buena parte del público que los rodeaba.

No pasó mucho tiempo y, en un descanso del grupo, un muchacho que se encontraba cerca de nosotros grita a todo pulmón:

—En La Playera hay unos negros bien buenos. —Y enseguida emprende la carrera por la calle Chapaiguana.

Alfonso y yo, junto a otros muchachos, corrimos detrás de él por la calle Ilustres Próceres. Al llegar a su final, en La Playera, frente al pequeño botiquín de Soledad Perdomo, había una aglomeración en torno a otra *parranda de negros*.

Era probable que en esos mismos momentos estuviera ocurriendo algo parecido en la pulpería de Pulido Banesca, allá al este del pueblo a la salida hacia Saladillo, o en la calle Bolívar en la tienda de Carlos Manuel Rodríguez, o frente al negocio del maestro Toro, o tal vez en otras pulperías en Barrialito o en el Charco. La realidad era que, en el mes de junio, las calles de Altagracia se llenaban de pueblo con las parrandas de negros o, como las llaman hoy algunos musicólogos, los *negros de plaza*, que se venían al pueblo desde los innumerables caseríos cercanos a celebrar las fiestas religiosas con las coplas de sus cantos de negros.

Durante la segunda quincena del mes de junio y la primera de julio, se suceden tres fechas muy importantes en el calendario de festividades de la iglesia católica: el 24 de junio, día de San Juan Bautista; el 29, día de San Pedro y San Pablo, y el 16 de julio, día del Carmen. Aquellos años, en esas jornadas había importantes celebraciones religiosas en Altagracia, festividades que los campesinos aprovechaban para emparrandarse y llegar-se hasta el poblado con sus sabrosas guarañas y mariselas y, de esa manera, traer alegría y diversión, tanto para ellos como para nosotros.

Para los niños las parrandas de negros eran la gran diversión, ya que durante todo el día corríamos de una calle a otra detrás de los grupos que se formaban alrededor de cada parranda y,

algunos, hasta participábamos en el coro que se les hacía a los solistas, que todos llamábamos *el llorao*.

La diversión se iniciaba muy temprano en la mañana, pues desde su llegada comenzaban a cantar. Venían de los campos cercanos y entraban por los cuatro costados del pueblo. Creo que la mayoría venía del norte, de la zona de Guatopo, y entraban por La Playera, al igual que los que llegaban de San Rafael. Los que venían de los caseríos del Oriente y de Macaira llegaban por Barrialito, y los del Sur, Lezama y caseríos cercanos, por la Cumaná.

Muchas de las parrandas estaban conformadas por tres hombres: uno que tocaba el cuatro, un maraquero y un acompañante vestido de mujer, cuya función era bailar mientras el solista cantaba y hacer el coro después de cada verso. Pero había muchos grupos con cuatro y hasta cinco participantes; uno de ellos tocaba un tamborcito.

Todos los guarañeros llevaban sus caras totalmente pintadas de negro, exhibiendo gorros en sus cabezas que tenían apariencia de coronas. Ellos mismos los hacían con cartón, forrados con papel de seda de múltiples colores y un penacho con cintas de colores, que les caían en la espalda. La excepción era *la mujer*, quien usaba un sombrero de cogollo con alas caídas lo que, junto con los adornos, le daban un toque femenino. Éste, igualmente, estaba forrado en papel de seda, con cintas del mismo papel que caían sobre sus hombros.

El que hacía el papel de mujer se ponía sobre su ropa de hombre un vestido de mujer muy colorido, que le llegaba hasta las rodillas, de forma tal que dejaba ver sus pantalones arremangados hasta la media pierna. Todos calzaban alpargatas. Por supuesto, en estas parrandas no faltaba el aguardiente de

caña y, como en muchas de las festividades populares, algunos de los guarañeros terminaban borrachos.

El grupo iba de casa en casa e improvisaba versos a los jefes de familia o a algún personaje importante que estuviera en el grupo. También era normal que visitaran las tiendas y otros establecimientos comerciales, donde cantaban coplas en homenaje al propietario. Al final entregaban un pañuelo, donde el homenajeado debía amarrar las monedas con las cuales premiaba la ejecución en una de sus puntas. Si alguno de los presentes deseaba colaborar, podía utilizar otra de las puntas del pañuelo. Es de suponer que los guarañeros hacían una selección previa de los lugares a visitar. Por supuesto, en los primeros lugares de esas listas seguramente figuraban personajes importantes del pueblo y, sobre todo, dueños de tiendas y de haciendas.

Al día siguiente, en la escuela se armaban interminables discusiones entre los estudiantes, cada uno defendiendo al grupo que le había parecido mejor.

—Pa' mí, los mejores *negros* fueron los que cantaron en la tienda de Santiago Infante —dijo en voz alta uno de los participantes en aquel improvisado foro.

Los tabaquitos que torcía la abuela Carmela

Eran un poco más de las 11:00 de la mañana, venía de la escuela y al llegar a la casa tiré el bulto sobre la cama y salí corriendo. Me gustaba ir donde la abuela Carmela. Su casa tenía un patio muy amplio, donde había muchos animales. Quedaba a media cuadra de la nuestra, en la calle Sucre, en el cruce con la José Martí. Era una vieja casona en Altagracia de Orituco con techo de tejas y paredes muy altas. Tenía un amplio local en la esquina, con cuatro puertas a la calle, donde funcionaba la pulpería de mi tío Jesús. A la vivienda se ingresaba por un enorme y viejo portón de dos hojas, luego de atravesar un oscuro zaguán que conducía a un corredor abierto al patio, y que hacía las veces de recibo. En una de sus paredes colgaba un viejo y descolorido retrato del abuelo Silverio, ya muerto.

Como siempre, la puerta estaba abierta. La cerraban en la noche, después de las 8:00. Entré corriendo y llegué hasta el lugar donde la abuela cotidianamente torcía sus tabaquitos. Tenía una mesita con su banqueta, en donde todos los días, como un ritual, se sentaba a enrollar pequeños cigarrillos de tabaco negro. Me paré frente a ella y le dije:

—La bendición, Carmela. —Y ella, mirándome a los ojos, con una amplia y amorosa sonrisa, me respondió:

—Dios me lo bendiga, lo ampare y lo favorezca.

Todos sus nietos, sobrinos, y el resto de los miembros de la familia, la llamábamos cariñosamente Carmela, y los extraños, doña Carmela. Ya tenía más de 80 años.

La fabricación de tabaquitos era oficio casero de muchas familias humildes en el pueblo. Era una tradición de larga data. Recordemos que el tabaco es oriundo de América, y que sus pobladores originarios lo utilizaban cotidianamente. No obstante las prohibiciones y castigos que los españoles aplicaban a los infractores del monopolio, el pueblo se las ingeniaba para seguir sembrando el tabaco y, de esta manera, se perpetuó esa costumbre de nuestros antepasados indígenas. En los años en que transcurren los hechos narrados en esta crónica, se afirmaba que las zonas en donde nunca se dejó de producir tabaco negro fueron Camoruco, Paural e Ipore, entre otras.

Pero retomémosle el hilo a este pequeño relato: al patio se salía desde la cocina y allí había gallinas y patos, un chiquero con varios cochinos, dos trojas bastante altas donde la familia cultivaba ají dulce, yerbabuena, malojillo, cilantro de monte, otras yerbas y algunas legumbres. En el patio había, además, matas de mamón, riñón, lechosa y ciruela. Según Carmela, en ese patio, que en el pasado tuvo una puerta de tranquero hacia la calle José Martí, el abuelo ordeñaba diariamente un pequeño rebaño de vacas. El patio lindaba hacia el este con una alta pared de mampostería, que tenía pequeños boquetes debajo del alero, donde anidaban las palomas. Era la enorme casona donde había funcionado, hacía más de 10 años, la *oficina* de Campos Díaz.

Pero lo que más me entusiasmaba de estas visitas era asomarme al patio de la casa de la señora Rosa de Jaspe, situada al lado norte, porque allí había un enorme corral donde ordeñaban todas las mañanas unas 20 vacas que, después de amantar a sus becerros, cerca del mediodía, eran sacadas al potrero por la calle José Martí. Era una vieja costumbre, que aún perduraba en aquellos años: ordeñar el ganado dentro del pueblo y vender la leche en la puerta del corral.

Después de recorrer todos los espacios del patio, volví a donde la abuela seguía torciendo sus tabaquitos. De un lado de la mesita tenía un pequeño recipiente con la picadura, a su mano derecha hojas pequeñas apiladas, con las que enrollaba la tripa, y a su izquierda las capas con que envolvía dichas tripas, para luego pegar sus bordes con goma arábica. Finalmente, cortaba las puntas con una cuchilla y quedaba listo para engrosar el mazo donde los iba reuniendo hasta llegar a 25. El pulpero le pagaba a la abuela un bolívar por el mazo y los detallaba a centavo cada uno.

Al retirarme me despedí:

—Hasta la noche, Carmela.

En efecto, por las noches nos reuníamos algunos de mis hermanos menores junto a otros niños de la vecindad en la acera, a un lado de la entrada de su casa, para oír los fantásticos cuentos que, velada tras velada, nos narraba. La abuela era una extraordinaria cuentacuentos.

La tenebrosa *oficina* de Campos Díaz

Las múltiples y fabulosas historias de muertos y aparecidos a las que dedicaban parte de su tiempo algunos adultos del pueblo se potenciaban en las mentes de los niños, creando variados y sorprendentes relatos alrededor de seres de ultratumba que *salían* en viejas y a veces no tan viejas edificaciones, o en casas donde se aseguraba vivieron figuras importantes: funcionarios de la corona española, acaudalados hacendados o ricos comerciantes. Una de las construcciones que alcanzó ese indeseable *prestigio* fue el antiguo caserón donde funcionó, en los últimos años del siglo XIX y las cuatro primeras décadas del XX, la oficina de uno de los personajes más ricos de Altagracia de Orituco, un comerciante de nombre Estanislao Campos Díaz.

Esa enorme edificación aún en pie, y hoy dividida en varias viviendas, está situada en la calle José Martí, y cubre buena parte de la manzana entre las calles Sucre y Gil Pulido. Tenía paredes muy altas de mampostería y sólida techumbre de tejas, y estaba seccionada claramente en dos espacios: en la parte de arriba, al oeste, había varias habitaciones, corredores, un patio enladrillado, una amplia galería donde permanecían instalados

un poderoso motor y otras maquinarias, además de unas construcciones ruinosas al fondo que, seguramente, alguna vez fueron el comedor y la cocina de la residencia familiar.

En la otra parte, situada al oeste, tres escalones más abajo, con gran portón a la calle, había un inmenso patio también con piso de ladrillos y dos largas galerías a sus lados. En esta sección, a la que podríamos llamar auxiliar, descargaban el café los arreos de mulas que venían desde las haciendas. En ambos patios, el grano era expuesto al sol hasta secarlo y llevarlo a condiciones de ser trillado, es decir, quitarle la película que cubre el cotiledón y dejarlo listo para su exportación.

Tal vez el abandono en que estuvieron por varios años esas formidables instalaciones dio lugar a que la inventiva popular creara innumerables y fantasiosos relatos de *aparecidos*, que hicieron de ese enorme y deshabitado inmueble un lugar mágico para los niños, donde la inagotable imaginación infantil reinaba a sus anchas.

Para poder explicarnos la existencia de esta vasta construcción en un pequeño pueblo, como lo era Altagracia en el año 1941, permítaseme rememorar algunos elementos de nuestra historia.

En la segunda mitad del siglo XIX, el consumo de café en el mundo en desarrollo, particularmente en Europa, tuvo un crecimiento vertiginoso, dando lugar a un tremendo incremento de sus importaciones y, consecuentemente, a un importante aumento de su precio. A partir de esos años la actividad cafetalera fue vital para la economía del país.

Los altos precios del café en ese período incentivaron a muchos agricultores de Orituco a dedicarse a su cultivo. Fue así como un movimiento pionero inició, a mediados de ese siglo,

la ocupación de gran parte de los terrenos nacionales en las nacientes de los ríos Orituco y Macaira, para establecer haciendas de café. Ese núcleo inicial de hacendados cafetaleros fue potenciado en 1874, con la fundación de la colonia Guzmán Blanco.

La bonanza económica de Venezuela, producto de las exportaciones de café, se vio severamente afectada en la segunda década del siglo XX, como consecuencia de la entrada al mercado mundial del rubro de productores de otras regiones en América y África, particularmente Brasil, provocando un colapso de los precios. Esta tendencia a la baja se acentuó a raíz de la crisis mundial de los años 1929-1933, lo que generó una severa reducción de las exportaciones venezolanas. Años después, en 1939, comenzó la Segunda Guerra Mundial, lo que incrementó aún más el descalabro del sector, desembocando en el abandono de su cultivo por muchos hacendados. La puntilla final a la actividad cafetalera en el Orituco fue la creación del parque nacional Guatopo, en el año 1958.

El café producido en las haciendas era transportado hasta las casas comerciales de Altigracia y Macaira en arreos de mulas y machos. En los locales de estos empresarios se hicieron instalaciones para el acondicionamiento del grano, tal como exigían las casas exportadoras de Caracas. Ese es el motivo que provocó la creación de *oficinas beneficiadoras de café*. Fueron decenas las edificaciones que se erigieron o modificaron en los dos pueblos, y todas recibieron el nombre de *oficinas*.

La *oficina* de Campos Díaz fue una de las más grandes construidas en Altigracia y hasta finales de los años 1920 mantuvo cierta actividad. Pero ante la debacle que vivió el sector, fue disminuyendo sus operaciones, terminando en su definitiva

paralización. En la década de los 40, mi padre la arrendó por un par de años, en un vano intento de rehabilitar parte de sus instalaciones.

Muchas veces fui con mis hermanos a jugar en sus enormes espacios. Eso sí, siempre nos retirábamos antes de que oscureciera, pues ya conocíamos muchas de las historias de muertos que allí salían en lo que entraba la noche, contadas por un viejo empleado de mi padre, de nombre Manuel. Entre varios de los cuentos que nos narró, hay uno que recuerdo con bastante precisión. En la historia, él aseguraba que un día se quedó trabajando después de la 5:00 de la tarde. Cuando entró la noche, vio un manto blanco con una lucecita que corría de un lado a otro cerca de la pared del fondo y, mientras lo hacía, se oía una voz de ultratumba que gritaba entre risas y lamentos:

—Auxilio, ayúdenme.

Para muchos niños la casona de Campos Díaz fue la guarida de *muertos y aparecidos*, cuyas almas seguían *penando en el más allá*. En esos años, muchas veces me tocó atravesar, nunca después de las 8:00 de la noche, hora del corte de la electricidad, esa desolada y oscura cuadra de regreso a mi hogar, y todas las veces que lo hice pasaba corriendo y por la acera de enfrente de la tenebrosa *oficina* de Campos Díaz.

LUNES, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1941

Las bombas de papel, infaltables en las fiestas patronales

Había dos celebraciones anuales que tenían singular importancia para los habitantes de Altagracia de Orituco en aquellos primeros años de la década de los 40: la Semana Santa y las fiestas patronales. La primera invitaba al recogimiento, a la santidad, a la plegaria. Las fiestas patronales, por su naturaleza, eran absolutamente lo contrario: música, parrandas, retretas todas las noches, fuegos artificiales, elevación de bombas de papel, piñatas, palos encebados, toros coleados. En fin, diversiones a granel y, por supuesto, derroche de alegría, de entusiasmo.

En cambio, el Carnaval, la otra de las festividades tradicionales, era más elitista, ya que el pueblo pobre sólo era espectador de los desfiles de disfraces, que se realizaban en las calles principales y en la plaza Bolívar, y mirones por las noches, agarrados a las rejas de las ventanas de los salones de las casas de las familias más pudientes, en donde se realizaban los bailes de gala programados.

Un lunes, varias semanas antes del inicio de las fiestas patronales, mi padre nos reunió a sus cuatro hijos mayores, en total éramos siete, y nos dijo:

—Esta semana comenzaremos a fabricar las bombas. Uno de ustedes acérquese a la casa de los Mendoza y avísenles para que vengan a partir del miércoles por la tarde.

Como todos estudiábamos primaria, la hechura de las bombas comenzaba a partir de las 4:00 de la tarde, es decir, después de que nos despachaban de la escuela. Los mayores *trabajaban* hasta las 6:00 o las 7:00 de la tarde, mientras tanto yo me divertía todas esas horas viéndolos manipular esa inmensa cantidad de coloridos papeles. Nuestra casa, en la calle José Martí, tenía un corredor de unos 10 o 12 metros de largo, con piso de cemento muy liso y ese era nuestro taller. Para mí, un niño de menos de 10 años, eran tres o cuatro horas de felicidad, en medio de aquel despliegue de hojas multicolores de papel de seda. Era una auténtica fiesta.

Las labores consistían en unir con un pegamento, hecho a base de almidón, pliegos, medios pliegos, cuartos y octavos de pliegos, para hacer los *paños* que luego, en número de ocho, 10 o 12, dependiendo del tamaño que tendría la bomba, se unían de arriba a abajo hasta cerrar el círculo. Era un trabajo muy bonito y de mucho cuidado. Todo bajo la supervisión de mi padre, que era un verdadero experto en la fabricación de esa artesanía. Los hermanos Tulio y Héctor Mendoza nos acompañaban todos los años en esa labor, y todos ganábamos una platica que, en el caso de los hermanos Mendoza y mis tres hermanos mayores, era algo sustanciosa.

Aparte de la unión de los *paños* de papel para formar el globo, había que colocarles un aro de metal en la boca, elaborado con alambre liso. Además, había que fabricar el mechurrio, que consistía en una pequeña bola de algodón o mopa con tres o cuatro patas de alambre y que, a la hora de soltar el globo, se fijaba en el aro de la boca.

La elevación de las bombas, o dicho como se reseñaba en el programa de las fiestas: “elevación de globos aerostáticos”, era un espectáculo fascinante que cautivaba a todos, especialmente a los más pequeños. Los lugares predilectos para soltar los globos eran el frontispicio de la iglesia y el edificio de la Jefatura Civil pero, en general, podían inflarse y elevarse desde cualquier lugar que tuviera un sitio alto donde sostenerlo mientras se llenaba de aire, y donde los cables de la electricidad o ramas de los árboles no impidieran su ascenso.

El momento supremo era cuando el jefe de la operación, mi padre o alguno de sus ayudantes, encendía el mechurrio, tomaba el globo por el aro y lo conducía hacia el centro de la calle a esperar el instante exacto en que debía soltarlo. La muchedumbre que rodeaba el espectáculo en esos momentos se mantenía expectante, era como un momento mágico: ¡poner a volar un artefacto multicolor de papel! Cuando en aquellos años lo único que veíamos volar eran pájaros, mariposas y papagayos y, muy ocasionalmente, un avión que atinara a pasar cerca del pueblo y que identificáramos por el ruido. Así que aquello era como un acto de magia.

La muchedumbre, siempre alegre y gritona, en aquellos instantes guardaba un absoluto y hasta respetuoso silencio, que segundos después violentaba con una estrepitosa algarabía en el momento en que el globo comenzara a elevarse. Ese era el instante crítico y era, precisamente, cuando el bullicio y la expectación aumentaban hasta un grado cercano a la locura: era el momento en que el artefacto comenzaba a elevarse, acompañado por las estruendosas detonaciones de los cohetes y *tumbarranchos* en su lento ascenso inicial.

La mayor tensión se producía cuando el globo comenzaba a ascender, ya que se corría el riesgo de que tropezara con algún

obstáculo que le impidiera subir y, finalmente, se incendiara. Otro peligro eran vientos fuertes que lo hicieran bambolearse y fuera, igualmente, consumido por las llamas. Superados esos intensos minutos iniciales, el globo proseguía vuelo durante varios minutos, hasta que la llama del mechurrio, empequeñecida por la distancia, se perdía en el espacio.

“Alegres y rumbosas fiestas patronales de Altagracia de Orituco”

Me desperté sobresaltado. Amanecía el día domingo y el bullicio penetraba por la ventana que daba a la calle. No obstante la algarabía, al fondo se oían las notas musicales que en esos instantes tocaba la banda Padre Sojo. Medio dormido, me senté en la cama y, asustado, le pregunté a uno de mis hermanos, que recién también se había despertado:

—¿Qué está pasando?

En ese momento, entró corriendo al cuarto otro de mis hermanos mayores, que dormía en una habitación diferente, y sin preámbulos nos soltó:

—¡Levántense! Ya comenzaron las fiestas patronales. Vámonos pa' la plaza que allá hay un gentío.

Me vestí tan rápidamente como pude y los tres salimos corriendo. Nos incorporamos al torrente humano que bajaba desde la plaza por la calle José Martí y estaba llegando a la calle Bolívar. Al frente de la caminata, rodeada de niños, venía la banda musical Padre Sojo, con su director José Calixto Morín al frente, interpretando un sabroso merengue venezolano. Detrás de los músicos caminaban varios miembros de la

junta directiva de las festividades, presidida ese año por el señor Galileo Guglietta Gimón, propietario de la tienda El sol de Oriente. Iban acompañados por el jefe civil, el presidente del Concejo Municipal y otras distinguidas personalidades de la población. Luego les seguían, a pesar de que apenas estaba amaneciendo, una masa compacta de hombres y mujeres del pueblo, pero sobre todo niños.

El desfile, como era tradición, se inició en la plaza Bolívar, tal y como lo anunciaba el programa: “con repiques de campanas, música y lanzamiento de fuegos artificiales”. El *paseo cívico*, que tenía la finalidad de repartir el enorme y bello programa de las festividades, duró casi dos horas, recorrió las calles más importantes de la población y remató en el lugar donde se originó. Al llegar a la plaza, la música cesó y parte del gentío ingresó al templo, donde ya había comenzado el servicio religioso dominical como parte de las festividades. Así arrancaron aquel año las “alegres y rumbosas fiestas patronales” de Altagracia.

—A mí lo que más me gusta de las fiestas patronales son las bombas —me comentó Rafael, compañero del segundo grado en la escuela Ángel Moreno, en momentos en que la música había cesado—. Es emocionante cuando se van elevando y el viento las mueve de un lado a otro y, poco a poco, se van alejando hasta que se pierden de vista. Pero lo más emocionante es cuando hace mucho viento, se bambolean y algunas hasta se queman.

—Pa’ mí —le riposté yo—, lo mejor son las carreras de sacos, porque hay premios. Yo me gané una caja de lápices de colores el año pasado.

Mis hermanos, Rafael, otros compañeros de la escuela y yo, contagiados por el entusiasmo general, hicimos todo el recorrido al lado de los músicos de la banda.

Durante la caminata se repartió el enorme programa, una hoja de papel con un diseño y una impresión que hoy nos producen admiración, una verdadera joya tipográfica. Ahí se describían minuciosamente todas y cada una las diversiones y actividades previstas para cada día, precisando las horas y los lugares donde se realizarían, informando siempre que la actividad sería acompañada de fuegos artificiales y, en algunos casos, con la “elevación de globos aerostáticos”.

En aquellos años, las festividades se extendían por toda una semana. En las mismas participaban no sólo los gracitanos sino también muchos vecinos de los pueblos cercanos, y hasta de algunos no tan cercanos.

Algo que a mí me llamaba mucho la atención era la enorme cantidad de campesinos que se veían caminando en grupitos por las calles, y que uno los reconocía como trabajadores del campo por la uniformidad de sus vestuarios: trajes blancos los hombres y vestidos multicolores las mujeres y, casi todos, hombres y mujeres, calzando alpargatas. Como en esos años los dos únicos transportes colectivos que había eran el autobús de Guillermo Hurtado y el autocamión de Martín Pérez, que viajaban sólo para Caracas, los campesinos llegaban al pueblo a pie o cabalgando, por lo que en esos días el pueblo se encontraba abarrotado de burros y caballos.

Los programas se estructuraban con una gran variedad de eventos, tratando de satisfacer a todos los grupos sociales y, sobre todo, de complacer a los niños. Había desde retretas todas las noches en la plaza Bolívar hasta toros coleados que, tradicionalmente, tenían lugar el día final de las festividades, pasando por terneras, concursos de todo tipo, piñatas, carreras en sacos, palos y cochinos encebados, competencias deportivas

en el estadio de Saladillo, desafíos de gallos en la gallera de La Playera y otras muchas actividades.

Los días que estaban programados los toros coleados, desde las primeras horas de la mañana se veía a muchos de los jinetes que iban a participar en el evento pavoneándose y exhibiendo sus cabalgaduras por las calles empedradas del pueblo. El espectáculo taurino se efectuaba a partir de las 3:00 de la tarde en la calle Ilustres Próceres, la más larga y, tal vez, la más importante del pueblo. Las bocacalles, desde la casa de habitación de don Alberto Suárez hasta el cruce con la calle Bolívar, se cerraban con bambú. Allí encerraban a los animales por la mañana y, cuando se daba inicio al espectáculo, los jinetes competidores entraban a la manga. Algunos años más tarde, las coleadas se realizaron en la calle Bolívar, desde el Mercado Municipal hasta la esquina donde vivía la familia Mora. En años más recientes, fue construida una manga para coleos al este de la población.

Pero había unas actividades en La Playera que no figuraban nunca en los programas y, sin embargo, atraían una a enorme cantidad de público. Ese hermosísimo y añorado espacio público del querido pueblo se convertía, en aquellos años, en un inmenso casino al aire libre. Allí, los asistentes podían disfrutar de los desafíos que diariamente se realizaban en la gallera, de permanentes partidas de bolas criollas y de boliches, partidas de *ajiley* y otros juegos con barajas españolas, que tenían que realizarse en los espacios ocultos por la vegetación, ya que eran juegos prohibidos, así como otras tantas actividades lúdicas. Pero lo que realmente atraía a la mayor cantidad de gente, sobre todo de niños, eran la lotería de animales y las tres o cuatro mesas con ruletas artesanales de animales y frutas.

“Las alegres y rumbosas fiestas patronales de Altagracia de Orituco” generalmente culminaban con un baile de gala en el club Orituco, programado para las familias distinguidas del pueblo, jarana a la que sólo se podía acceder con invitación especial. Para el vulgo, había terneras dos o tres veces en la semana y todas las noches retreta en la plaza Bolívar, acompañadas con cohetazos y elevación de bombas de papel.

En fin, era una semana completa de sano esparcimiento, llena de un alto espíritu de convivencia.

SÁBADO, 12 DE ABRIL DE 1941

Una visita a la hacienda Santa Rosa

Al fin llegó el sábado. Mi padre nos había prometido llevarnos a la hacienda Santa Rosa, que estaba situada entre Botalón y San Rafael. Tenía muchas expectativas con ese paseo, pues había oído muchas veces a mis compañeros del segundo grado afirmar que esa era la más grande y más bonita de las propiedades que había sobre las riberas del Orituco. Además, una salida al campo con mis hermanos un sábado por la tarde era lo máximo, ya que las alternativas para ese día eran irnos al parque Sucre a jugar metras o bailar trompos, o a volar papagayos al cerro de Las Iguanitas.

Mis dos hermanos menores se subieron al asiento delantero con mi padre. En fecha muy reciente, papá había recibido, en un cambalache, un viejo Ford 31 con más de 10 años de uso, bastante feo de latonería, pero con su máquina en buen estado. Estos carros eran conocidos popularmente como *colepatos*. Los automóviles, en esos años en general, eran bastante pequeños. En la cabina delantera cabía el chofer y un adulto más, y en el espacio que hoy ocupan las maleteras había una puerta que se abría de arriba hacia abajo y aparecía, como por arte de magia,

un asiento para dos personas que quedaba a la intemperie. Allí nos encaramamos mi hermano mayor y yo. Para mi padre, el viaje tenía por motivo probar un pequeño y usado motor a gasolina que el propietario de la hacienda, don Alberto Suárez, le había ofertado.

Estábamos en temporada de zafra y muchos trapiches se encontraban en molienda. Al llegar a las orillas del río, a La Playera, comenzamos a percibir ese inconfundible y delicioso aroma que emana del guarapo de la caña al ser expuesto a altas temperaturas, como parte del proceso de fabricación del papelón. Al llegar a la entrada de la hacienda el olor se hizo mucho más intenso, y se acentuó a medida que recorriamos los 200 o más metros del bonito pasaje que conduce desde la carretera hasta la casa señorial.

Tenían razón mis compañeros, en efecto, era un espectáculo verdaderamente hermoso el que ofrecían aquellas edificaciones plantadas en medio de los tablones de caña, cuyas estiradas espigas se bamboleaban con la fuerte brisa.

La hacienda Santa Rosa, como en la gran mayoría de las que había a orillas del río Orituco, estaba cubierta casi totalmente por caña de azúcar. Muchas de ellas tenían trapiches, consistentes, en la generalidad de los casos, de pequeñas instalaciones para la producción completamente artesanal de papelón. Algunas otras tenían estructuras de cierta magnitud, que les permitían mecanizar parte del proceso productivo. Tal era el caso de Santa Rosa, Garabán, San Miguel, La Quinta, Las Delicias, Tocaragua y algunas otras.

Muchas producían también aguardiente de caña que, al igual que el papelón, tenía su mercado asegurado en Altagracia y en los pueblos situados al sur, como Chaguaramas, La Pascua,

Calabozo y muchos otros. La hacienda La Rubileña logró posicionar en esos mercados, y con ese mismo nombre, su famoso aguardiente. En esos años adquirió tal magnitud la producción de aguardiente en el Orituco, que el Gobierno nacional tuvo que abrir en Altagracia una agencia de las Rentas de Licores, para el control de la producción y el pago al fisco de los impuestos correspondientes.

Antes de retirarse a ver el motor que quería comprar, mi padre habló con nuestro hermano mayor y lo responsabilizó del cuidado de los más pequeños, previniéndolo sobre el peligro de acercarse mucho a las calderas. Los cuatro nos aproximamos un poco al faenar de los obreros. Primero vimos cómo dos hombres arrimaban los tallos de caña a la maquinaria que los trituraba y extraía su jugo, el cual era luego trasladado mediante unas canaletas a enormes pailas. Luego, presenciamos su cocción a altas temperaturas hasta convertirlo en melaza, con la que llenaban los moldes alineados al final de un mesón.

Ahora intentemos resumir, en pocas líneas, una parte de la historia económica del Orituco: La caña de azúcar la trajeron los invasores españoles y la sembraron, desde el comienzo de la dominación, como un cultivo auxiliar para satisfacer los requerimientos de dulce de sus comunidades. Durante los 300 años de la colonización en Orituco, en las vegas de los ríos Orituco y Macaira predominó el cultivo de cacao para la exportación. Esos espacios debieron ser, en tiempos coloniales, un inmenso bosque de galería que se extendía, en el caso del Orituco, desde Conoropa hasta Lezama.

El tiempo del cacao en Orituco finalizó en forma abrupta, al comenzar la guerra por la Independencia y romperse todo vínculo comercial con la metrópolis colonial. Durante el con-

flicto, todos los campos de cultivo fueron abandonados y sus campesinos reclutados por ambos bandos, en la mayoría de los casos por la fuerza, para reemplazar a los soldados muertos en combate.

Al finalizar el conflicto e iniciarse la reestructuración de la naciente república, sobre todo a partir de la década de los años 30 del siglo XIX, comienza un lento pero sostenido proceso de sustitución de los cacaotales por tablones de caña de azúcar, cultivo que rápidamente se transformó en el motor que le imprimió un nuevo aire al quehacer económico de la microrregión. Este período de supremacía económica del papelón y el aguardiente duró muy poco, unas tres o cuatro décadas, debido el repentino y vertiginoso auge de la producción cafetalera, que le propinó un vigoroso impulso a la economía del valle; bonanza que se prolongó aproximadamente hasta finales de la segunda década del siglo XX.

Volvamos a nuestra pequeña historia: todos regresamos alegres y satisfechos, mi padre por haber negociado en buenos términos el motor que le ofertaron, y nosotros por haber vivido la extraordinaria experiencia de presenciar la fabricación del papelón, que todos los días consumíamos en nuestros hogares.

En lo particular, este paseo sabatino me permitió adquirir muchos conocimientos, que luego compartí con mis compañeros del segundo grado cuando se presentó la oportunidad de hablar de haciendas, de caña de azúcar, de trapiches y de papelón.

A volar papagayos en el cerro de Las Iguanitas

Llegaron las vacaciones escolares. Mis hermanos y yo teníamos preparados varios papagayos: una estrella, un roncador y una palometa, entre otros, para ir a elevarlos al cerro de Las Iguanitas. Por la tarde, a eso de las 4:00, alegres, salíamos los cuatro hermanos acompañados por papá, cada uno con su papagayo, y cuando bajábamos por el zaguán de la casa oímos la voz de nuestra madre, siempre prevenida y cuidadosa:

—No se pongan a correr, ese terreno es muy pedregoso y se pueden caer. Cuiden a los más pequeños.

En los días previos, después de regresar de la escuela, estuvimos todos metidos entre veradas, papeles, goma, pabito, tijeras y trapos viejos para hacer las colas, confeccionando volantines bajo la dirección de nuestro viejo, que era todo un experto en el arte de fabricar objetos voladores de todas las formas y tamaños, tales como roncadores, estrellas, cajones y cometas. Pero, además, era un maestro en la fabricación de bombas de papel o, como las denominaban en los programas de las fiestas patronales del pueblo, globos aerostáticos. Y es que volar papagayos en aquellos años no sólo era elevarlos y mantenerlos en el aire

durante horas, eran también todas las fases de su confección, que propiciaban reunir a la familia y a los amigos en gratos momentos de armonía y convivencia.

A volar los papagayos íbamos los hermanos menores. Mi padre nos acompañaba casi siempre, porque él también gozaba un puyero, al igual que nosotros, observando los volantines moverse de un lado a otro haciendo rosquillas y piruetas diversas, sostenidos y accionados por la acción del viento.

Con el nombre de cerro de Las Iguanitas se conocía, en aquellos años, una pequeña y despoblada loma que era frontera del pueblo hacia el naciente; terrenos en los que, hace muy pocos años, fueron construidos el grupo escolar Camejo y otras numerosas edificaciones para negocios y viviendas, hacia el sur. Al lado norte estaba el cerrito de El Calvario, sitio de masivas peregrinaciones cristianas en Semana Santa, hoy invadido también por el *progreso* urbanístico.

Para ir a ese añorado lugar, uno tenía que caminar alrededor de unos 800 metros después de dejar la última vivienda de la calle José Martí, donde vivía la familia del señor Emigdio Filardi, superar un pequeño zanjón por donde escurrían las aguas de lluvia que bajaban desde Barrialito y, luego de tomar un trillado caminito, llegar al cerrito, lugar escogido por la comunidad para el vuelo de papagayos.

Era un terreno bastante árido, muy pedregoso, sólo crecían matas de cují, cardones y tunas. Para nada podía salir de allí una postal turística. Sin embargo, para nosotros tenía la ventaja de que no había árboles grandes, soplaba brisa fuerte y constante y tenía una amplia explanada sin viviendas que se prolongaba hacia el sur, donde era posible recuperar fácilmente los papagayos que reventaran el pabito o hubiesen sido *picados* y cayeran a tierra.

No éramos nosotros los únicos voladores de papagayos. Allí se reunía un gentío de todas las edades y condiciones sociales, pero especialmente niños; la mayoría de ellos con sus padres o hermanos mayores. Hoy, tal vez, a muchos el volar papagayos puede parecerles un pasatiempo poco atractivo y, si se quiere, hasta tonto, pero en aquellos años sin parques infantiles, sin televisión, sin cine, sin videojuegos y, sobre todo, sin teléfonos celulares, cualquier actividad colectiva que se realizara al aire libre reunía a muchísima gente, en particular a niños y adolescentes.

En efecto, en el cerro de Las Iguanitas, en las tardes de los días de vacaciones escolares, se reunía lo que hoy llamaríamos una multitud, para disfrutar durante varias horas de un espectáculo realmente bonito: ver en el aire, al mismo tiempo, 20 o 30 papagayos de diferentes formas, tamaños y amplio colorido, hacer los movimientos, las piruetas que desde tierra les ordenaran sus conductores. Yo diría, sin temor a equivocarme, que aquella actividad recreacional era la preferida por las grandes mayorías en esos años.

Semanas más tarde descubrimos que había un sitio tan bueno como aquel, pero con la ventaja de estar mucho más cerca de nuestra vivienda. En los años de este breve relato, la calle Sucre se extendía desde el pie de Peña de Mota, comenzando en la calle Pellón y Palacios, justo donde estaba la pulpería de Raldire, y remataba en forma abrupta cuatro cuabras y media hacia el sur, muy cerca de la casa del señor Leopoldo Manuitt. Evidentemente, los urbanizadores no pudieron prolongar esa calle porque allí había un peñasco de considerables dimensiones, que impidió que los constructores con picos y palas de los años finales del siglo XIX, sin disponer de medios técnicos, pudieran demolerlo y prolongar la calle hasta el barrio El Charco,

tal como existe hoy. Pero además de la inoportuna roca, allí había otro obstáculo: comenzaba una bajada muy empinada, donde apenas había un irregular sendero peatonal.

Fue un gran descubrimiento encontrar tan cerca ese otro sitio ideal para elevar nuestros papagayos: no había árboles, ni tendidos eléctricos, ni casas que entorpecieran nuestra diversión y, además, ofrecía la ventaja adicional de estar a escasas dos cuadras de nuestro hogar. Esa proximidad nos permitió ir todos los días, si el estado del tiempo nos lo permitía, a disfrutar de nuestro pasatiempo preferido, sin requerir de la presencia de nuestro padre o de un hermano mayor.

Algo que vale la pena mencionar es la práctica que utilizaban muchas personas, sobre todo adolescentes, de colocar hojillas en la cola de sus papagayos para picar el pabilo a los volantines de los más pequeños, generando conflictos que, en ocasiones, terminaban en riñas. Mi padre era opuesto a esta práctica y, varias veces, llamó la atención a los que utilizaban este sistema, alertándolos sobre la crueldad de quitarle a un niño su diversión. También les hablaba sobre el peligro que significaba un objeto cortante tan peligroso como una hojilla guindando en la cola de un papagayo.

Las lavanderas: “Cuando el pobre lava, llueve”

La falta de agua en Altagracia era un problema de vieja data, venía de los tiempos de su fundación. Para paliar esa permanente escasez, hacía ya algunos años un grupo de pobladores con solvencia económica logró reunir voluntades y dinero, y construyó un pequeño acueducto que suministraba el líquido con mucha irregularidad a un reducido número de viviendas, y sólo durante dos horas al día. El grueso de la población, incluidos los propios suscriptores del acueducto, continuaba procurando el agua por sus propios medios, o utilizando los servicios de los aguadores, que la traían en burros desde el paso de La Susana. La carencia o insuficiencia del agua en los hogares afectaba por igual a toda la población.

El mayor problema para las amas de casa era el lavado de la ropa, que las familias más pobres solventaban lavándola ellas mismas en el río. Los grupos de mejores ingresos lo afrontaban contratando lavanderas. Muchas de las familias que vivían en el casco central del pueblo tenían empleadas que hacían los oficios del hogar, entre ellos, ir al río a lavar la ropa. Pero otras,

y no pocas, utilizaban los servicios de las lavanderas, mujeres que se dedicaban a esa ocupación y que en esos años formaban una verdadera legión.

Mi familia era bastante numerosa, en total 10 personas, por lo que mi madre tenía contratada a una señora que venía dos veces por semana a la casa, se llevaba sobre su cabeza un enorme bulto con la ropa sucia y una o dos panelas de jabón azul. Regresaba al atardecer con la ropa lavada y seca, salvo que ese día lloviera.

La lavandera que prestaba ese servicio a mi familia era una morena muy alta del vecino pueblo de San Rafael, llamada Rafaela, que a los siete muchachos de la casa nos caía muy mal. Era de un carácter muy áspero, nada simpática con los niños, pero se entendía a las mil maravillas con mi madre; entre ellas había una relación muy respetuosa. Mi madre la apreciaba mucho porque era muy correcta, eficiente.

El sitio predilecto de las lavanderas de Altagracia era el paso de La Susana, en el río Orituco, que tenía en sus orillas múltiples espacios cubiertos con rocas, donde ellas extendían la ropa ya lavada para exponerla al sol. Era, igualmente, el sitio escogido por los aguadores para llenar sus barriles con el agua que transportaban hasta las viviendas del pueblo. El paso de La Susana forma parte de un sector que los gracitanos llamamos La Playera, enorme espacio sin edificaciones que existía entre la ribera del río y las primeras casas y calles del pueblo.

Para los años de esta crónica, ese inmenso espacio aún no había sido invadido por el *progreso* urbanístico, debido a que, en muchas ocasiones, durante los meses de invierno, las crecientes del río Orituco lo inundaban. Después de la inauguración de

la represa de Guanapito, en 1963, las crecientes del río fueron controladas. Así, el desarrollo indetenible y necesario de Altagracia llegó también a La Playera, y fueron urbanizados algunos de los espacios más próximos al poblado.

El paso de La Susana fue, hasta finales del siglo XIX, la salida del pueblo hacia San Rafael. Hoy sólo lo emplean los propietarios y trabajadores de las haciendas de las inmediaciones. Consiste en un estrecho callejón delimitado por las haciendas La Susana y La Quinta, que conduce a la carretera San Miguel-Botalón-San Rafael, vía que fue construida por los españoles cuando fundaron la primera encomienda en San Miguel, en el año 1600. Este callejón carretero cayó en desuso como salida de Altagracia después de que entró en servicio, unos 200 metros más abajo, un callejón similar construido entre las haciendas La Quinta, La Fortuna y Garabán, y que lleva igualmente a Botalón.

Todos los días, con excepción de los domingos, días de fiesta y días lluviosos, se podía observar en las orillas del río, en el paso de La Susana, ese singular espectáculo que ofrecían decenas de mujeres realizando la agotadora faena: unas agachadas a las orillas del río estregando con puño y jabón el sucio de la ropa, y otras de pie extendiéndola sobre las lajas de las orillas para secarla al sol. Era un espectáculo de todos los días ver las riberas del río cubiertas con los múltiples colores de las prendas desplegadas sobre las rocas. Cuando llovía la cosa cambiaba por completo, la falta de sol impedía la labor de las lavanderas. En un viejo e irónico refrán venezolano, presumo, se invoca esa circunstancia: “Cuando el pobre lava, llueve”.

Pero el espectáculo más pintoresco que ofrecían las lavanderas era observarlas en las calles de entrada al pueblo, duran-

te las horas crepusculares, en su transitar con sus bulliciosas charlas y estruendosas risas, formando una especie de erguida hilera de mujeres equilibristas, portando sobre sus negras cabelleras las cestas y atados con la ropa limpia, fruto de su dura y diaria labor.

MARTES, 18 DE MARZO DE 1941

Las visitas a mi Tío Pablo

A Francisco de Paula Paz Castillo, mi Tío Pablo, lo recuerdo como un viejito flaco y de baja estatura. Muy cariñoso con todos sus nietos y sobrinos, lo cual nos estimulaba a visitarlo para escuchar sus interesantes y entretenidas historias. Se sentaba en una silleta de cuero frente al zaguán de la entrada de su casa, donde recibía la tibia brisa que entraba por la puerta principal desde la calle. Todos lo rodeábamos con la expectativa de oír sus amenos relatos que, casi siempre, referían hechos históricos locales o de algún otro pueblo llanero; algunos, tal vez, producto de su inventiva.

En mi caso, además de su cariñoso encanto personal, tenía otra buena razón para visitarlo: su casa era muy especial, con un extenso patio donde siempre había muchos pájaros que yo, vanamente, intentaba cazar con una trampa-jaula. Tenía, además, una cantidad grande de árboles frutales: granadas, riñones, parchitas de monte, una de mango y un frondoso tamarindo que brindaba una enorme y acogedora sombra.

La casa era pequeña y vieja, de bahareque, con paredes muy altas, techo de tejas y el piso de ladrillos rojos cuadrados, un

zaguán que conducía a un pequeño corredor que hacía las veces de recibo, dividido del patio por un corto pretil, donde sólo había cuatro muebles de paleta. La vivienda tenía dos niveles: en el de arriba, además del zaguán y el recibo, había dos habitaciones, cada una con su ventana de postigos que daban a la calle. Dos escalones permitían el acceso al nivel inferior, donde había un improvisado y minúsculo comedor, separado del recibo por un tabique empapelado con hojas de revistas y trozos de periódicos viejos. Al lado, una pequeña habitación y, en seguida, al fondo, la oscura y humeante cocina con salida siempre abierta hacia el patio. Frente a ella, un viejo pilón de maíz al aire libre, con su base hundida en el piso de tierra. Cuando la visita ocurría los sábados, la casa toda estaba impregnada con el inconfundible aroma del café recién tostado. Esta vivienda, si aún existe, está ubicada en la calle Julián Infante, a unos 30 metros al este de la calle Gil Pulido.

El nombre completo de mí tío Pablo era Francisco de Paula Paz Castillo, pero desde joven él decidió que le quitaran ese nombre tan largo y pomposo, que lo llamaran simplemente Pablo Castillo. La historia, que muchas veces nos contó la abuela Carmela sobre el origen del apellido Paz Castillo, se remonta al año 1814, en los días de la masiva huida de los habitantes de Caracas ante la inminente llegada de las temibles tropas de José Tomás Boves, hecho conocido en nuestra historia como la Emigración a Oriente.

Según Carmela, la familia Paz Castillo emigró, como lo hizo la mayor parte de la población de la capital, siguiendo al diezmado ejército del Libertador. Luego de andar casi dos días, por cansancio o tal vez por la falta de alimentos, el jefe de la familia, de nombre Francisco de Paula, decidió, antes de llegar a Cau-

cagua, quedarse en Aragüita, donde fijó su residencia y trabajó como médico práctico. Muchos años después, uno de sus descendientes, también de nombre Francisco de Paula, decidió aventurar y se trasladó a Alta gracia remontando la cordillera del Interior, donde ejerció, al igual que su padre, la medicina empírica o práctica. Aquí en Alta gracia, se casó con María del Rosario Ramírez y de esa unión nacieron cuatro hijos: Francisco de Paula (mi tío Pablo), Trinidad (murió siendo una niña), Susana (la Madre Candelaria) y Carmen (la abuela Carmela).

Pero volviendo a las líneas iniciales de este breve relato: otro de los atractivos para las frecuentes visitas a mi tío Pablo, que generalmente eran los sábados o los domingos en las tardes, como dije al principio, eran las interesantes narraciones de sucesos históricos, tanto nacionales como locales. Entre ellas, recuerdo con mucha precisión una que nos contó varias veces, la cual me impresionó mucho. Se trataba, según él, de un hecho ocurrido en una de las calles céntricas del pueblo, de la cual fue testigo presencial siendo un niño. Narraba con mucha emotividad que ese día, temblando de miedo, vio cómo una partida de rebeldes perteneciente a las huestes de una de las tantas revoluciones ocurridas en el país durante la segunda mitad del siglo XIX, despojaba de sus pertenencias a dos cadáveres abandonados en la calle. Uno de los muertos tenía dos anillos de oro en una mano. Luego de varios intentos fallidos por sacárselos, uno de los guerrilleros, quien parecía el jefe del grupo, sacó el machete de su vaina y le cortó la mano con los anillos, la metió en su morral y de inmediato montaron sus caballos y partieron.

En otra ocasión, nos narró un curioso episodio ocurrido durante el insólito alzamiento del general Natividad Solórzano en contra del gobierno de Guzmán Blanco, de quien había sido

unos años antes firme partidario y jefe de su guardia personal en Caracas. Contaba el Tío Pablo que el guerrillero estaba acampando en Botalón, decidió echarse unos tragos y, con esa finalidad, se vino al pueblo.

—Estaba sentado en el mostrador del pequeño botiquín de La Playera —narraba emocionado—, cuando de pronto irrumpió en el local uno de sus hombres, quien alarmado le gritó: “General, se acerca una partida del Gobierno”.

»El general Solórzano, sin inmutarse, se empinó el vaso y, con mucha calma, salió desarmado del botiquín, se plantó en el medio de la calle y, de inmediato, le gritó a tres hombres que se encontraban como a media cuadra del final de la calle Ilustres Próceres: “Yo soy el general Natividad Solórzano. Si vienen por mí aquí los estoy esperando”. —Y emocionado finalizó el relato—: Los hombres del gobierno al oír aquellas amenazantes palabras titubearon, y finalmente huyeron cobardemente.

Don Pablo Castillo, como era conocido en el pueblo en los últimos años de su larga vida, fue un humilde *pesador de carne* durante mucho tiempo, con un puesto en el mercado municipal de la calle Bolívar de Altagracia. Ferviente católico, al igual que todos los miembros de su familia, y como obediente cumplidor de los deberes que le dictaba la Iglesia, todos los domingos iba a la misa de 8:00 de la mañana y, al regresar a su hogar, nunca dejó de entrar a nuestra casa.

—Buenos días María, ¿cómo está la muchachera? —Para ese momento éramos siete varones.

—Buenos días don Pablo, todos estamos bien. Pase adelante para que descanse y se tome un cafecito.

La pequeña historia de la familia Paz Castillo podría servir para mostrarnos cómo la guerra de Independencia modificó, en

buena medida, la estructura de clases de una nación. Los Paz Castillo integraban una familia con una pequeña propiedad agraria que les permitía vivir sin apremios, pero con modestia. Tenían su residencia en la parroquia Candelaria de Caracas, donde mantenían una estrecha vinculación amistosa, incluso familiar, con algunos de los miembros prominentes de la elite social de la capital, los llamados *grandes cacao*s. Esta clase social fue de mucha influencia económica y política en el país en los años previos a la Independencia y, ante la revuelta contra España, mayoritariamente tomó partido por la causa republicana. Tanto Francisco de Paula Paz Castillo como su esposa Candelaria Pérez y Bolívar tenían vínculos familiares con la familia del Libertador.

Los avatares de la contienda llevaron a la familia Paz Castillo a salir de Caracas, incorporándose a la emigración a Oriente, enfrentar las dificultades con coraje y sobrevivir con dignidad. Después de casi 150 años de los sucesos de 1811, encontramos a este descendiente de la estirpe Paz Castillo, el Tío Pablo, convertido en un modesto carnicero en un pequeño pueblo del estado Guárico.

El primer pilón de maíz mecánico en Altagracia

En aquellos años iniciales de la década de los 40 del siglo pasado, sin dudarlo, la arepa era el alimento predilecto para los habitantes de Altagracia, infaltable en las mesas de los pobres y de los menos pobres. Y como todos sabemos, en esos lejanos tiempos no existía la harina de maíz precocida, ni cocinas eléctricas ni a gas. Lo que sí había, y en casi todas las casas, era un fogón con astillas de leña a la espera de ser encendidas y, arriba de las tres topias, un budare listo para cocinar las arepas.

El maíz lo vendían en todas las pulperías, se cotizaba a un promedio de cinco lochas por litro. Y para hacer arepas sabrosas era indispensable quitarle la concha al maíz; había, entonces, que pilarlo. Pero eso tampoco era problema, en todas las casas, mejor dicho, en muchas, había un pilón de maíz labrado en madera, herencia de nuestros ascendientes aborígenes, generalmente ubicado al aire libre con su base enterrada en la tierra y, en la mesita de la cocina, un molino “Corona” listo para moler los granos después de sancochados. En conclusión, para comer arepas todos los días, aparte de las cinco lochas, no había impedimentos... Ahí no había nada que inventar: pilón, leña y budare.

Pero vallamos a la historia del pilón de maíz: mi padre era un hombre de un temperamento muy inquieto, siempre inconforme, hoy podríamos clasificarlo como un emprendedor, más bien un innovador. En uno de sus frecuentes viajes de negocios a Caracas lo invitaron a visitar un pilón de maíz que había comenzado a funcionar en Turmerito, en la salida que partía de El Valle hacia la cortada del Guayabo. Desde ese día, su obsesión fue construir un pilón de maíz para que Altagracia se pusiera a la altura del progreso de Caracas y de otras ciudades del centro del país, donde ya no se pilaba el maíz en las casas, se compraba pilado.

Al llegar al pueblo se *encompinchó* con el señor Hernández, un señor bastante mayor, excelente mecánico y herrero que tenía su taller en la calle José Martí, a una cuadra del negocio del maestro Toro. Y desde esos días comenzó un persistente y largo trajinar de esos dos hombres que concluyó, después de cuatro meses de trabajo, con la construcción de un pilón de maíz mecánico, accionado por un motor a gasolina, fabricado con mano de obra y dirección técnica totalmente gracitanas. Todas las pruebas que se hicieron resultaron satisfactorias. El problema ahora era ¿a quién venderle el maíz pilado?, si en muchísimas casas había los tradicionales pilones de madera y, aparentemente, sus propietarios estaban satisfechos con su desempeño.

En esos años mi padre había obtenido en un trueque un viejo Ford 31, vehículo llamado popularmente *colepato*, que utilizaba sólo para dar unos paseítos dominicales, generalmente al vecino pueblo de San Rafael. Ante el problema que se le presentaba con la venta del maíz pilado, mi padre resolvió convertir el *cacharrito* en una camioneta *pick up* mínima. En efecto, le quitó la cajuela de atrás, que se transformaba en un asiento

para dos personas, y le adaptó una cajita metálica. Y con el pequeño *colepato* y su indomable espíritu emprendedor, asociado con su gran amigo Rafael José Arévalo, comenzó la difícil tarea de convencer al pueblo de cambiar la antiquísima tradición de pilar el maíz en las casas.

Fue titánico el esfuerzo, pero al final, como suele suceder, triunfó el *progreso* sobre la tradición, y una buena parte del pueblo se habituó al maíz pilado. Pero unos cuantos años más tarde, la harina precocida sepultó para siempre la antigua costumbre de nuestros antepasados indígenas y también la iniciativa de mi padre.

Resumiendo: la electricidad y el gas reemplazaron la leña, la harina precocida el maíz pilado, y la plancha metálica y el horno eléctrico sustituyeron el budare, pero el progreso no pudo con la arepa que sigue invicta, reinando como el pan preferido de los venezolanos, ni tampoco pudo con el maíz, herencia de nuestros pueblos aborígenes americanos, que hoy en día es el alimento de mayor consumo mundial.

A finales de año, el pueblo se llenaba de mulas

En los años de este pequeño relato, la escuela Ángel Moreno de Altagracia de Orituco tenía su sede en la calle Rondón, entre el parque Sucre y el local de la firma comercial de Alfonzo D'Gregorio, empresa que ocupaba cerca de la mitad de la cuadra. La parte del inmueble que hacía esquina con la calle Sucre operaba como tienda de mercancías secas, y en la que lindaba con el plantel educativo había un largo patio enladrillado, donde secaban el café que la firma recibía de las haciendas. Además, en una galería anexa había instalaciones mecánicas para su trillado.

Sin duda, esta fue una de las más importantes comercializadoras de café con actividad en Orituco. Los hacendados enviaban su producción al pueblo en arreos de mulas, que regresaban a las plantaciones generalmente al día siguiente, cargados con los pedidos de mercancía seca y víveres que sus propietarios hacían a los comerciantes.

El ganado mular es un híbrido estéril que se obtiene del cruce de un burro y una yegua. Si el resultado es hembra se le llama mula y si es macho mulo, aunque en Altagracia y en mu-

chos otros lugares del país los mulos reciben el nombre de machos. Estos híbridos poseen propiedades muy especiales para el trabajo rudo por su gran fortaleza, y una conformación de los cascos que les permiten un mejor desempeño que el de los caballos en terrenos montañosos y húmedos. Tales cualidades los hacían prácticamente insustituibles en las plantaciones de café, y ello daba lugar a una gran demanda de estas bestias, lo que lógicamente encarecía sus precios.

En tiempos de la colonia, y hasta las últimas décadas del siglo XIX, la microrregión de Orituco, especialmente los hatos de Lezama, fue una importante zona productora de mulas y machos que abastecía los requerimientos de los hacendados locales. Una parte importante de su producción la vendía a clientes del Oriente del país, comerciantes que los exportaban desde Cumaná y Carúpano para las islas francesas e inglesas del Caribe, donde los utilizaban en el laboreo de la caña de azúcar.

Las mulas también eran muy apreciadas como animales de monta, entre otras razones, por su docilidad y baja altura. Una estampa frecuente en las calles del pueblo era ver a personajes importantes dentro de la comunidad movilizarse sobre estos animales. Por ejemplo, era famosa la mula rucia del presbítero Alberto Ruiz, en esos años titular de la parroquia. Igualmente, no era extraño ver a don Alberto Suárez jineteando su mula zaina.

Como afirmamos al principio, la escuela Ángel Moreno quedaba muy cerca de la *oficina* de Alfonso D'Gregorio, y muchos de sus alumnos teníamos que pasar al menos cuatro veces al día frente a sus instalaciones. Uno de esos días, a las 11:00 de la mañana, cuando salía de la escuela junto con otros compañeros de mi curso, nos detuvimos en la esquina de la tienda y nos

pusimos a contar, como lo hacíamos con cierta frecuencia, los animales —mulas, machos y burros— que estaban amarrados en sus inmediaciones. Getulio Carballo, uno de los compañeros, de pronto propuso:

—Tengo una idea: Mañana cuando salgamos de la escuela hagamos una apuesta, adivinar cuántos animales hay en esta tienda.

El juego consistía en designar un pote donde cada uno ponía un número idéntico de metras, y se ganaba el premio, quien adivinara o se acercara más al número de animales que había amarrados frente a la *oficina*. Esa fue otra forma divertida de matar el tiempo durante varios días.

En los últimos meses del año, sobre todo en noviembre y diciembre, las calles del pueblo se veían repletas de bestias de carga. En esos meses, los hacendados intensificaban el envío de su producción a las casas comerciales con las cuales mantenían relaciones. Desde muy temprano en la mañana comenzaba a oírse el traqueteo que producían los cascos de los animales al golpear sobre las calles empedradas de la población, que finalmente eran amarrados frente a los diversos destinatarios del grano.

Este espectáculo se repetía año tras año, y mostraba a vecinos y visitantes la vitalidad de un pequeño pueblo que todavía continuaba generando bastante riqueza mediante el trabajo de sus hacendados y campesinos, a pesar de todos los trastornos que la llamada Segunda Guerra Mundial había ocasionado en aquellos años a la economía venezolana, y muy especialmente a la cafetalera. Pero recordemos que la producción del Orituco no sólo era café, había otra importante actividad económica, aunque mucho menos rentable: la fabricación de papelón y

aguardiente, que también contribuía a la saturación del pueblo con bestias de carga.

En las riberas del río Orituco operaban muchos trapiches, la mayoría de ellos pequeños y totalmente artesanales, los menos con importantes grados de mecanización. Aún hoy quedan muchas muestras de esas instalaciones y, tal vez, algunas hayan sido reactivadas en vista de la paralización de la mayoría de los centrales azucareros del país.

La producción de estas modestas factorías papeloneras, algunas con una reducida producción de aguardiente, satisfacía la demanda de estos dos rubros en los poblados del Valle y generaba un excedente que se comercializaba en las ciudades y poblados situados más al sur, como Valle de la Pascua, El Sombrero, Las Mercedes y otros. El aguardiente La Rubileña, producido en la hacienda del mismo nombre, fue el preferido no sólo en Altagracia sino también en los pueblos del Sur. La Rubileña, al igual que los caseríos de Guanape y Guanapito, quedaron sumergidos en el fondo del embalse de Guanapito, cuya construcción se prolongó dese 1958 hasta 1963, año de su inauguración.

El indetenible descenso de la producción cafetalera en Venezuela, iniciado en los últimos años de la década de 1890, acentuado a raíz de la crisis económica mundial de 1929-33, y que se prolonga durante la llamada Segunda Guerra Mundial, provocó una drástica disminución de la actividad en el Orituco. Situación que se agudizó en los primeros años de la década de 1940, con la irrupción de la actividad petrolera en las cercanías de Las Mercedes del Llano. Ello generó una importante migración de trabajadores agrícolas hacia los campos petroleros, buscando mejorar sus deprimidos salarios.

Y fue así como, a consecuencia directa del acentuado e indetenible descenso de la producción cafetalera y del uso cada vez más intenso de los automotores, se puso fin al reinado de las mulas como medio de transporte en las calles de Altagracia de Orituco.

El juego del ladrón librao

—Rafael, ¿vas a ir esta noche a jugar ladrón librao? —La respuesta no se hizo esperar:

—¡Claro! Allá nos vemos.

En la escuela Ángel Moreno nos *despachaban* a las 4:00 de la tarde y, en mi casa, cenábamos un poco después de las 5:00. Luego, no había más nada que hacer en el pueblo: cine sólo los sábados y domingos, no había televisión ni parques infantiles. Uno o se acostaba a las 6:00 o a las 7:00, o se iba a la calle a jugar. Y únicamente había dos lugares donde podíamos jugar: el parque Sucre, muy oscuro de noche, y el parque monseñor Sendrea, con buena iluminación. Y para allí nos encaminábamos muchas de las tardes-noches de lunes a viernes un numeroso grupo de muchachos, la mayoría estudiantes de la escuela Ángel Moreno.

Ladrón librao era el juego preferido por la mayoría, por allá en los años 1940, aunque había otros quizás más interesantes y atractivos. Invariablemente nos reuníamos todas las tardes en aquella pequeña plazoleta situada cerca de la Jefatura Civil y diagonal a la plaza Bolívar, era el espacio donde menos nos fas-

tidiaba la policía. Formábamos un grupo de unos 10 o 12, todos cursantes del segundo grado y casi siempre los mismos que, todas las tardes, después de la 6:00 y hasta las 8:00 de la noche, nos apropiábamos de ese reducido espacio. En aquel tiempo, el parque no tenía ni árboles ni jardines, era simplemente un cuadrilátero con piso de cemento, un pequeño busto del obispo Sendrea en el centro y tres entradas siempre abiertas.

El juego era muy sencillo. Al comenzar, el grupo se dividía en dos *bandas* más o menos equilibradas. Al azar, se elegía el primer ladrón que quedaría preso en una esquina, luego sus compañeros de bando intentarían liberarlo del vigilante del otro equipo, acción que se lograba simplemente tocándolo. Si en los intentos de soltar al preso, el liberador era tocado por los custodios, quedaba paralizado a la espera del fin del juego. El juego recommenzaba y el ladrón pasaba a ser del bando contrario. Ocurría con frecuencia que los amigos del preso quedaban todos paralizados y, en ese caso, se daba inicio a un nuevo juego con otro preso del mismo bando perdedor.

Aunque hoy nos parezca un juego tonto, en aquellos años nos cautivó, al punto de que todas las tardes, simultáneamente en el parque Sendrea y en el parque Sucre, había dos o tres grupos más disfrutando del mismo juego. Era realmente apasionante. Esta actividad terminaba estrictamente minutos antes de las 8:00 de la noche. Y la hora final era anunciada por los ocho estridentes tañidos de las campanas de la iglesia, situada a muy corta distancia.

En mi caso, tenía que llegar a mi casa antes de que sonara la última campanada; disciplina de la época. Como una condena, a las 8:00, todos abandonábamos el parque y corríamos a nuestros hogares, y así ocurría con la mayoría de los habitantes del

pueblo. El generador eléctrico que operaba gracias a la energía de las aguas del río Orituco desde la hacienda La Rubileña era detenido y, automáticamente, cesaba el flujo de electricidad. El pueblo quedaba en la más absoluta oscuridad.

Durante este juego eran muy frecuentes las caídas, aporreos y raspones. Era lógico que ello ocurriera, ya que los jugadores teníamos que correr mucho en espacios por lo general irregulares. En una de esas divertidas e inolvidables noches, me tocó a mí sufrir una aparatosa caída, que resultó en una fractura del hueso del brazo que articula con la muñeca, del lado del dedo meñique. Afortunadamente, de la mano izquierda, lo que me permitió continuar mis estudios y concluir exitosamente el segundo grado.

Después de ser auxiliado por mis compañeros, varios me acompañaron hasta mi casa. Al verme con la mano prácticamente guindando, mi madre alarmada, pero comprensiva y cariñosa como siempre, me sentó en sus piernas y tomó mi mano fracturada entre las suyas, sosteniéndola apretada con fuerza para evitar que la moviera. De inmediato, le ordenó a uno de mis hermanos mayores:

—Rápido, ve a la casa del Dr. Gutiérrez y dile que me haga el favor de venir. Cuéntale lo que le paso a tu hermano. ¡Apúrate!

En el pueblo no había puesto asistencial ni hospital ni clínica, el único recurso de todos era recurrir a la experiencia y bondad del Dr. Gutiérrez, quien no demoró mucho en llegar. Faltaban pocos minutos para las 8:00, todavía no habían cortado la luz, pero ya mi madre había mandado a encender una lámpara de carburo, previendo el apagón que, efectivamente, llegó 10 minutos después.

Cuando el doctor me examinó la fractura, dijo con mucha seguridad algo así:

—María, aquí hay una fractura abierta del hueso cúbito. Búscame una caja de zapatos, unas tijeras y un trozo de tela para entablillárselo.

De inmediato, cortó dos rectángulos de cartón mientras mi madre hacía tiras con la tela. El médico me colocó en el brazo los dos cartones y los amarró muy fuertemente, con los trozos de tela. Luego, le dijo a mi madre que tenía que mantener el brazo en cabestrillo durante un mes.

Cumplido el plazo, me quitó tanto el cabestrillo como los cartones, y mi brazo y mano quedaron casi perfectos. Nunca he tenido problemas por esa causa, pero, eso sí, me quedó una pequeña deformidad, casi imperceptible. Todo gracias a la oportuna y eficaz intervención del Dr. Gutiérrez.

Contra el paludismo *Flit*, mosquitero y quinina

Cerca del mediodía, regresé con mis hermanos de la escuela Ángel Moreno. Nos demoramos un poco viendo una pelea de dos alumnos en la calle Sucre, frente a la tienda de Alfonzo D'Gregorio. Nos disponíamos a comer en el momento en que mi madre le ordena a uno de los mayores:

—En lo que termines de almorzar, ve a casa del Dr. Gutiérrez, y le dices que me haga el favor de venir, que tengo a César con una fiebre muy alta.

Un par de horas más tarde llegó el doctor y mi madre, en forma resumida, le informó:

—Doctor, César se sintió mal ayer y esta mañana no pudo ir a la escuela, tenía fiebre de 39 grados. Además, tiene escalofríos y mucho dolor de cabeza. Por eso le pedí que me hiciera el favor de venir.

El médico examinó brevemente al pequeño paciente, interrogó a mi madre sobre otros síntomas y rápidamente diagnosticó:

—María, este niño, sin dudas, lo que tiene es paludismo. Hay varios enfermos en el pueblo. En estos días tienes que extremar

las medidas preventivas. Ya tú las conoces: rociar sin falta el *Flit* en los cuartos al oscurecer y, por las noches, que no quede un solo dormitorio sin mosquitero. —Y seguidamente le entregó un récipe, diciéndole:

—Vamos a darle quinina y dentro de dos días ya estará mejor. Toma el récipe y las indicaciones. Cualquier novedad me la comunicas de inmediato.

Después de que el doctor se marchó, otro de mis hermanos salió corriendo a comprar la medicina en la botica Frydensberg del señor Espejo, situada muy cerca, en la calle Rondón.

La maldición del paludismo, también conocido como malaria, llegó a Venezuela y a toda la América Latina con los conquistadores españoles y los esclavizados negros traídos por ellos desde el África. Desde entonces, fue una de las enfermedades de mayor incidencia en el país, hasta el día en que se iniciaron algunos programas exitosos en el combate contra esa terrible epidemia, tanto en el campo del mejoramiento ambiental, como en el suministro gratuito de medicamentos; campañas que se iniciaron a finales de la tercera década del siglo XX.

Es oportuno recordar que la malaria es una de las pocas enfermedades endémicas que han azotado al planeta, para la cual todavía no se ha conseguido una vacuna que tenga la autorización de la Organización Mundial de la Salud. Hay algunas en período de prueba, aún sin aprobación de ese ente multinacional.

En los años de esta pequeña crónica, los medios para combatir el paludismo se limitaban a la quinina y a otros medicamentos complementarios. También se recurría a la prevención, es decir, al exterminio de las larvas del mosquito anófeles, vector de los parásitos unicelulares del género *Plasmodium*. Objetivo

éste alcanzado con cierto éxito en Altagracia, luego de la eliminación de muchos de los sitios donde el mosquito se reproducía, como charcos, humedales, estanques, lagunas y en general aguas estancadas, al igual que la eliminación de estos insectos mediante sistemáticas campañas de fumigación.

Los primeros intentos por eliminar los criaderos del mosquito transmisor de la malaria se iniciaron tímidamente en Venezuela en el año 1936, después de la creación de la División de Malariología, dependencia del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, a cuyo frente estuvo el doctor Arnoldo Gabaldón. Luego de los planes de saneamiento ambiental adelantados por esa división, en 1945, se sumó una novedosa campaña de fumigación con el insecticida DDT.

En Altagracia, la creación de la Oficina de Malariología, bajo la dirección del joven técnico Miguel Ávila, le dio un gran impulso a la construcción de obras de saneamiento ambiental, que en el pueblo todos llamábamos los *canales de malariología*. Estas obras eliminaron los depósitos de aguas estancadas y los humedales que quedaban en el pueblo después de las lluvias, acciones que, junto con las continuas y eficientes campañas de fumigación con DDT, en pocos años lograron poner la epidemia bajo control.

En mi casa, las medidas preventivas se aplicaban con bastante disciplina y consistían, tal como dijo el doctor, en rociar *Flit* al atardecer en las habitaciones y cubrir todas las camas y chinchorros con mosquiteros. Pero la utilización de este protector aumentaba la temperatura en las noches calurosas del verano, por lo que nunca faltaba un infractor de esa norma que, en ocasiones, desobedeciendo las órdenes de nuestros mayores, prescindiera de su mosquitero.

Y en cuanto al insecticida, mis tres hermanos mayores (en aquellos años éramos siete), se turnaban para rociarlo. Al anochecer, el rociador de turno tomaba la bomba y la latica de *Flit* para proceder a la fumigación de los cuartos, cerrando previamente todas las ventanas y puertas. Debía hacer énfasis en los rincones y sitios más oscuros. Todos procurábamos mantener clausuradas las habitaciones durante un par de horas, para impedir que el penetrante y desagradable olor del insecticida se extendiera por toda la casa y, de paso, hacer más exitosa la operación, evitando que los mosquitos pudieran escapar a la acción de la fumigación.

La palabra *Flit* era la marca comercial de un aceite mineral producido y vendido desde el año 1923 por la empresa norteamericana *Standard Oil Company*, mejor conocida en Venezuela como la *ESSO* (hoy *Exxon Mobil*). La formulación de este producto contenía 5 por ciento de DDT (Dicloro Difenil Tricloroetano), por lo que fue prohibido en los años tempranos de la década de los 1950, debido a su impacto negativo sobre el medioambiente.

En Altagracia, después de las exitosas campañas de prevención de los años 40 y parte de los 50, con frecuencia sólo había casos aislados de paludismo. Pero en otras poblaciones del distrito Monagas, la incidencia fue mucho mayor. Vale la pena mencionar el caso de Lezama, cuya población había disminuido alarmanamente a causa del paludismo, tanto por las muertes como por la migración de sus habitantes hacia Altagracia y a otras poblaciones cercanas, huyendo del implacable mosquito.

Pero volvamos a las palabras iniciales de esta corta historia: A los pocos días de la visita del Dr. Gutiérrez, iba yo con mi hermano César, aparentemente ya curado del paludismo,

y cuatro compañeros de la escuela Ángel Moreno por la calle Pellón y Palacios, llegando a la bomba de gasolina de Pumo, en La Playera, cuando de pronto se armó una discusión. Mi hermano argumentaba que si nos íbamos a bañar al pozo del Naranjillo llegaríamos tarde a la escuela, donde comenzaban las clases a las 2:00 de la tarde, y opinaba que nos quedáramos en el pozo de La Laja que estaba cerquita, un poco más abajo del paso de La Fortuna. Getulio y otros dos insistían en ir a El Naranjillo. Finalmente se impuso la mayoría y enfilamos hacia el norte, hacia el paso de La Susana, rumbo a El Naranjillo. Por supuesto, mi hermano y yo llegamos a la escuela con varios minutos de retraso y, junto con los otros cuatro infractores, nos *despacharon*, al final de la tarde, cinco minutos después de haber salido el resto de los alumnos.

Los bizcochitos de manteca o bizcochitos de San Rafael

Todos los días y a cualquier hora, podíamos tropezarnos en las calles de Altagracia con vendedores y vendedoras ambulantes que voceaban sus mercancías a todo pulmón:

—¡Raspaos, raspaero! ¡Rúcanos! ¡Empanaditas dulces! ¡Cambures maduritos!

Ofrecían estos y otros muchos productos, generalmente comestibles, en lo que todos conocíamos como *ventas*. Había, sin embargo, algunas de estas vendedoras que, infructuosamente, intentaban pasar desapercibidas; trabajadoras en su mayoría jóvenes, que llegaban desde San Rafael por el paso de La Cumana, con sus cestas mantenidas en equilibrio sobre sus cabezas.

El peculiar proceder de estas vendedoras tenía su explicación en el hecho de que la mercancía que ofertaban tenía muchos compradores. No era necesario vocearla. Ellas se limitaban a ir de casa en casa, entregando a sus clientes los pedidos que, habitualmente, les hacían con anterioridad. Y esa singular demanda obedecía a que en el vecino y querido pueblo producían un pan de trigo, tanto dulce como salado, de excelente calidad. Y si no me equivoco, creo que todavía lo confeccionan.

Entre sus productos, el de mayor demanda y popularidad, al menos entre los niños, eran los bizcochitos de manteca, también llamados bizcochitos de San Rafael. Un pancito redondo de unos ocho centímetros de diámetro, bien tostado y durísimo, tanto que para partirlo había que golpearlo con el puño sobre la mesa y, al hacerlo, se desmoronaba en múltiples trocitos, que por lo general los niños comíamos con la leche y los adultos con el café.

A mi casa iba casi siempre la misma vendedora a llevar el encargo semanal: pan dulce y salado y los infaltables bizcochitos de manteca. De los panes salados mi madre, con su firme espíritu solidario y cristiano, siempre guardaba uno para las hermanitas de los pobres, que recogían alimentos los sábados para las personas más desamparadas.

Lo extraño de esta circunstancia era que siendo San Rafael un pequeño pueblo, en aquellos años 40 del siglo XX tal vez un poco más pobre que Altagracia, sus pobladores tuvieran la costumbre de producir y consumir pan de trigo en vez de nuestra ancestral arepa, tomando en cuenta que el trigo era muchísimo más costoso que el maíz. A continuación, utilizando algunos datos históricos, y en pocas líneas, haremos el intento de encontrar la causa de esta diferencia en los gustos culinarios de dos poblaciones nacidas en fechas muy próximas, y bajo la influencia de una idéntica cultura colonizadora.

Después de que Sebastián Díaz de Alfaro y sus hombres descubren la existencia del hermoso y fecundo valle del río Orituco, la hostilidad de los indios les impidió fundar un pueblo, por lo que éste decidió continuar hacia el sur buscando un lugar apropiado. Agotados varios intentos fallidos, finalmente nace San Sebastián de los Reyes en el año 1585. Desde esa villa

se procedió a la ocupación de las riberas del Orituco, mediante el reparto de sus tierras y el otorgamiento de encomiendas de indios a los capitanes de las conquistas, en retribución a los servicios prestados durante ese período.

La hostilidad de los habitantes autóctonos del valle del Orituco, en su mayoría indios guaiqueríes, impide a los encomenderos construir sus viviendas dentro de sus nuevas propiedades, por lo que las autoridades coloniales deciden fundar San Miguel del Rosario en 1676; efímero poblamiento hecho con la intención de que los colonizadores pudieran tener un sitio seguro donde establecer sus hogares. Pero, de nuevo, la hostilidad de los guaiqueríes los obliga a desistir.

Unos pocos años más tarde los colonizadores fundan Nuestra Señora de Altagracia como pueblo de doctrina. Esta realidad induce a los nuevos hacendados a levantar sus viviendas en terrenos de la encomienda de San Rafael, con la anuencia de su propietario, y allí se agruparon para protegerse unos a otros de la hostilidad de los indios. Al poco tiempo, este poblamiento espontáneo recibió el bautizo real y, de esa forma, quedó oficializado San Rafael como cabecera del partido de Orituco, siempre dependiendo de la villa de San Sebastián. Así fueron los inicios de estos dos pueblos hermanos, uno como pueblo de indios y el otro como asiento poblacional de los conquistadores españoles.

Sin embargo, el problema no quedó totalmente resuelto: los indígenas encomendados también se negaban a trabajar las tierras de las que habían sido desalojados, lo cual obligó a los invasores a traer esclavos negros desde Barlovento para atender sus plantaciones de cacao. Pero los esclavos negros no sólo fueron dedicados al cultivo de la tierra, sino que también los espa-

ñoles los llevaron a sus hogares, para que realizaran las labores domésticas, por lo que San Rafael, en sus primeros años, fue un pueblo de españoles y negros africanos.

Después de la Independencia, con el colapso del comercio del cacao, muchos hacendados españoles y criollos emigraron de San Rafael, pero dejaron bien arraigadas en esa comunidad algunas de sus costumbres y gustos culinarios, entre ellas el consumo de pan de trigo.

Ahora, volviendo al tema de esta crónica: de todas las golosinas y productos que ofertaban los vendedores ambulantes de aquellos años, la mayoría de los niños preferíamos los *raspaos* que, además de sabrosos, eran muy baratos. Esos vendedores deambulaban por las calles empujando una carreta donde llevaban, envuelta en sacos, una panela de hielo que raspaban con un cepillo de metal, de allí el nombre de *raspao*. Su contenido lo vaciaban en vasitos cónicos, para luego empaparlos con el jarabe que, casi siempre, tenía sabor a frambuesa.

Había una vendedora que merece mención especial y a quien sólo conocíamos por su nombre: María Enriqueta. Ella recorría las calles del pueblo todos los días, y los sábados y domingos por la noche se apostaba a las puertas del cine Ayacucho con sus *ventas*, constituidas por los exquisitos dulces que confeccionaban las Osío.

No pocas veces fui con mi padre y mis hermanos a San Rafael a comprar bizcochitos de manteca, paledonias, *güergüeros*, y muchos otros dulces, en las casas donde honestas y laboriosas familias, descendientes de los antiguos pobladores españoles y africanos, aún mantenían viva la tradición hispana de hornear y consumir alimentos derivados del trigo.

Picando *troyas* en el parque Sucre

El parque Sucre era, en la década de los años 40 del siglo XX, un verdadero paraíso para los niños, sobre todo por lo retirado que estaba del cuartel de la policía. Éstos eran, en esos tiempos, el azote de los más pequeños, pues siempre andaban correteándonos para sacarnos de la plaza Bolívar, del parque Sendrea o de cualquier otro espacio público donde realizáramos nuestros juegos. Seguramente eran las órdenes que recibían de sus jefes. Eso sí, muy rara vez un policía se acercaba al parque Sucre. Claro, estaba distante cuatro cuadras de su comando. Allí nos sentíamos a nuestras anchas, gozábamos de una libertad que no teníamos en ningún otro lugar, pero, además, el parque era un espacio confortable y muy bello, con una frondosa arboleda y un ambiente muy acogedor, algo así como el paraíso en la tierra.

Además, tenía condiciones muy especiales para bailar los trompos y jugar metras: un piso de tierra plano y sin picachos de piedras ni arenas gruesas. El único aspecto, vamos a decir, negativo que tenía era lo polvoriento del terreno, que nos ensuciaba mucho la ropa, lo que provocaba los reclamos y protestas de nuestras madres. En ese lugar, nos habíamos reunido a jugar

varios alumnos del cuarto grado los cuatro primeros días de la Semana Santa, varias horas por las mañanas y otras tantas por las tardes.

Ese día, Viernes Santo, eran cerca de las 10:00 de la mañana. Ya estaban allí varios de mis compañeros y yo estaba, justamente, entrando al parque cuando oigo la voz de Rafael, quien me invita:

—¡Vamos a picá una *troya*!

—¡Vamos a picarla pues! —le dije con determinación.

Yo iba preparado con mis dos trompos: uno para bailarlo y el otro como servidor. Este último era el que recibía el castigo cuando uno perdía la partida. El castigo consistía en recibir dos o tres *guamazos* con la punta metálica del trompo del ganador, castigo que a veces lograba partir en dos el trompo servidor.

Entre los amigos que nos reuníamos regularmente en aquel espacio sobresalía uno de apellido Mescia, al que algunos llamaban *El Avaricio*. Descollaba no sólo por su tamaño, era el más alto de todos y tal vez el de mayor edad, sino también por la habilidad con que hacía bailar su trompo. Pero también era una estrella con las metras. Creo que estudiaba quinto o sexto grado. Este compañero siempre era el ganador. Era un campeón imbatible en trompos y metras, por ello casi nunca conseguía con quién jugar.

Todos sabíamos bailar el trompo, unos con mayor destreza que otros, pero picar la *troya* requería de otras habilidades, tales como alzar el trompo del suelo y bailarlo en la palma de la mano. Había quienes lo bailaban hasta en la uña del dedo gordo.

Si la memoria me es fiel, recuerdo que el juego consistía en lo siguiente: se trazaba una raya en el piso de tierra y, a una distancia de dos, tres o más metros, se marcaba un círculo o un

polígono, que era la *troya*. Los trompos servidores se colocaban en la raya y cada quien debía bailar su otro trompo, levantarlo del piso bailando en la mano y luego agacharse y usarlo para lanzarlo contra el servidor empujándolo hacia la *troya*, hasta liberarlo. Todos íbamos repitiendo esta operación por turnos, y el que quedara de último recibía el castigo por parte de cada uno de los participantes.

Este juego, que hoy nos puede parecer medio tonto, en los días de Semana Santa de aquellos remotos años despertaba una auténtica pasión en los niños y, aunque no lo crean, también en muchos adultos. Pero no sólo era el juego de trompos, sino también las metras, los papagayos y hasta los gurrufios. Y era que, en Semana Santa, los niños al igual que los adultos buscaban divertirse y *matar el tiempo* a través del juego.

La partida avanzaba rápidamente. Ya Getulio, Rafael y yo nos habíamos librado, faltaban por lograrlo Luis y Genarito, cuando de repente mi hermano José, que era dos años mayor que yo, entró al parque por la calle Gil Pulido gritando a todo pulmón:

—¿Van a seguir con ese fastidio de los trompos? ¡Coño! Vámonos pa'l pozo de Cara. —Todos nos vimos las caras y, por las expresiones de los rostros, a ninguno le disgustó la idea.

De pronto se oyó una vocecita, de alguien que estaba detrás del grupo. Fue el hermanito menor de Luis quien dijo:

—Ayer doña Rafaela nos dijo que el que se bañara en el río el Viernes Santo se volvía pescao.

—Y tú pareces pendejo. ¿Vas a creer eso? —le contestó mi hermano, con una sonrisa en la cara.

De inmediato todos aceptamos la oferta, con la excepción de Luis y Genarito. Se suspendió el juego de trompos y los cinco

mayores enfilamos por la calle Ilustres Próceres hacia La Playera, liderados por mi hermano José, el de mayor edad.

El pozo de Cara quedaba bastante retirado del pueblo, como a una hora caminando río arriba y, además, era bastante peligroso. En su parte más honda, medía como dos metros de profundidad.

Felices, después de haber disfrutado un extraordinario día de campo, aunque pensando en la reacción de nuestros padres que, seguro, estaban preocupados por nuestra prolongada ausencia, retornamos al pueblo cerca de las 4:00 de la tarde.

Mi hermano José, quien asumió toda la responsabilidad, recibió una fuerte reprimenda por parte de nuestro padre, y a ambos se nos prohibió salir de la casa durante el fin de semana. Para mí el mayor castigo fue, realmente, haberme privado de ver el capítulo que exhibieron ese fin de semana en el cine Ayacucho de la serie *Los Tambores de Fu Manchú*.

La Semana Santa

Para la mayoría de los habitantes de Altagracia de Orituco, la Semana Santa, en los primeros años de la década de los 40 del siglo pasado, era algo muy especial. Eran siete días, y hasta un poco más, de una gran religiosidad y recogimiento espiritual que a una buena parte embargaba; por supuesto, con la excepción de los practicantes de otros credos religiosos, de los indiferentes y de los no creyentes. Pero los niños más pequeños la disfrutábamos como si se tratara de un evento festivo. En especial las procesiones, que constituían un motivo de máximo entretenimiento por las noches y, en mi caso particular y el de mis hermanos, una excusa para estar en la calle después de las 8:00, hora en que cortaban la electricidad de lunes a viernes.

Desde el lunes, las procesiones se sucedían día tras día hasta el jueves. El cura párroco, en armonía y con el acompañamiento de las diferentes cofradías religiosas, sacaba diariamente a desfilar por las calles centrales del pueblo las ocho o 10 imágenes de santos que reposaban en la iglesia. La diferencia entre unas y otras era que la procesión la encabezaba, cada día, un santo diferente. El lunes Jesús en el Huerto, el martes El Preso, el

miércoles El Nazareno, el jueves El Cristo, el viernes no había procesión y, finalmente, el sábado El Santo Sepulcro, catafalco que, en horas tempranas de la mañana, era conducido hasta la plaza Bolívar y allí, al aire libre, el sacerdote realizaba la ceremonia litúrgica de rigor.

Casi todos los santos tenían su cofradía. Éstas asistían al cura en los arreglos ornamentales y en los requerimientos del personal necesario para cargar las imágenes que, en el caso de El Cristo, era sumamente pesada y requería del esfuerzo de muchas personas para movilizarla. Algunas de esas organizaciones eran muy numerosas y activas como, por ejemplo, las cofradías del Cristo y del Nazareno, lo que lógicamente contribuía a que esas procesiones fueran las mejor organizadas y más concurridas.

Para los niños, el día del Viernes Santo era el más triste del año. Ahora pienso que para los adultos también era realmente muy especial. No había procesión y, por si fuera poco, teníamos prohibido prácticamente todo tipo de diversión: no podíamos jugar a nada, ya que para cada juego había un castigo divino. Pero lo que más nos afectaba era que no podíamos bañarnos en el río y, si lo hacíamos, la amenaza era que corríamos el riesgo de ser severamente penados por la justicia celestial. Además, el pueblo todo se paralizaba, no había actividad de ningún tipo, todos los negocios cerrados. Un verdadero fastidio. Hasta la iglesia silenciaba la monótona alegría de sus repiques de campanas, los cuales eran sustituidos por las llamadas matracas de iglesia.

Ese día, salían los *matraqueros* con sus estruendosos artefactos. Los agitaban por todas las calles, en sustitución de los tañidos de las campanas, para anunciar, con los tradicionales tres

avisos, el inicio de los servicios religiosos. Igualmente, reemplazaban los repiques del mediodía, los de la hora de la oración a las 6:00 de la tarde y el toque de las 8:00 de la noche. Para quienes no la conozcan, la matraca es una tabla rectangular de unos 40 a 50 centímetros de largo, aproximadamente, por unos 12 de ancho, con elementos metálicos móviles adosados a ambos lados, que suenan al agitarla o al hacerla girar. Ello produce un escandaloso y característico sonido que invadía todos los espacios del pueblo el Viernes Santo.

Para los niños, lo emocionante de la Semana Santa eran las procesiones, sin lugar a dudas, a las que concurrían, además de muchos niños, la mayoría de las mujeres del pueblo y, visiblemente, muchos menos hombres. Eran dos o tres cuadras iluminadas con velas por las piadosas manos de mujeres y, a lo sumo, de una veintena de hombres. Las imágenes salían del templo, una tras otra, un poco antes de las 7:00 de la noche. Al salir a la calle eran acompañadas con piezas musicales litúrgicas, ejecutadas por la banda Padre Sojo, y donde eran infaltables el *Popule Meus* de José Ángel Lamas, junto a otras muchas composiciones propias de ceremonias religiosas. Regresaban dos o tres horas después, salvo en las ocasiones en que el recorrido planificado fuera más largo, en cuyo caso volvían a la iglesia después de las 10:00 de la noche.

Hubo unos años en que, según se comentó en el pueblo, algunos miembros de la cofradía del Cristo se empeñaron en llevar su procesión hasta el cerrito de El Calvario, incluso contra las advertencias del párroco. En aquellos años, ese lugar era un santuario cercado y muy respetado, hoy está invadido por el urbanismo y prácticamente desaparecido. En esas ocasiones, la procesión regresaba al templo cerca de las 12:00 de la media-

noche, por lo que en los años subsiguientes decidieron suspender tan largo recorrido.

Si para los muchachos las procesiones eran la máxima diversión, para los adultos no faltaban las oportunidades de entretenimiento. Uno que acaparaba la atención de muchos era *echar cocos* o *reventar cocos*. Todos los días de esa semana, se estacionaban camiones cargados de cocos, venidos desde Anzoátegui y Sucre, frente al mercado municipal, al final de la calle Bolívar y a sus alrededores, donde se aglomeraba un gentío conformado por jugadores, apostadores y mirones. En estas actividades no participaban niños ni jóvenes, ya que era un tanto riesgosa, pues siempre había el peligro de que una mano recibiera el impacto del coco. Pero los más jóvenes teníamos nuestro propio entretenimiento en reemplazo de los cocos: *echar huevos de gallina* o simplemente *reventar huevos*.

A pesar de estar proscrita por la Iglesia, las actividades lúdicas también desplegaban su máxima actividad en los *Días Santos* y, como siempre, era La Playera el lugar ideal para que allí se reunieran cientos de hombres —era muy raro ver a una mujer en estos lugares— para apostar en las loterías y ruletas, así como realizar las otras actividades que tradicionalmente tenían lugar en esa zona, tales como las bolas criollas, boliche y los juegos de envite y azar. Otra diversión que, igualmente, recibía un renovado impulso esos *Días Santos* eran las peleas de gallos o *desafíos*. Para las ruletas y loterías de animales, los más pequeños conformábamos sus mejores *clientes*.

Y era así como, entre actitudes piadosas y de máximo recogimiento espiritual y actividades lúdicas de las más diversas índoles, transcurrían aquellos largos y tediosos siete días que, para muchos, al final, no resultaban tan santos.

SÁBADO, 29 DE SEPTIEMBRE DE 1945

El día que tuve que pelear por culpa de mi falta de oído musical

En los meses finales de 1945, estudiaba cuarto grado en la escuela Ángel Moreno de Altagracia de Orituco, que en esos años ocupaba un inmueble en la calle Rondón, justo al lado del parque Sucre. De lunes a viernes, teníamos clases de 8:00 a 11:00 de la mañana y de 2:00 a 4:00 en la tarde; mientras que los sábados, sólo de 8:00 a 11:00 am. El maestro era José Ángel Adames, un docente con larga experiencia y muchos años en la escuela, muy respetado por sus alumnos y apreciado por toda la comunidad gracitana.

Era un maestro bien identificado con antiguas doctrinas pedagógicas, acordes con el castigo físico como estrategia para favorecer el aprendizaje de los jóvenes estudiantes; concepción muy bien expresada en la vieja y famosa pintura de Francisco de Goya titulada *Las letras con sangre entran*. En cuanto a la utilización del castigo físico por parte del maestro Adames, hoy pienso que sólo usaba su famosa y atemorizante regla negra de acapro como recurso para alcanzar la necesaria disciplina que requiere el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Durante su labor docente, era bien reconocida su preferencia desmedida hacia la historia patria. Creo no estar errado si afirmo que más del 40 por ciento de sus disertaciones pedagógicas las consumía en una pormenorizada relación de los sucesos bélicos de la guerra de Independencia. Era tal su obsesión por las efemérides militares de nuestra gloriosa gesta patria, que nos exigía aprender de memoria los nombres de las batallas, los lugares en donde se habían realizado, los nombres de los jefes más connotados de las mismas, el número de combatientes, los muertos, los heridos y prisioneros que hubo por cada bando, las bestias requisadas, los cañones, los fusiles y los otros efectos militares incautados por el ganador y, luego, estar prestos para recitar todas esas fechas y datos de memoria, ya que era muy afecto a realizar pruebas orales.

En nuestra sección, había un numeroso grupo de alumnos muy inclinados al estudio de la historia de Venezuela, entre quienes nos encontrábamos: Tulio, Carlitos, Rafael, Darío, Efraín, Rubén y yo. Disfrutábamos tanto de aquellas inolvidables clases que, después de que salíamos de la escuela, volvíamos a reunirnos con el maestro José Ángel Adames en la plaza Bolívar, cerca de las 6:00 de la tarde, para continuar conversando sobre historia patria.

De otra parte, en aquellos años se estaban estrenando en el país novedosas prácticas educativas en la escuela primaria. Tenía lugar una especie de silenciosa *renovación* en las estrategias educativas, entre las cuales estuvo la de dar mayor relevancia a las actividades culturales. En armonía con esas nuevas políticas, la dirección de la escuela decidió la realización de *actos culturales* las últimas horas del sábado. El maestro Adames explicó que se trataba de dar cumplimiento a las orientaciones que emana-

ban del Ministerio de Educación, en el sentido de incentivar la formación cultural y artística de los estudiantes.

La implementación de aquella iniciativa condujo a que, en las horas finales de clases de los sábados, nuestro salón se transformara en el escenario de una especie de concurso de actuación, o más bien en *la hora de los aficionados*, con sólo dos categorías: canto y declamación.

Comenzando el año, en uno de los primeros sábados del mes, el maestro dio inicio a las 10:00 de la mañana al primer *acto cultural*, después de una de sus disertaciones sobre la guerra patria. Explicó que todos los alumnos del curso teníamos que cantar o recitar para poder retirarnos del salón. Quienes no lo hicieran permanecerían en el recinto hasta después de las 11:00, hora en que serían *despachados* tras recibir un reglazo en la palma de cada mano.

Los alumnos que iban actuando tenían el permiso para retirarse inmediatamente después de finalizada su actuación. En nuestra sección había varios compañeros que tenían buena voz y, otros, cierta experiencia como aficionados al canto o a la declamación. Por supuesto que ellos fueron los primeros que salieron a la palestra, y de inmediato se retiraron.

Yo, que nunca había cantado en público, me resistía a debutar, pero viendo que se acercaban las 11:00 y ninguno de los pocos que aún permanecíamos en el salón se animaba, haciendo de tripas corazón me levanté y me puse al frente de los 12 o 13 compañeros presentes. Mi debut lo hice con una canción que cantaba el famoso actor y charro mexicano de la época, Tito Guízar, actuando en una película cuyo título era, si la memoria me sigue siendo fiel, *Qué lindo es Michoacán*. En una de sus primeras estrofas dice algo así: “La vida de casado es buena, pero la de soltero es mejor”.

Sin la menor duda, mi estreno como solista fue desastroso: sin melodía, sin ritmo y, lo peor, con un opaco timbre de voz. El resultado inmediato de mi infeliz actuación fue la risa generalizada de mis compañeros, que muy pronto se convirtió en una algarabía. Definitivamente, ninguno de mis compañeros tuvo la más mínima consideración conmigo, pero el que hizo mayor mofa fue mi amigo Getulio Carvalho, que alentó a los demás a propinarme una soberana pita. Por supuesto, ante tan generalizado rechazo, interrumpí mi canto apenas comenzaba, pero el maestro, seguramente condescendiente ante mi osadía, me dejó marchar libre del reglazo.

Yo, sin embargo, herido en mi orgullo como estaba, cuando pasé al lado del pupitre de Getulio, le susurré, con cara de arreo:

—Te espero en la esquina, para que te sigas burlando de mí.

El maestro, que seguramente oyó sólo un susurro, de inmediato preguntó:

—¿Qué están conversando ustedes?

—Nada importante, Maestro —le respondí rápidamente—. Estoy convidando a Getulio a volar papagayos esta tarde en el cerro de Las Iguanitas.

Esperé pacientemente en la esquina de la calle Sucre, frente a la tienda de Alfonso D'Gregorio, a que apareciera Getulio, al que consideraba culpable de que mi fracaso hubiese sido tan estrepitoso.

Los restantes alumnos fueron saliendo uno a uno, luego de recibir sus respectivos reglazos, agrupándose en la esquina para ver la pelea. Entre los últimos llegó Getulio Carvalho, que tampoco tenía vocación artística. Con él me trencé en una pelea a puños, tratando de lavar mi dignidad severamente ofendida.

En el combate no hubo nocaut, el conflicto se resolvió rápidamente con unos pocos golpes y muchos escarceos, en medio de un círculo cerrado de gritos y risas formado por los otros compañeros.

Que yo recuerde, fue ésta una de las pocas veces que me vi envuelto en una riña callejera. Tal vez porque nunca más me arriesgué a cantar en público y, aún hoy, sólo canto en los coros de los cumpleaños... y muy bajito, tratando de que nadie me oiga.

El día que los campesinos *tomaron* el pueblo

Terminábamos de almorzar los siete hermanos, papá y mamá. Nuestra madre celebraba que estuviésemos todos y, contenta, decía:

—Estoy alegre, primero, porque es un momento muy bonito toda la familia reunida y, después, porque no tendré que *poner la mesa* dos veces. —Ella sólo ocasionalmente se sentaba con nosotros, a pesar de que papá siempre insistía para que nos acompañara en la mesa e, invariablemente, respondía:

—Y entonces, ¿quién les sirve la comida?

La fuerte lluvia que caía ese mediodía nos retenía a todos en el comedor y papá, que frecuentemente aprovechaba esos momentos para aconsejarnos y orientarnos, nos lanzó una nueva advertencia.

—Les repito lo que todos sabemos: mañana habrá un mitin. Tenemos que tener mucho cuidado. La gente del Gobierno piensa llenar el pueblo de campesinos y algunos irresponsables andan diciendo que habrá bochinche. —Tomó un sorbo de café y siguió hablando:

—Según me informó el compadre Galileo, la gente entrará por la calle Ilustres Próceres. Caminarán desde El Calvario

hasta la plaza Bolívar, donde tendrán un mitin y, después, les darán una ternera en La Playera. Como mañana las clases están suspendidas, quiero que todos se mantengan en la casa y, si salen, que sea sólo para la casa de la abuela Carmela o a casa de los Toro.

—Papá, ¿y tú crees que realmente mañana habrá zaperoco?

—preguntó el hermano mayor.

—Ayer les dije lo que pienso y hoy se los repito. Los campesinos son personas muy sencillas y pacíficas, respetuosas con la gente del pueblo. Durante todo el año vienen a vender el producto de sus cosechas y a comprar sus ropas, sus alpargatas y las otras cosas que necesitan. Las veces que se pelean, que casi siempre es entre ellos, es a consecuencia del exceso de aguardiente. Todo eso que algunos andan diciendo por ahí son cosas que inventan, sólo son rumores, y estoy seguro de que no ocurrirá nada de lo que predicen. Pero de todas formas vamos a estar prevenidos, así que no se acerquen a la plaza ni a La Playera.

En Altigracia de Orituco todos estábamos habituados a la presencia cotidiana de los hombres del campo al frente de sus arreos de mulas y burros con cargas de café, de papelón, de granos y de todos los alimentos que producían. También se hacían presentes en los días de festividades religiosas y populares, ocasiones en las que disfrutábamos de las alegres y pintorescas parrandas de negros y tambores que llegaban al pueblo desde los diferentes caseríos que lo rodean.

Una estampa cotidiana para los gracitanos de aquellos años era ver en las calles parejas de campesinos con sus burros, o caminando por las aceras en grupos de dos y tres, casi siempre con la presencia femenina y, muchas veces, con niños. Eran fácilmente reconocibles porque, regularmente, los hombres ves-

tían de blanco y usaban sombreros de cogollo, y las mujeres sus alegres trajes de flores multicolores, todos en alpargatas. Por lo demás, siempre callados y respetuosos.

Así que a todos nos pareció verdaderamente extraño que, de la noche a la mañana, gente tan humilde y sencilla se volviera violenta, agresiva, sin causa que lo justificara. Es oportuno recordar que, en aquellos lejanos años, la población en Venezuela era todavía ampliamente rural, con una cifra cercana al 60 por ciento, y el distrito Monagas no escapaba a esa realidad nacional, rodeado como estaba de innumerables caseríos por los cuatro vientos.

Hacía un año que el partido Acción Democrática, en alianza con sectores de las Fuerzas Armadas, había tomado el poder por medio de un golpe de Estado en contra de Isaías Medina Angarita, primer presidente democrático que había tenido el país en el siglo XX. Desde hacía varios días, se hacían sentir los preparativos que adelantaban personas afectas al nuevo Gobierno, con el fin de celebrar el primer aniversario de lo que ellos comenzaron a llamar desde entonces la *Revolución de octubre*. En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Y en aquel caldeado ambiente político en el que vivíamos, se generaban innumerables discusiones y hasta se conoció de peleas a golpes, que se suscitaron entre los partidarios del nuevo y del anterior Gobierno.

Desde el miércoles 16, comenzó a circular el run run de que los campesinos iban a invadir el pueblo y, entre los malintencionados pronósticos, se afirmaba que la muchedumbre atacaría a los que habían sido militantes del partido *medinista* (PDV). Por supuesto que esas especulaciones causaban gran preocupación y desasosiego en muchos pobladores, aun entre los que

nada tuvieron que ver con el Gobierno anterior. Algunas de las familias más identificadas con el derrocado Gobierno entraron en pánico y dos o tres se marcharon de Altagracia unos días antes, huyendo de lo que se anticipaba como una feroz confrontación con resultados impredecibles. Sin embargo, la inmensa mayoría permaneció tranquila en sus hogares.

Eso sí, muchos tomaron sus precauciones y, los más radicales, se atrincheraron en sus viviendas con bastimentos y hasta con armas para defenderse de las *huestes de los patas en el suelo*. Recuerdo que el día de la anunciada actividad, las casas de algunos de los más conocidos personeros del Gobierno anterior mantuvieron puertas y ventanas cerradas y, los más curiosos, apenas si de vez en cuando abrieron algún postigo de las ventanas para echar una furtiva mirada al exterior.

Por fin llegó el día 18 y, afortunadamente para los convocantes de la celebración, fue un día claro, luminoso. En unión de dos de mis hermanos mayores y, con el permiso de nuestro padre, nos fuimos a la calle Ilustres Próceres a presenciar el desfile. Había mucha gente en las calles, mirones como nosotros, la gran mayoría niños y adolescentes. Esperamos como unas dos horas y, ya casi al mediodía, vimos la masa humana que se desplazaba desde el este hacia el casco central. A pesar de la distancia, oíamos vivas a la *Revolución de octubre* y al Gobierno.

Cuando la multitud estuvo bastante cerca, identificamos de inmediato a un joven recién nombrado maestro de quinto grado en nuestra escuela, quien con estilo castrense (había salido de baja con el grado de sargento, después de cumplir con el servicio militar obligatorio) iba al frente del gentío, agitando la bandera nacional. Enseguida, en una línea cerrada, algunos de los más conocidos partidarios de la administración del mo-

mento que, en medio de la algarabía, gritaban consignas de apoyo a la Junta de Gobierno y, más atrás, una muchedumbre silenciosa que se extendía unas dos cuadras, donde predominaban el color blanco de sus ropas y los sombreros de cogollo. La marcha, según lo programado, se dirigió a la plaza Bolívar, donde se realizó el mitin y, seguidamente, en efecto, los campesinos fueron invitados a una ternera en La Playera.

La celebración de los partidarios del Gobierno se realizó con absoluta normalidad, sin ningún incidente violento. Los augurios de actos vandálicos resultaron una gran mentira y los campesinos pudieron regresar a sus bucólicos ambientes en sana paz, pero, seguramente, con el íntimo convencimiento de que por primera vez habían sido tomados en cuenta.

Las clases de historia de Venezuela continuaban en la plaza Bolívar

Eran un poco más de las 4:00 de la tarde. Todos los cursos estaban formados en el patio central de la escuela y, de pronto, la campana comenzó su repiqueteo. Era la señal para iniciar el *despacho*, que comenzaba, como siempre, con el primer grado. Ya en la calle, Rafael me preguntó:

—¿Vas esta noche pa' la plaza?

Le respondí sin pensarlo dos veces:

—Nos vemos allá dentro de un rato.

Efectivamente, después de cenar le dije a mi madre:

—Mamá, me voy pa' la plaza.

Y mi madre, prevenida, me respondió:

—Te recuerdo que debes regresar antes de que apaguen la luz.

Cuando llegué al *banquito del mamón*, como lo llamábamos entre nosotros, ya estaban allí varios de mis compañeros de cuarto grado, el maestro José Ángel Adames, don Ángel Constant, quien a veces nos acompañaba, y dos o tres alumnos de otros grados.

El banco en donde cotidianamente se sentaba el maestro Adames, entre las 6:00 de la tarde hasta un poco antes de las 8:00 de

la noche, de lunes a viernes, era el primero, entrando por la calle Rondón, por el botiquín de la plaza. Estaba situado casi al frente del cine Ayacucho, que con su música a todo volumen invadía los espacios de la plaza, pero sólo los sábados y domingos.

El maestro Adames era bien valorado intelectualmente por la comunidad que, con frecuencia, recurría a él para que diera discursos en su nombre en eventos ocasionales, ya se tratara de la recepción de un personaje importante que nos visitara o, por lo contrario, al que se le ofreciera una despedida; y si fuera el caso, el último adiós, en el cementerio, a alguna persona notable del pueblo.

Ese año era mi maestro de cuarto grado, y su pasión por la historia, especialmente por la guerra de Independencia con sus múltiples enfrentamientos bélicos, lo cautivaban por entero. A tal punto, que la mayor parte del tiempo, en su diaria labor docente, la consumía en el discurso histórico. Pero su entusiasmo por las circunstancias del proceso de Independencia también había contagiado a muchos de sus alumnos, tanto que ya no nos bastaban las horas en la escuela y continuábamos las clases después de las 6:00 en la plaza Bolívar.

Aquel día le tocó el turno a un evento militar muy significativo: la batalla de Las Queseras del Medio y, como protagonista, a uno de sus héroes predilectos: José Antonio Páez. Después de más de una hora intercambiando datos y contestando preguntas que el maestro nos hacía, de repente muy serio y con voz grave nos dijo:

—Ahora yo quiero comentarles en profundidad, con motivo de su aniversario, una acción bélica que tuvo gran importancia, a pesar de tener escasas consecuencias desde el punto de vista estrictamente militar.

Luego de una larga y pormenorizada descripción de esa acción armada, que le tomó más de media hora, comenzó a referirse a su repercusión internacional. En ese instante comenzaron a sonar, como ocurría diariamente a esa hora, las campanas de la iglesia. Sin embargo, él no se detuvo:

—Cuando Fernando VII se enteró de ese insólito fracaso de su formidable ejército, le reclamó airadamente a su jefe, el general Pablo Morillo, quien le respondió en una carta contentiva de las conocidas palabras que de inmediato pasaron a la historia: “Dadme un José Antonio Páez y mil lanceros del Apure, y pondré a Europa a vuestros pies”.

De modo que cuando el maestro terminó su discurso, ya las campanas habían dejado de sonar y el pueblo se encontraba en la más absoluta oscuridad. Aquella fue una noche sin luna.

Al finalizar la disertación, el grupo de inmediato se disolvió. Don Ángel Constant prendió su linterna y, junto con el maestro José Ángel, me uní a ellos. Bajamos desde la esquina de la iglesia por la calle José Martí. Yo me quedé en la siguiente cuadra, frente a mi casa, en la calle Bolívar. Ellos siguieron hacia sus residencias, dos cuadras más abajo, frente a la vivienda de la familia Toro Alayón.

Cuando entré a mi casa, mi madre, preocupada, me estaba esperando y, a manera de reprimenda, me dijo:

—¿Por qué regresas tan tarde? Ya José salía a buscarte, es peligroso caminar en esas calles tan oscuras.

Yo, con cara de inocente, le respondí:

—Es que el maestro se entusiasmó tanto contando lo que pasó en la batalla de Las Queseras del Medio, que nadie se movió hasta que Páez dijo las famosas palabras: “¡Vuelvan, Carrajos!”.

Las calles empedradas de mi pueblo

—Súbete a la acera. Cuando llueve las piedras mojadas se ponen resbalosas y te puedes caer —me ordenó mi hermano mayor, al verme saltar sobre las lajas que cubrían casi toda la calzada.

Un buen número de las calles del centro del pueblo habían sido empedradas por la municipalidad con canto rodado sacado del río, entre 1871 y 1872, y todos los años las primeras lluvias hacían reverdecer el guarataro. La yerba rebelde crecía indetenible en sus juntas y amenazaba con cubrir toda la calle. A pesar de la enorme belleza que ofrecían las vías, empedradas de gris y matizadas con el alegre verdor del guarataro, las autoridades municipales de todos aquellos años se empeñaron en una guerra a muerte contra la yerba intrusa. Su decisión irrevocable fue eliminarla a como diera lugar y, a tal efecto, obligaban a los vecinos a extirparla de raíz en la calzada frente a sus viviendas, bajo la amenaza de multas.

Sin proponérselo, esta decisión del gobierno municipal creó una nueva fuente de empleo temporal: todos los años en el invierno, una legión de personas se dedicaba a sacar de raíz la

mala yerba y, con ese fin, utilizaban un instrumento en forma de V que tenía el curioso nombre de *charrasca*, herramienta que ellos mismos fabricaban con el fleje usado para embalaje de los bultos de mercancías que llegaban de Caracas.

Fue una lucha sin cuartel durante mucho tiempo, combate en el cual el guarataro, a pesar de su manifiesta inferioridad, no claudicaba en su persistente empeño, año tras año, de reverdecer toda la calzada, ni las autoridades municipales en su propósito de extirparla para siempre. Al final no hubo ganadores, como siempre. El a veces inoportuno, pero siempre necesario *progreso* se impuso y la pavimentación de las calles con cemento y asfalto resolvió pacíficamente el conflicto.

Las calles de Altagracia, al menos en los primeros 150 años desde su fundación, seguramente eran barrizales en invierno y polvorientas en verano. Eso sí, con sus manzanas perfectamente cuadriculadas, como ocurrió con casi todos los pueblos fundados por los colonizadores españoles.

Como es bien sabido, Altagracia fue, en sus primeras décadas, un pueblo de doctrina, llamado también pueblo de indios. Es decir, fue un asentamiento para fijar a los indígenas guaiqueríes que se resistían a trabajar como esclavos para los españoles en las encomiendas, de las que se escapaban para deambular errantes por las riberas del río, los montes cercanos y las llanuras del Sur, tal como lo habían hecho sus antepasados durante muchos siglos antes de la llegada de los invasores.

Es por ello, que la fundación del pueblo tuvo como finalidad primaria lograr que los indios guaiqueríes hicieran vida en sus chozas, para que *vivieran en policía*, como decían las autoridades españolas de esa época. De ese modo, los curas evangelizadores podrían cumplir su *santa misión* de sacarlos de sus

creencias fetichistas, convertirlos a la fe de Cristo y, por supuesto, someterlos a la obediencia de las autoridades españolas.

El pueblo en sus inicios, con toda seguridad, tuvo pocas cuadras. En ellas, los indígenas construyeron sus viviendas con techos de palma, sus pisos de tierra y sin ventanas ni puertas, tal como las describieron algunos cronistas de la época y, en particular, el obispo don Mariano Martí en sus relatos sobre su visita pastoral a los pueblos del Orituco, realizada en marzo de 1783.

Si pudiéramos reconstruir idealmente una de sus calles, seguramente veríamos mujeres casi desnudas llevando totumas sobre sus cabezas con agua del río o con atados de leña para sus fogones. Probablemente también habría niños flacos, desnudos y descalzos, correteando en el barro, es decir, lo que probablemente era una estampa normal en una comunidad de habitantes originarios en aquella lejana época.

Pero ese paisaje fue cambiando, el pueblo creció y también el número de sus habitantes, que ya no eran sólo indígenas. Según las matrículas parroquiales de la Iglesia católica, en el año 1811, en Altagracia vivían 1.910 personas, de las cuales sólo 627 eran blancas. Por sus espacios caminaban indios, negros, mestizos y muchos blancos conviviendo en precaria armonía, pero eso sí, sus calles seguían siendo polvorientas y pantanosas y, casi todas sus viviendas chozas con techumbres pajizas.

Consolidada la república, el número de sus vías fue en aumento y, por supuesto, también el de sus casas y habitantes. Es probable que a partir de la consolidación de la república comenzaran a verse viviendas mejor construidas, de mejor apariencia. Sin embargo, ese progreso material era lento, tan lento como lo eran los pequeños avances de la precaria economía del país en esos primeros 50 años de vida republicana.

Los movimientos pioneros de plantadores de café, hacia las zonas montañosas de las nacientes del río Orituco, iniciados en la sexta década del siglo XIX, produjo a los pocos años un vigoroso impulso a la economía de toda la microrregión. De esa inesperada bonanza emergió un significativo grupo de nuevos hacendados que, junto con los propietarios de tiendas y *oficinas beneficiadoras del café*, así como de los antiguos dueños de los cañamelares, conformaron una élite de ricos terratenientes y comerciantes. Ellos impulsaron importantes transformaciones materiales en el pueblo, seguramente sin proponérselo ni tener plena conciencia de ello, particularmente en las décadas de los 70 y 80 del siglo XIX.

De este período datan notables cambios físicos en Alta gracia: la edificación de un nuevo templo, mejoras sustanciales en la sede de la Jefatura Civil y demás órganos del poder municipal, la apertura de nuevas calles, prolongación de otras y empedrado de las principales. En lo referido a las obras públicas, no se puede dejar de mencionar la decisiva participación de algunos gobernantes locales, en particular, el entusiasmo y dedicación del jefe civil Agustín Gil Pulido en los primeros años de la década de los 80, en su empeño, según afirman testimonios de la época, de darle una novedosa imagen al pueblo.

La construcción de nuevas viviendas y espacios para las tiendas y oficinas beneficiadoras, así como las mejoras en fachadas y patios de casas viejas, permitieron la transformación de una pequeña aldea llanera en una renovada y pujante villa. De esos extraordinarios años, todavía se conservan en el pueblo unas pocas pero hermosas viviendas, con fachadas de mampostería rematadas en gárgolas, entradas de enormes portones con sus respectivos zaguanes y antepuertas y, por supuesto, con her-

mosos patios interiores; todas ellas modestísimas réplicas de las deslumbrantes mansiones andaluzas que, probablemente, fueron sus referentes.

Las vertiginosas transformaciones de la economía venezolana, a raíz del incremento de la producción petrolera, hicieron posible que, en los años finales de la década de los 40 del siglo pasado, se sustituyeran definitivamente las lajas y el guaratario de las calles de Altagracia por concreto y asfalto, materiales indispensables para hacer más eficiente y cómodo el uso de los automóviles.

Hoy, con nostalgia, evoco aquellos felices días de mi infancia en los que disfruté jugando, corriendo y saltando por las hermosas calles empedradas y verdosas de mi pueblo.

LUNES, 28 DE ENERO DE 1946

La colonia Guzmán Blanco

Era día lunes y un grupo de alumnos del cuarto grado de la escuela Ángel Moreno nos encontrábamos en el patio central, disfrutando del recreo largo de la mañana. Los comentarios obligados eran relativos al juego del sábado anterior, entre los equipos Caracas y Magallanes. En medio de la intensa discusión que se armó, Manuel, uno de los compañeros, afirmó:

—Yo creo que Magallanes perdió ese juego por mala suerte.

De inmediato Daniel, un alumno de esos que en aquellos tiempos los adultos llamaban *tremendos*, le respondió de forma grosera:

—¿Qué vas a saber tú de béisbol? Si tú eres un *coloniero*.

Manuel, excelente alumno, de temperamento apacible, le respondió con mucha firmeza:

—Sí, soy *coloniero*. Y me siento muy orgulloso de serlo.

El resto de los compañeros terciamos en la discusión y evitamos que se fueran a las manos.

El término discriminatorio utilizado contra Manuel se refería a que él formaba parte de una familia campesina que había vivido en un pequeño fundo cafetalero en Guatopo, zona

rural situada a unos 25 kilómetros al norte de Altagracia, del que eran propietarios. Estos eran espacios geográficos de baja densidad poblacional, que formaron parte de la desaparecida colonia Guzmán Blanco, experimento de ocupación territorial y poblamiento iniciado por el gobierno nacional en 1874.

En efecto, el presidente Guzmán Blanco, con su espíritu afrancesado, y en su afán modernizador de la Venezuela agraria que le tocó gobernar por 18 años, decretó la creación de una colonia agrícola en los territorios que conforman las vertientes de los ríos Taguaza, Orituco y Macaira, a la que funcionarios aduantes bautizaron con su nombre: colonia Guzmán Blanco. Para ese desarrollo agrícola el Gobierno trajo inmigrantes europeos reclutados en las islas Canarias, en la isla de Córcega y en otros lugares de España y Francia, a quienes se les brindó apoyo inicial y, luego, se les otorgó la propiedad de las parcelas que recibieron.

La falta de vías de comunicación y de recursos financieros para la explotación de unos espacios montañosos y escarpados, entre otras causas, hizo que muchos colonos abandonaran sus parcelas y reiniciaran sus vidas en las poblaciones vecinas de los estados Guárico y Miranda. En 1890, dos años después de la abrupta renuncia de Guzmán Blanco a la Presidencia de Venezuela, la colonia pasó a llamarse Independencia, hasta que, finalmente, en 1904, fue eliminada por decreto de Cipriano Castro. Luego, durante algunos años se le mencionaba como colonia de Los Franceses y, en los últimos tiempos, simplemente La Colonia.

Y fue así como este novedoso experimento poblacional, a menos de 25 años de su fundación, desapareció como tal. Pero en esos territorios, siguieron viviendo y produciendo muchas familias inmigrantes, sobre todo canarios, conviviendo con

hacendados y campesinos criollos, pisatarios y jornaleros. En un informe del año 1889, de la Dirección de Estadística e Inmigración del Ministerio de Fomento, se informa que en 10 comisarias: Agua Blanca Arriba, Agua Blanca Abajo, Bucaral, Guatopo, San Lorenzo, El Lucero, Río Grande Abajo, Río Grande Arriba, Taguacita y Santa Teresa, vivían 1.163 personas; 696 hombres y 562 mujeres.

A raíz de esa dispersión de colonos españoles y franceses, en Altagracia se establecieron decenas de familias de esas nacionalidades, muchas de ellas de la isla de Córcega, descendientes de italianos. Y fue así como, después de más de 70 años, para los tiempos que refiere esta crónica, en Altagracia convivíamos armoniosamente con muchos descendientes de italianos y de españoles de los primeros colonos.

Eran comunes, y creo que aún lo son, los apellidos: Constant, Boyer, Ciano, Secco, Liporasi, Losi, Gandolfi, Sanotti, Bertero y otros muchos que descienden de esos grupos que llegaron a tierras venezolanas, pletóricos de esperanzas por reconstruir sus vidas. Algunos de ellos contribuyeron, con su esfuerzo y conocimientos, a potenciar las capacidades productivas de nuestro pueblo y hoy, seguramente, sus descendientes se sienten orgullosos del gentilicio gracitano. Era tal la cantidad de vecinos de Altagracia con ascendencia italiana, que uno de ellos, de nombre Giuseppe Liporasi publicó en 1902 varios números de un pequeño periódico llamado *Dante Alighieri*. Por supuesto, en lengua italiana.

Pero volviendo a la discusión sobre la pelota criolla con que iniciamos este breve relato: después de apaciguados los ánimos de los *fanáticos* de ambos equipos, todos volvimos a la racionalidad y, uno de ellos, le dijo a Daniel:

—Aparte de que no tiene sentido que nos estemos peleando entre amigos por unos equipos de béisbol, tú también, Daniel, eres un *coloniero*. ¿O es que te olvidaste de que tu apellido es Sanotti?

—Tienes razón.... ¡Pero el Caracas sigue siendo el mejor equipo!

Afortunadamente, cuando estábamos a punto de reiniciar la discusión, nos salvó la campana. Había terminado el recreo y, disciplinadamente, tuvimos que regresar al aula de clases. La discusión quedó aplazada para las 11:00, a la salida de la escuela.

Para los piojos, *Flit*

Eran las 9:30 y la campana de la escuela Ángel Moreno repicaba, anunciando el recreo largo de la mañana. Mis compañeros y yo salimos del aula al patio central, ahora invadido por el enorme bullicio de la muchachada. Me acerco a Rafael, uno de mis mejores amigos, y le digo:

—Vamos a *parar* una partida de *policías y ladrones* en el parque.

—No, chico, mi mamá me dijo que no me reuniera con *al-pargatúos*, porque me iban a pegar los piojos. —Y se echó a reír.

Yo lo imité, comprendí que se trataba de una broma.

Desde hacía ya unos meses, la dirección de la escuela había obtenido el permiso de la municipalidad para que los alumnos pudiéramos ingresar al parque Sucre durante el recreo de la mañana. Había una puerta de dos hojas en la parte posterior del plantel, permanentemente cerrada, desde donde se podía acceder a la parte interior del parque, sin salir a la calle. Desde ese momento, los alumnos nos sentimos felices de poder disfrutar, durante aquella media hora, de los acogedores espacios del inolvidable y querido parque Sucre.

Las innovadoras medidas que se estaban introduciendo en las escuelas del país en el año 1946, por instrucciones del nuevo Gobierno instaurado el 18 de octubre del año anterior, a raíz del derrocamiento del presidente Isaías Medina Angarita, se estaban comenzando a implementar en nuestra escuela. Cambios que se referían, principalmente, a los programas de estudio y a las estrategias de aprendizaje, pero que también se reflejaban en las actividades rutinarias de funcionamiento de la institución. Uno de ellos impactó sobre la tradicional supervisión esporádica del aseo personal de los alumnos, actividad que realizaba el maestro dentro del aula, generalmente los días sábados al iniciarse la jornada.

Como resultado de esas revisiones ocasionales, el maestro enviaba notificaciones a los representantes de los alumnos a quienes se les encontrara la ropa sucia o las uñas largas. En caso de reincidencias, los representantes eran citados a la institución, para reiterarles la necesidad del estricto cumplimiento de las normas de aseo vigentes en el plantel. La excepción a esa antigua rutina sabatina la marcaba el maestro José Ángel Adames, quien aplicaba su propio método, consistente en castigar a los alumnos que incumplieran las normas de aseo personal. La pena consistía en que el infractor recibiría uno o más reglazos, dependiendo de la gravedad de la *falta*, castigo que él mismo aplicaba con su famosa regla negra de acapro.

Esa *revisión de aseo* del aula pasó a ejecutarse, a raíz de las reformas, en el patio central a primera hora los días lunes. Al llegar a la escuela, los alumnos hacíamos filas en el patio, y a las 8:00 hacía su aparición el personal directivo, junto con la recién nombrada Comisión de Aseo. Ésta procedía a la revisión, comenzando con el primer grado. Un miembro de la comisión,

junto al maestro del curso, comenzaba revisando el estado de las uñas y, luego, desde la parte posterior de las filas, les hurgaba el cabello a los alumnos en busca de piojos.

En caso de que alguno estuviera infestado con el indeseable parásito, y siempre había más de uno, se le sacaba de la fila y se procedía a fumigar su cabellera, utilizando para ello una bomba que contenía *Flit*, un insecticida muy popular en aquellos años. Y en caso de que la falta fuera en el aseo o las uñas, enviaban una notificación al representante.

El método de fumigación de la cabellera de los alumnos fue cuestionado por algunos representantes, quienes alegaron, con justificada razón, que la utilización de ese insecticida (un aceite mineral producido y comercializado desde 1923 por la empresa estadounidense *Standard Oil Company*, acá conocida como *ESSO* y actualmente *Exxon Mobil*) podía provocar peligrosas reacciones alérgicas en los niños, debido al 5 por ciento de DDT que contenía. Tal cuestionamiento dio lugar a una rectificación por parte de la dirección del plantel, y el procedimiento fue eliminado a las pocas semanas de su implementación. Por cierto, que este producto fue prohibido a principios de los años 50 del siglo pasado, por su impacto negativo sobre el medioambiente. Asimismo, la revisión del aseo de los alumnos en el patio central se mantuvo sólo por pocos meses, hasta que finalmente esa rutina regresó al aula de clases, para ser ejecutada por el maestro, tal como se hacía anteriormente.

En los años de este breve relato, los piojos constituían una plaga muy difícil de exterminar. Así que era muy probable que un porcentaje alto de los alumnos de la escuela estuvieran invadidos por estos indeseables huéspedes. Constituían un auténtico problema de difícil solución.

En mi casa, para tratar de conjurar esa peligrosa amenaza, los sábados por la mañana los más pequeños éramos sometidos a un riguroso escrutinio en nuestras cabelleras por parte de nuestra madre, con un milagroso pero indeseable peine *sacapijos*.

Leña y budare para hacer arepas criollas

Faltaban pocos minutos para la 1:00 de la tarde y los siete hermanos, junto con nuestra madre, estábamos comenzando a almorzar. Papá había avisado que vendría más tarde, después de que atendiera a un *agente viajero* de una casa comercial de Caracas.

—Mamá, yo no quiero esta crema, sabe a querosén —dije inmediatamente después de probarla.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no digas mentiras? —contestó mamá muy suavemente, y agregó:— Esa crema no se hizo en la cocina de querosén, así es que te agarré en el embuste. Y una vez más se lo digo a todos: lo peor que existe es una persona mentirosa.

En el pueblo se había generalizado la opinión de que los alimentos que se cocían en las nuevas cocinas a querosén tomaban un ligero sabor al combustible. De esta creencia me agarré yo para tratar de rechazar una comida que aborrecía: la crema de berenjena.

En los primeros años de la década de los 40 del siglo XX, todavía era una estampa de todos los días ver a humildes traba-

jadores frente a las pulperías descargando astillas de leña de un burro. En esos años, me atrevería a asegurar, en la gran mayoría de los hogares del pueblo se encendían fogones con leña para el cocimiento de los alimentos, aunque ya hacía varios años que las cocinas a querosén habían invadido el país. Ahora bien, por sus elevados precios y las dificultades que había para el abastecimiento del combustible, al principio en nuestro pueblo su adquisición quedó reservada a algunas de las familias de mayores ingresos que vivían en la zona central.

Pero los venezolanos estábamos tan acostumbrados a la tradicional arepa de maíz, y creo que aún lo estamos, que hasta en los hogares de las familias más solventes económicamente, en donde ya funcionaban los nuevos artefactos, se seguían encendiendo los fogones. Así que, es muy probable que, en casi todas las cocinas de los habitantes de Altagracia, tanto de ricos como de pobres, se continuaran cocinando las arepas en budares y con leña.

Vale la pena recordar que en aquel tiempo las arepas, después de *cuajarlas* en el tradicional budare de barro cocido, se ponían en las orillas del fogón sobre las brasas para dorarlas, y hasta se dejaban quemar, como tanto me gustan, aunque después se tuvieran que pasar por el rayo. Así que la leña era insustituible en ese proceso de hacer una arepa criolla doradita.

Los leñadores llegaban con sus cargas desde las zonas boscosas del oriente y del sur de la población. La cortaban en los bosquecillos de Camoruco, Paural, Ipore, Apamate y en otros terrenos municipales del Sur que, para esos años, aún no habían sido presa de los terrófagos. Era un oficio para humildes trabajadores, que medio se ganaban la vida con esa dura y difícil actividad. Vendían la *carga*, dependiendo de la cantidad y calidad

de las astillas, en uno o dos bolívares. Los pulperos colocaban la leña en espacios fuera del mostrador, de donde el comprador la tomaba después de pagar, según mis recuerdos de comprador, a un centavo la astilla.

La razón por la cual los leñadores buscaban su mercancía sólo en el oriente o al sur del pueblo, y a veces en sitios muy alejados de la población, se debía a que desde su fundación Altagracia nunca ha tenido ejidos hacia el occidente, es decir hacia donde hay agua y excelentes terrenos de cultivo, hacia el río.

Las leyes españolas establecían que, a los pueblos de indios, y Altagracia nació bajo esa denominación, se les asignaba una legua de terreno a los cuatro vientos, es decir 5.572 metros por cada uno de los cuatro puntos cardinales, para que sus habitantes, indican los documentos, tuvieran terrenos que les permitieran producir sus alimentos. Esos son los territorios que más tarde conformaron los ejidos o tierras municipales.

Cuando se fundó Nuestra Señora de Altagracia, en 1704, las autoridades no pudieron asignarle la legua al occidente, porque todas las vegas del río Orituco y terrenos adyacentes habían sido entregadas en encomiendas a los colonizadores, o posteriormente invadidas por los conquistadores españoles. Algunos años más tarde se produjo una reclamación ante las autoridades coloniales, encabezada por el teniente Justicia Mayor del pueblo, Pellón y Palacios, conjuntamente con el cacique Chapai-guana.

Este reclamo condujo a una rectificación, otorgándole al pueblo una legua más de terrenos, pero hacia el oriente. Esa es la razón por la cual los ejidos de Altagracia tienen, mejor dicho, tenían, porque ya les debe quedar muy poco, dos leguas hacia el oriente, que llegaban hasta las inmediaciones de Apamate.

Pero hacia el occidente, hacia donde hay cerca de 4.000 hectáreas planas fértiles y con el agua corriente del río Orituco que las atraviesa, no tiene ni un metro cuadrado. Esos terrenos han estado en manos privadas desde el inicio de la invasión de los conquistadores hasta nuestros días.

¡Don Francisco, hay un hombre
picao 'e culebra!

En mi primer turno al bate conecté un imparable y cuando corría hacia la primera, de pronto, desde el portón, salió un grito:

—¡Don Francisco, hay un hombre *picao 'e culebra!*

De inmediato se detuvo la partida que estábamos *echando* en el enorme patio de ladrillos rojos y, casi enseguida, se oyó otra voz que venía desde la oficina:

—¡Petra, pon la inyectora en la candela! —Fue la orden del hacendado.

Al portón de la hacienda Las Marías había llegado corriendo una niña de unos 10 años. Traía la noticia de que a su papá lo había mordido una macagua. Nicasio, el empleado de la pulpería de la hacienda, fue el autor del grito dándole la noticia a su patrón.

Pocas veces faltaba en estos predios este peligroso suceso pero, igualmente, eran muy escasas las ocasiones en que alguien moría por falta de atención. Esto porque, a decir de la señora Petra, la cocinera:

—Don Francisco siempre tiene a mano la inyectora con el remedio, y está listo para inyectar al *picao 'e culebra*.

Estos eventos ocurrían, particularmente, cuando los peones realizaban labores de limpia o de cosecha en las plantaciones de café.

Mi padre era muy amigo de don Francisco Romero, propietario de la hacienda Las Marías; también era padrino de Paco, uno de sus tres hijos. Además de la estrecha amistad, los dos hombres mantenían una intensa y antigua relación comercial. En los últimos días de clase Paco nos invitó, a uno de mis hermanos y a mí, a pasar parte de las vacaciones en la propiedad de su padre. Paco era mi amigo y compañero en el cuarto grado.

—Compadre, el próximo lunes 12 regreso a la hacienda, me llevo a la familia de vacaciones. Queremos que Pedro y otro de sus hermanos pasen esos días con nosotros. Si usted les da permiso, su ahijado se va a poner muy contento.

La hacienda Las Marías era un lugar paradisíaco. Una pequeña plantación de café situada en la vertiente sur de la cordillera del Interior, enclavada en las inmediaciones de una corta y caudalosa corriente permanente de agua llamada quebrada Alta. Ésta era tributaria, luego de recorrer unos cinco o seis kilómetros, del río Orituco, cuyo nacimiento se encuentra muy cerca de aquel lugar, aunque más hacia el este. La finca tenía pequeñas plantaciones en diversos lugares, a las que los lugareños dan el nombre genérico de *haciendas*, aunque se trate de sembradíos de corta superficie y escasas plantas. Eso sí, siempre identificadas con algún calificativo: hacienda La Pedregosa, hacienda Los Apamates, hacienda El Conoto.

Las dependencias familiares de la hacienda estaban al lado de las instalaciones utilizadas para procesar el café, y ambas compartían la mayor superficie de un amplio caserón construido al lado de la quebrada. Además de los espacios para la fa-

milia, las instalaciones mecánicas, la bodega y las oficinas, en el centro de la casona había un inmenso y hermoso patio de ladrillos rojos, donde secaban el café.

Al lado del portón de entrada estaba la pulpería de la hacienda. Luego, una amplia galería con las instalaciones para el procesamiento del grano, con una enorme rueda hidráulica que proporcionaba la fuerza necesaria para mover la máquina *descerezadora* y un pequeño dinamo, que permitía iluminar las instalaciones durante las primeras horas de la noche. El descerezo consiste en partir la baya, liberar los cotiledones y luego lavarlos para quitarles el pegamento o baba que los recubre.

Pero volviendo al principio de este breve relato: Después de oír el grito con el anunció de la novedad, don Francisco salió lo más rápido que pudo con inyectora en mano. En esta ocasión, dos de los hijos del hacendado y yo lo acompañamos. Al llegar al lugar del suceso, su mujer y dos de sus hijos rodeaban al infortunado peón, que se hallaba tendido en el suelo.

Don Francisco preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que lo picó?

Rápidamente uno de sus hijos respondió:

—Como unas dos horas, don Francisco.

El hombre seguía inmóvil, muy asustado. Tenía un pañuelo amarrado más arriba del lugar donde la macagua lo había mordido.

De inmediato, el hacendado aplicó la inyección en el brazo del peón y ordenó:

—Qué no camine. Llévelo a la casa cargado o en el burro. Tiene que estar acostado durante dos días. Si le da fiebre denle un *Cafenol*. La pierna se le va a hinchar un poco, pero en dos o tres días ya estará bien. ¡Ah!, y, por último, si viene el Negro

Encarnación, díganle que ya está inyectado y que yo ordené que no lo toque. —Encarnación era el curandero de la comunidad.

Los frutos rojos del cafeto, arrancados de los arbustos uno a uno por empobrecidos campesinos, que se arriesgaban incluso a morir *picaos 'e macagua*, eran trasladados a hombro desde las plantaciones hasta la sede de la hacienda. Ahí eran descereza-dos y secados al sol, para ser luego enviados al pueblo en *arreos* de mulas. Una vez allí, y después de acondicionarlos y trillarlos en sus *oficinas*, los comerciantes de Altagracia los remitían a las firmas exportadoras de Caracas que, a su vez, los vendían por el mundo.

Este era el largo y complicado proceso para que los granos de café, cosechados y acondicionados por trabajadores de la hacienda Las Marías, pudieran ser servidos, una vez transformados en aromática y deliciosa bebida, en los más exquisitos y exclusivos restaurantes y salones de París, Londres o Nueva York.

En la década de los años 40, en Altagracia se producía *casi* todo

Me estaba bañando con dos de mis hermanos menores en el patio trasero de mi casa, al lado de un taturero *gasolinero* de donde sacábamos el agua con dos totumas. Era día sábado en la tarde. De pronto oigo a José, otro de mis hermanos, que grita:

—Apúrate Pedro, el *raspaero* se va... Si no te apuras, me voy solo.

De inmediato me vestí tan rápido como pude y me fui con mi hermano a la calle Bolívar, al lugar donde siempre se estacionaba el vendedor con su carretilla, frente a la botica de Chollet. Allí estaba raspando la panela de hielo. El *raspao* era una de las golosinas preferidas por los niños de aquellos años. Claro, de lo poco que había era lo más sabroso y relativamente barato: una locha.

Hacía mucho tiempo se había inaugurado en La Playera una pequeña planta para la fabricación de hielo pero, por falta de repuestos, estuvo paralizada varios años. Afortunadamente, ya estaba de nuevo en operación. De allí salían varios vendedores de *raspaos* con sus panelas de hielo en carretillas de madera,

con un cepillo de metal y cuatro botellas de jarabe a recorrer las calles del pueblo con su grito característico:

—Raspao, raspaeero... Se va el raspaeero.

Para despachar su mercancía, el hombre pasaba varias veces el cepillo sobre la superficie del hielo, luego daba dos o tres golpecitos con la punta del cepillo sobre la madera de la carreta para que el hielo se compactara. Cumplido este procedimiento, lo vertía en un vasito cónico de cartón y, al final, le ponía el jarabe, casi siempre con sabor a frambuesa, que enrojecía el hielo y deleitaba a los pequeños compradores. Las otras pocas oportunidades para beber o comer *chucherías* se nos ofrecían en las pulperías: el carato de maíz, la chicha de arroz y el guarapo de papelón. Eso sí, por las calles del pueblo circulaban numerosas mujeres con sus azafates en la cabeza, voceando sus golosinas, entre ellas María Enriqueta, que vendía los dulces de las Osío, los preferidos por todos.

El carato y la chicha los vendían en las pulperías en botellas recicladas de cervezas Caracas y Regional, tapadas con una tuza o un pedazo de papel de traza que, a la vez, servía para limpiar el pico de la botella antes de llevárselo a la boca, y costaban una locha. El guarapo de papelón lo preparaba el pulpero en una lata *mantequera* que tapaba con un paño y lo servía en vasos de vidrio, a centavo la ración. De todos, el más demandado era el que vendía Ángel David Hurtado en su refresquería, situada frente al botiquín de la plaza. La chicha y el carato lo elaboraban señoras en sus casas y los colocaban a la venta en gaveras, en las pulperías.

La llamada Segunda Guerra Mundial, iniciada en 1939, bloqueó durante más de cinco años todo contacto con el *viejo continente*. Y con los EEUU, los intercambios habían disminuido; este país había puesto su pujante economía y, sobre todo, su

industria de vanguardia al servicio de la guerra o, mejor dicho, la adaptaron para sacarle mayor provecho a la guerra contra los nazis. Los venezolanos, en aquellos años de crisis del capitalismo, tuvieron que ingeniárselas para suplir muchos de los bienes que ya no llegaban del mundo industrializado.

En Altagracia, como en todo el país, con producción local y nacional se buscaban soluciones a las muchas dificultades que generaba el trance, sobre todo a la falta de repuestos y suplementos para las maquinarias que habían llegado con anterioridad al inicio del conflicto, en particular piezas de recambio para los motores y otros equipamientos de los trapiches y de las maquinarias para el acondicionamiento del café.

Igualmente, escaseaban los repuestos para los automóviles y con los neumáticos la situación era muy grave, sobre todo para los transportistas. Así que no era extraño ver camiones en circulación con tuercas y tornillos en los cauchos, única forma que encontraban sus propietarios de tapar las roturas laterales. Esta fue una de las múltiples formas inventadas por el pueblo para suplir el desabastecimiento.

Por fortuna para la microrregión del Orituco, durante las primeras décadas del siglo XX estuvieron llegando a nuestros pueblos inmigrantes desertores de la clausurada colonia Guzmán Blanco, activa en Guatopo hasta 1904. Ellos trajeron consigo, desde sus países de origen, técnicas y experiencias en actividades semi-industriales y artesanales. Éstas, junto al ingenio y la experiencia de los técnicos y artesanos orituqueños, dieron lugar al surgimiento en nuestra comunidad de pequeñas industrias artesanales y talleres de diversa índole, que colocaron a Altagracia en la cima de los pueblos del Guárico en cuanto a la productividad local.

A continuación, con el reconocimiento y la admiración hacia nuestros padres y abuelos, que enfrentaron con mucha determinación aquellas difíciles circunstancias, registraré algunas de las industrias y artesanías que florecieron en aquel tiempo. En primer lugar, la legión de costureras y sastres que con sus tijeras y máquinas de coser *Singer* nos vistieron a todos en el pueblo, y más allá. Era muy poca la ropa confeccionada que llegaba de afuera. La otra actividad productiva, que convocaba tal vez a cientos de trabajadoras y trabajadores, fue la fabricación de alpargatas: por un lado, las tejedoras de capelladas y taloneras, tanto en mesitas de tejer como en telares manuales, produciendo desde sus casas; de igual forma los *montadores de alpargatas*, que laboraban en sus casas o en pequeños talleres, oficio de muchos hombres, sobre todo jóvenes.

Seguidamente, presento una larga lista de artesanos que suplían otras muchas necesidades del pueblo, y su producción alcanzaba hasta para ofertar en los pueblos vecinos. Colocaré en paréntesis los nombres de las personas que recuerdo eran propietarios o laboraban en diversas ramas de la industria artesanal: talabarterías (Aureliano Ojeda y Juan Manuel Bolívar), curtiembre de cueros (Rosalio Mora), herrerías (José Hernández y Musiú Sarubi), herrería y armería (Ángel Constant), carpinterías (Eugenio Carrasquel, Estanislao Toro y el señor Callejas), talleres de mecánica automotriz (Deogracias Constant y Guillermo Hurtado), latonerías (Pánfilo Reinefeld y Evaristo Fuentes), panadería (Ernesto Valladares), alfarería y zapatería (Tito Orozco), sastrería (Virgilio López), embotelladora (colita Bernotti), pilón de maíz mecánico (Félix Calzadilla). A la lista habría que agregar una cantidad grande de pequeños talleres donde se fabricaba, entre otros, los siguientes bienes: jabo-

nes, velas de cebo, caramelos y bocadillos, sillas, catres y camas de alambre, tinajeros y todo tipo de muebles para el hogar, café molido, sombreros de fieltro y de cogollo y, por supuesto, dulces criollos.

Hoy, a más de 70 años de aquellas circunstancias de muchas carencias y dificultades, los gracitanos debemos sentirnos orgullosos de esa generación que supo enfrentar tiempos muy difíciles con coraje y dignidad.

El primer campeonato de voleibol realizado en Altagracia

El liceo Ramón Buenahora fue fundado a finales de la década de los años 1940, en sustitución del antiguo colegio Guárico. Éste había funcionado desde septiembre de 1931 como ente privado, hasta que en 1936 pasó a ser entidad oficial, con el nombre de colegio Federal.

A la nueva institución le fue asignada una vieja casona situada en la calle Bolívar, cruce con la Adolfo Chataing, frente a la tienda del señor Carlos Manuel Rodríguez. Por supuesto, no tenía espacios para las prácticas deportivas y mucho menos entrenadores. Ante esa problemática, los estudiantes decidimos actuar.

El día miércoles por la tarde, nos encontrábamos en el salón de segundo año. Era la última clase del día, la materia era biología y el profesor José Ramón Carballo. De repente irrumpió Luis Guglietta, estudiante de tercer año.

—Con su permiso profesor, permítame hacer una invitación a los compañeros.

El profesor, condescendiente, respondió:

—Adelante Guglietta.

—Compañeros... Un grupo de alumnos hemos estado conversando hoy para tratar de encontrar una solución al problema de la falta de espacios en el liceo para practicar deportes. Estamos convocando a todos los estudiantes a una reunión después de esta clase, para discutir el asunto. Quedan todos invitados, nos veremos en el corredor principal o en alguno de los salones. Gracias profesor.

A eso de las 4:30 de la tarde comenzó la reunión en el salón de primer año, el de mayor capacidad. Al comenzar, Víctor Ramón Soto, estudiante de cuarto año, planteó la urgente necesidad de iniciar actividades deportivas. Después de varias participaciones negativas, que señalaban la imposibilidad de superar ese problema porque no estaba en nuestras manos, se produjo una intervención optimista de Efraín García, estudiante de segundo año, quien en resumen expresó lo siguiente:

—Si nos enfocáramos por ahora en el voleibol, que no requiere de grandes terrenos, podríamos encontrar una solución. Por ejemplo, al fondo del *centrofil* del campo de béisbol de Saladilla hay un terreno libre, pero enmontado. Me atrevo a proponer que, con el esfuerzo de todos, podríamos acondicionarlo y convertirlo en nuestra cancha de voleibol.

Después de varios planteamientos de los más pesimistas, que nunca faltan, argumentando sobre todo lo relativo a la propiedad del terreno, acordamos, por consenso, realizar al día siguiente, después de las 4:00 de la tarde, una visita a lo que podría ser nuestra futura cancha. De esa forma, y en el mismo terreno, podríamos comenzar a planificar el trabajo que habría que realizar para acondicionarlo.

Del pesimismo inicial pasamos a la euforia que provocó aquella decisión. Fue tal el entusiasmo que, al día siguiente, sin perder tiempo y tal como había sido convenido, un grupo nu-

meroso de estudiantes nos dedicamos a desmontar y nivelar el espacio en cuestión. Continuando durante los días subsiguientes, con trabajo voluntario.

En poco más de una semana, finalmente terminamos el desmalezamiento y acondicionamiento del terreno, fijamos dos viguetas donde iría la malla y demarcamos con cal las dos áreas. Sólo faltaba fijar la malla, que fue elaborada, como colaboración, por una señora tejedora de chinchorros.

Algunos eran partidarios de iniciar de inmediato la realización de un campeonato. Se impuso nuevamente la razón y decidimos, primero, conformar los equipos, dotarnos de los uniformes y organizar prácticas diarias para familiarizarnos con las reglas de ese deporte, para nosotros novedoso. Ese breve período duró unos 15 días y, al final, quemadas todas las etapas mencionadas, se procedió a la inauguración del primer campeonato de voleibol que se realizaba en Altagracia de Orituco.

Para la inauguración, contamos con el apoyo del director del liceo, profesor Blas Loreto Loreto, quien le dio carácter oficial al torneo. En esa etapa inicial también contamos con el decidido apoyo del padre Rafael Chacín, un hombre ganado para el deporte, sobre todo para el béisbol, quien había sido designado como profesor de castellano el año anterior. Y de esta forma, los estudiantes del liceo Ramón Buenahora demostramos que, con la unidad y el trabajo colectivo, era posible enfrentar y resolver los problemas con nuestro propio esfuerzo, sin tener que esperar una decisión tardía de los burócratas de aquellos tiempos.

En esa cancha improvisada, y puesta en funcionamiento por los propios estudiantes, se realizaron campeonatos de voleibol de los compañeros del liceo Ramón Buenahora durante varios años.

La Madre Candelaria de San José

Estaba leyendo, junto con mi hermano José, unos suplementos con la increíble historia de los Tres Mosqueteros y, de repente, oímos que tocan la puerta de la calle. Me asomo al zaguán y veo a dos monjitas, asiduas visitantes los días sábados. En ese preciso momento llega mi madre, las saluda cariñosamente y les hace entrega de una bolsa con alimentos y dos bolívars en efectivo. Las religiosas sonríen agradecidas, guardan los alimentos en una de las cestas que siempre portan y una de ellas expresa:

—¡Gracias señora María, que Dios se lo multiplique en salud y felicidad para su familia! —Mi madre, con su innata suavidad, les responde:

—¡Qué Dios las bendiga a ustedes, por esa labor tan bella que realizan!

Las Hermanitas de los Pobres fue una agrupación de signo religioso y de carácter humanitario, fundada en Altagracia de Orituco en las décadas finales del siglo XIX por seis humildes muchachas del pueblo, al amparo de la iglesia católica y bajo el liderazgo de una de ellas, Susana Paz Castillo, quien luego adoptó el nombre de Candelaria de San José.

La misión inicial de estas jóvenes, impulsadas por sus firmes convicciones de solidaridad cristiana, fue atender a los enfermos, especialmente a los llagados que deambulaban sin rumbo por las calles. Posteriormente, ampliando su humanitaria labor, solicitaban ayuda, tanto en dinero como en alimentos, para aliviar la suerte de los más pobres.

Mi madre, una cristiana formada con los más elevados valores de la solidaridad, durante la semana apartaba una porción de los alimentos que cocinaba y los distribuía entre los menesterosos que tocaban nuestra puerta. De entre ellos, dos también nos visitaban los sábados y recibían su especial atención: una señora de nombre Justina, que cuidaba a su hijo demente, y un viejito que vivía solo en las afueras del pueblo.

Dos semanas después, el miércoles 31 de enero de 1940, en horas de la tarde, llegó la triste noticia: la Madre Candelaria había muerto en Cumaná, luego de una grave y larga dolencia.

Al día siguiente, al regresar de la escuela, mi hermano José le dice a nuestra madre:

—Mamá, yo apenas recuerdo a la Madre Candelaria, sólo la vi una o dos veces donde la abuela Carmela.

—Yo tampoco la recuerdo, estaba muy chiquito —afirmé categórico—. Quiero saber más. Esta mañana todo el mundo en la escuela hablaba de ella. ¿Por qué no nos cuentas sobre ella?

—Está bien, puedo contarles lo que conozco... Pero vamos a sentarnos. —Y esto fue lo que mi madre recordaba y nos contó:

—La Madre Candelaria era una santa, el Señor debe tenerla a su lado. —Hizo una breve pausa, y continuó:

—Ella era su tía abuela. Yo la conocí el día de mi matrimonio; ella estaba con su hermana, doña Carmela. Después, durante varios años, nos visitaba en su piadosa labor de recoger

limosnas para los desamparados. Siempre venía acompañada de otra de las Hermanitas de los Pobres. Fue una gran mujer que no tuvo vida familiar, se la dedicó toda a los indefensos. En los primeros años pedía comida y medicinas para los enfermos que curaba en las calles o en la casa parroquial y, años después, en el hospital San Antonio. Doña Carmela muchas veces me contó que eso lo hacía desde jovencita y, sobre todo, después de que la designaron jefa en el hospital. Toda su vida la dedicó a socorrer a los pobres, desde los 15 o 16 años hasta el día de su muerte. Ella es una santa.

La crisis de la agricultura cafetalera de Venezuela comenzó en los años finales del siglo XIX, profundizándose en las primeras tres décadas del siglo siguiente. Luego se agudizaría a raíz de la *Gran Crisis* del mundo capitalista, ocurrida entre los años 1929 y 1933, para empeorar con el estallido de la llamada Segunda Guerra Mundial, en 1939. El Orituco era en esos años una importante región cafetalera y, por supuesto, su economía dependía, en lo fundamental, de su producción.

Desde que despuntara el siglo, y durante sus 30 años iniciales, Altagracia padeció la caída de los precios internacionales pero, a partir de la guerra en Europa, el impacto fue demoledor. Desde el comienzo del conflicto, se acentuó el flujo de campesinos hacia los pueblos del valle, particularmente hacia Altagracia, donde el desempleo y el hambre continuaron en ascenso. Esta crítica realidad económica se tradujo en la multiplicación de los limosneros que recorrían las calles, la mayoría de ellos campesinos empobrecidos. En los años de estas crónicas, en Altagracia se vivía una dolorosa realidad: muchos indigentes pidiendo comida de puerta en puerta, algunos de ellos con llagas en las piernas, descubiertas y malolientes.

En el pueblo no hubo centros de atención sanitaria hasta el año 1903, cuando fue fundado el hospital San Antonio, bajo el auspicio del padre Sixto Sosa y otras destacadas personalidades. Ese hospital estuvo, desde su fundación, bajo la dirección operativa de la Madre Candelaria junto con su congregación, las Hermanitas de los Pobres. Allí atendían a los enfermos e indigentes. Se sostenían, a duras penas, con las limosnas que recogían en el pueblo, y con un pequeño subsidio que la gobernación del estado Guárico les otorgó a partir de 1909.

La experiencia de la Madre Candelaria, acumulada en 27 años al frente de ese centro hospitalario, motivó al padre Sixto Sosa, cura párroco del pueblo durante un largo período y ahora en su condición de Administrador Apostólico de la diócesis de Guayana, a solicitar su colaboración para la puesta en operación de instituciones hospitalarias. Para asumir esas nuevas responsabilidades, Susana Paz Castillo marchó a Ciudad Bolívar en 1930. Luego seguiría a Upata, desde donde pasó a los estados Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta, colaborando, en cada caso, en la inauguración y manejo de varios centros de salud; hasta su muerte ocurrida en Cumaná, en enero de 1940.

Las autoridades eclesiásticas de Venezuela tramitaron en el Vaticano la beatificación de la Madre Candelaria. El expediente fue favorablemente acogido y el acto de beatificación ocurrió el día 27 de abril de 2008 en el estadio de béisbol de la Ciudad Universitaria de Caracas, en un evento donde se estima asistieron unas 50.000 personas.

La electricidad venía de La Rubileña

En las horas finales de la tarde, uno de mis hermanos menores y yo leíamos suplementos en un chinchorro, cuando oímos la voz de nuestra madre:

—Pedro, recuerda que hoy te toca preparar las lámparas de carburo y, dentro de poco, va a anochecer. —Y enseguida agregó:

—Pero primero tienes que ir a la pulpería y, dile al señor Miguel Ángel, que me mande un litro de carburo, cuatro velas y dos cajas de fósforos. Que lo anote en la cuenta de tu papá.

Mis tres hermanos mayores y yo nos turnábamos para colocar el carburo y el agua en los depósitos de las dos lámparas que se encendían todas las noches, minutos antes de las 8:00. En muchos de los hogares del pueblo ocurría lo mismo, se prendía este útil artefacto al anochecer, a diferencia de lo que sucedía en los hogares de los más pobres, que se alumbraban con velas de cebo de fabricación local y, por supuesto, muy baratas.

Las lámparas de carburo que utilizábamos en aquellos años eran un producto artesanal muy sencillo, seguramente fabricadas por los latoneros del pueblo. Este práctico artefacto, utilizado en muchos lugares del mundo, sobre todo en las minas sub-

terráneas antes de la revolución de la energía eléctrica, producía una luz muy brillante al encender el pico por donde salía el gas acetileno, generada por la combustión del carburo al entrar en contacto con el agua. El carburo era un producto artificial, que se comercializaba en forma granulada.

La hacienda La Rubileña, motivo de esta crónica, era una pequeña finca que estuvo situada muy cerca del antiguo caserío Guanape. Ambos espacios están hoy cubiertos por las aguas de la represa de Guanapito, embalse distante unos cinco kilómetros de Altagracia de Orituco; pequeña presa que fue puesta en servicio en 1963.

La Rubileña fue, en el siglo XVIII, asiento de una plantación de cacao. Después de la Independencia, con la pérdida de los mercados internacionales para la almendra venezolana, fue transformada en una plantación de caña dulce, que producía, en los años de este relato, un papelón de muy buena calidad y el aguardiente La Rubileña que, según los expertos, era excelente. Por esa razón, fue muy demandado no sólo en los pueblos del valle de Orituco, sino también en poblaciones del Sur como Chaguaramas y El Sombrero, entre otras, donde alcanzó mucha fama.

En Altagracia, todo el pueblo y los jóvenes, en particular, conocíamos de su existencia, no por su papelón y mucho menos por su aguardiente. La mencionábamos diariamente porque desde allí nos llegaba la luz que posibilitaba nuestros juegos callejeros nocturnos, de 6:00 a 8:00 de la noche. Y cuando a esa hora cortaban la corriente, todos nos acordábamos de La Rubileña.

En esa hacienda estuvo instalada, desde el año 1927, una pequeña y primitiva turbina eléctrica, accionada por la fuerza del

río, que fue llevada a ese lugar por un empresario de nombre Arturo De Gregorio. Él invirtió su dinero y su esfuerzo en un negocio para aquellos años muy riesgoso.

En el libro del recordado amigo Rodrigo Infante, *La prole de Evaristo*, hay una minuciosa y excelente descripción de los grandes esfuerzos que hubo de realizar el señor De Gregorio, y su gente, para llevar una enorme rueda y demás equipos río arriba. Debí halarlos con yuntas de bueyes hasta su hacienda, en donde logró activar, contando con los servicios profesionales del señor Ángel Constant y utilizando la energía de las aguas del río Orituco, su novedosa planta hidroeléctrica. Por ello, los problemas en el suministro de electricidad al pueblo tenían que ver, casi siempre, con la escasez o abundancia de las aguas del río.

Arturo De Gregorio tenía un contrato con el Concejo Municipal de Altagracia por 350 bolívares mensuales, que cubrían el suministro de electricidad a 500 bombillos que medio iluminaban algunas de las principales calles del pueblo. Este primitivo sistema estuvo operativo hasta marzo de 1950, fecha en que fue puesta en operación una moderna planta, con la que se inició el suministro del fluido eléctrico en forma permanente a toda la población.

Eran las últimas horas de ese día sábado y me encontraba con mi hermano José y un grupo de compañeros de la escuela Ángel Moreno dentro del cine Ayacucho. Estábamos sentados en los bancos de la localidad más barata, llamada popularmente el *Gallinero*, donde teníamos cerca de una hora esperando que comenzara el rodaje de las películas. Para ese día, estaba anunciado el capítulo dos de la serie *La Garra de Hierro*, acompañado, como siempre, de una película de vaqueros, esta vez protagonizada por el actor estadounidense Tim McCoy.

Pasaba el tiempo y nada que comenzaba la proyección y el público, fastidiado, ya había iniciado algunas protestas. Los más exaltados empezaban a pitar. De pronto, se oyeron los gritos del operador saliendo de la cabina de proyección:

—¡Atención, ... señores! Se suspende la exhibición de hoy. El río tiene poca agua y en La Rubileña no han podido prender la planta eléctrica. Las entradas pueden ser utilizadas mañana domingo a la misma hora.

De inmediato se produjo una estampida, todo el público tratando de abandonar el local al mismo tiempo. Junto con mi hermano José, salimos tan rápido como pudimos, intentando regresar a nuestra casa antes de que la oscuridad total se adueñara de las calles.

¡Manuel, dile a don Pablo que los bistecs
sean de la carne más cara!

Era día jueves y me tocaba a mí buscar la carne antes de irme a la escuela. En esa tarea nos turnábamos mis hermanos mayores y yo. La misma consistía en ir diariamente, muy temprano, al mercado municipal, en donde mi tío paterno Pablo Castillo, hermano de mi abuela Carmela, tenía un *puesto*. Él era un viejo *pesador de ganado*, como llamaban a los carniceros en aquel lejano tiempo. Mi madre le enviaba, los viernes, la lista con el pedido diario para toda la semana.

—Pedro, dile a don Pablo que pase por aquí cuando regrese del mercado. —Me ordenó mi mamá cuando estaba a punto de salir.

Mi tío Pablo, con una sólida formación cristiana, asistía a las misas matinales los domingos y, al regresar a su hogar, sin faltar una vez, entraba a nuestra casa y desde el zaguán saludaba:

—Buenos días, María. ¿Cómo están los muchachos?

Y mi madre, que le tenía un gran afecto, le respondía cariñosa:

—Buenos días, don Pablo. Pase adelante para que se tome un cafecito.

El mercado público era uno de los lugares más concurridos de Altagracia. Claro, para comer carne fresca había que ir o mandar a alguien diariamente hasta allá, pues no contábamos con carnicerías, ni maneras de conservar los alimentos: no había neveras ni cavas, ya que sólo encendían la pequeña planta hidroeléctrica La Rubileña, que suministraba electricidad al pueblo, entre las 6:00 y las 8:00 de la noche.

La rutina para el suministro de la carne era la siguiente: el pesador llevaba las reses al matadero público, que estaba situado en el Sur, en la salida hacia Lezama. Desde allí, la carne era transportada en una carreta tirada por un caballo hasta el mercado. El expendio comenzaba cerca de las 5:00 de la mañana. Al mediodía, cuando ya no quedaban compradores, si el pesador no había logrado venderla toda, la única forma que tenía de conservarla era cubriéndola con sal; carne que, en los días sucesivos, era vendida como *carne salpresa*, por supuesto a mucho menor precio. Revisando papeles viejos de mi tío Pablo, encontré una descolorida lista: “Precios por kilo: Carne de primera Bs. 2,75. De segunda Bs. 2,25. Lagarto sin hueso Bs. 1,50, con hueso Bs. 0,75”. La nota no tenía señalado el año.

El mercado estaba situado, y aún lo está, en el mismo lugar de su fundación: en el cruce de la calle Bolívar y la Pellón y Palacios, en la esquina antiguamente conocida como El Cristo. Fue una modesta obra construida en la década de los 70 del siglo XIX, junto con el matadero, que estuvo situado al sur del cerro de Lucena.

Recordemos que, durante las décadas finales de ese siglo, en el Orituco se vivieron años de bonanza económica, gracias a los elevados precios que alcanzó el café en los mercados internacionales. Ello posibilitó que Rentas Municipales dispusiera

de recursos financieros extra, no sólo para poner en servicio el mercado y el matadero, sino también para ampliar algunas calles y reacondicionar otras, así como construir pequeños puentes de desagüe de las aguas de lluvia en las calles Ilustres Próceres y Gil Pulido. Hasta para empedrar algunas calles les alcanzó la plata.

El viejo mercado fue mejorado en 1931, reformado en 1937 y reconstruido totalmente en 1951. Durante esta última obra fue talado un hermoso y centenario tamarindo que florecía en el centro de esas instalaciones. Hoy recuerdo, con nostalgia que, a la sombra de ese frondoso árbol, en espacios pavimentados, los estudiantes de sexto grado realizábamos ejercicios físicos por las tardes, bajo la experta conducción del maestro Heriberto Saldivia.

Años antes, en 1948, si la memoria me es fiel, la escuela Ángel Moreno había sido mudada para la calle Ilustres Próceres, frente a la farmacia Nueva Esparta, a una cuadra del mercado municipal, lo que facilitaba que los estudiantes utilizáramos esos espacios para nuestras actividades físicas.

El viejo mercado, como comenté anteriormente, había sido modernizado en 1937. Sus nuevas instalaciones atraían a muchos compradores, lo cual puso en evidencia dos graves problemas que padecía la población: la pobreza extrema de buena parte de sus habitantes y la proliferación de perros *callejeros*. Efectivamente, al mercado concurría diariamente un numeroso grupo de limosneros en busca de alivio para sus carencias, en reñida competencia con una enorme cantidad de perros que merodeaban por sus espacios.

La primera calamidad, la mendicidad, no fue abordada. En ese tiempo, el Estado se ocupaba muy poco de los más pobres.

Por el contrario, el problema de los perros callejeros que circulaban fuera de control afectaba a todos pero, especialmente, a la élite social del pueblo, que urgió a las autoridades municipales a buscarle solución. La solicitud fue atendida rápidamente y, con el visto bueno de buena parte de la comunidad, el gobierno municipal decidió realizar una campaña de exterminio de perros *realengos*. Como resultado, diariamente por las tardes, salía un empleado municipal con una carretilla a recoger de las calles los perros envenenados. Al poco tiempo de su implementación, las protestas por esa bárbara práctica obligaron a las autoridades a derogar tan cruel decisión.

En el pueblo había un comerciante honesto, muy simpático y, sobre todo, buena persona, que además de rico tenía fama de pichirre. Su negocio operaba muy cerca de la plaza Bolívar y desde allí salía su único hijo, todos los días, al mercado a comprar la carne que, según las *malas lenguas*, era de las más baratas y, por su puesto, de las de menor calidad.

Al mercader le preocupaba mucho la fama de pichirre que le habían endilgado y, continuamente, intentaba contrarrestarla afirmando que él no era tacaño, sino una persona organizada y ahorrativa. Un día, cuando su hijo salió al mercado a buscar la carne, esperó que estuviera a mitad de la cuadra y, para que todos los vecinos oyeran, gritó a todo pulmón:

—¡Manuel, dile a don Pablo que los bistecs sean de la carne más cara!

VIERNES, 7 DE AGOSTO DE 1942

La *peligrosa* aventura de viajar a Caracas en invierno

Era día viernes muy temprano. Salía del cuarto donde dormía con dos de mis hermanos menores y oigo la voz de papá que me llama:

—Pedro, ven acá. Apúrate.

Él estaba en el comedor, había terminado de desayunar y, al acercarme, me dijo con su cara muy risueña:

—Prepárate. El lunes nos vamos para Caracas en el autocamión de Martín Pérez. —De la alegría pegué un grito, lo abracé y le dije:

—¿De verdad? —Y salí corriendo a comentarlo con mis hermanos.

Viajar a Caracas en los primeros años de la cuarta década del siglo XX era, en verdad, una *peligrosa aventura*. En efecto, los viajantes se arriesgaban a encontrar *crecidos* algunos de los más de 20 *pasos* de ríos y quebradas. Ello impedía cruzarlos en cualquier tipo de vehículo y, en consecuencia, tener que pernoctar en el automóvil a las orillas del curso de agua. Con suerte, el viaje podía durar hasta ocho horas y, sin ella, dos y más días.

En Altagracia, en aquellos años, había pocos vehículos de pasajeros. La mayoría de los que circulaban en el pueblo eran camiones y camionetas. Para ir a Caracas en invierno había sólo dos transportes: el autocamión de Martín Pérez y el autobús de Guillermo Hurtado.

Mi padre, que por requerimientos de sus actividades comerciales tenía que viajar dos o tres veces al año a Caracas, decidió hacerse acompañar, en las vacaciones escolares de agosto, por cada uno de sus siete hijos. Mis hermanos mayores ya habían consumido su turno. Ese año me tocaba a mí.

El domingo antes del viaje no llovió, eso nos permitió atravesar fácilmente el Orituco el día lunes a las 4:00 de la madrugada. Pero no tuvimos la misma suerte con el río Memo, donde ya había varios carros detenidos en ambos lados cuando llegamos. Allí estuvimos esperando que las aguas bajaran durante unas dos o tres horas. En ese lugar, presenciábamos cómo un vehículo negro, marca Chevrolet, se arriesgó a cruzarlo y se quedó varado en medio de la corriente. Uno de los choferes comentó cerca de nosotros:

—Esa limosina es de la gobernación del estado Guárico.

En la orilla, donde nos encontrábamos, había más de 20 personas, la mayoría choferes y uno de ellos afirmó:

—Seguro que se le mojaron la distribución y las bujías.

Una hora más tarde nos tocó el turno, y cruzamos la corriente sin más contratiempos.

El río Taguay no estaba crecido y, al igual que el Carmen de Cura, no nos dio problemas. Minutos después de vadear este último, atravesamos el pueblo que lleva ese mismo nombre, poblado de ruinas entre las que destacaban los paredones de la iglesia, derruidos por el tiempo y tal vez la desidia y que,

por sus grandes dimensiones, invitaba a rememorar viejos tiempos de esplendor.

El río Camatagua, el más caudaloso de toda la travesía, a decir del conductor del autocamión, estaba crecido y había muchos conductores esperando desde el día anterior a que las aguas bajaran. Allí estuvimos unas tres horas, hasta que nos tocó el turno de pasar con la ayuda de un camión, al que le colocaron cadenas en las ruedas. Lo hicieron porque el problema era la arena floja en el lecho del río que, arrastrada por la creciente, hacía que los carros se atascaran. Entramos al pueblo de Camatagua y allí almorzamos.

Varias horas antes habíamos desayunado, dentro del vehículo, con unas sabrosas arepas de budare rellenas con queso de mano, que nos había preparado mi madre como bastimento. En el modesto restaurante, tuvimos la oportunidad de oír chistes y anécdotas de todo tipo. Durante la comida, nuestro conductor se mostró optimista y afirmó, categórico, que antes de las 8:00 de la noche llegaríamos a Caracas, explicando que de Camatagua en adelante la carretera no tenía obstáculos que nos pudieran detener.

Esas comidas en los restaurantes de carretera propiciaban que, entre los pasajeros y choferes, se intercambiaran chistes, anécdotas y se profundizaran las relaciones humanas. En esta ocasión, fue nuestro conductor quien contó un viejo chiste referido a estas eventualidades. Habló del supuesto telegrama que el conductor de un camión le envió a su patrón desde Camatagua. Su jefe le había dado un bolívar para pagar el mensaje, donde debía informarle sobre las peripecias del viaje. El vehículo iba cargado con sacos de café y, más arriba, coronando la carga, llevaba dos guacales con gallinas. Con el bolívar, el po-

bre hombre sólo alcanzó a escribir estas pocas palabras: “Carga y camión a salvo, gallinas vía Orinoco. Ramón”.

Atravesamos otras dos corrientes de agua sin mayores inconvenientes y, dejando atrás San Casimiro y Cúa, llegamos a Charallave. De allí hasta Caracas la carretera era más ancha y estaba pavimentada. Además, el paisaje entre Charallave y la cortada del Guayabo era realmente hermoso: innumerables chorros de agua que salían de los pliegues de la montaña para correr libremente sobre la calzada.

De la cortada del Guayabo en adelante la vía se hacía más expedita. Logramos alcanzar el pueblo de El Valle antes de las 7:00 de la noche, después de atravesar los cañaverales de la hacienda Coche. Finalizamos aquella *peligrosa aventura*, después de 16 horas de viaje, en la puerta de la pensión de doña Yolanda, situada de Abanico a Maturín 11, en pleno centro de Caracas.

Para los niños de aquella época, conocer Caracas era como haber viajado al Paraíso. A pesar de los peligros del viaje, todos queríamos ir a la capital, y cuando a alguno de los compañeros de la escuela se le ocurría hacer ostentación de una lujosa ropa o un costoso juguete que le habían regalado sus padres, alguno de los presentes, con mucha picardía, le respondía:

—Pero no conoces Caracas.

¡Ahí viene un italiano pepito!

El día viernes antes del Carnaval, alrededor de las 4:00 de la tarde, cuando salíamos de la escuela Ángel Moreno, mi amigo Rafael vuelve a insistir:

—Oye vale, ánimate y disfrázate con nosotros en estos Carnavales.

—Entiéndeme Rafael, es que no me gusta disfrazarme, y de *mamarracho* mucho menos. Está bien, te voy a acompañar... pero sin disfraz.

Durante varios días de la semana previa a las festividades carnestolendas, mi amigo me había invitado para que me incorporara con ellos en una comparsa de *mamarrachos* que estaban planificando varias familias de la calle Rondón, donde él vivía.

El Carnaval en Altagracia, como creo que ocurre en la mayoría de los pueblos de Venezuela, tiene una larga tradición que se remonta a la época colonial. Llegó a la América del Sur con los invasores españoles. En Altagracia, en los años de estos breves relatos, eran festividades con mucho pueblo, que en sus tres primeras jornadas llenaba, durante el día, las aceras de las

calles por donde pasaban los desfiles de disfraces y, por la noche, desbordaba la plaza Bolívar.

En horas de la tarde, las familias que vivían en la zona central, las de mayores recursos económicos –hoy diríamos los integrantes de la élite social del pueblo–, organizaban modestas comparsas, la mayoría con disfraces de *mamarrachos*, es decir, hechos con ropas viejas para tratar de ocultar la identidad. Entre estos disfraces se encontraban los de limosnero o de espan-tapájaros, entre otros, pero el más popular era el de viejita. Las comparsas recorrían las principales calles del pueblo, lanzando caramelos a los niños que miraban desde las aceras. Algunas de esas comparsas también hacían *visitas* casa por casa a familiares y amigos. En esas ocasiones, ya para entonces era muy popular la frase: “¿A que no me conoces?”

Durante las caminatas, el pueblo pobre que vivía en las *afue-ras*, como siempre, también tenía mucha participación, aunque de una manera, vamos a llamarla, indirecta: como mirones de las comparsas desde las aceras. Pero en las noches, la cosa cambiaba por completo, era ese pueblo el que tomaba el protagonismo en las tres retretas que se realizaban en la plaza Bolívar. Éstas eran amenizadas por la banda Padre Sojo, siempre bajo la dirección del recordado maestro José Calixto Morín. Las retretas, junto con el encendido de fuegos artificiales, convocaban a cientos de gracitanos. Desde el anochecer, la plaza se llenaba de pueblo. Era una bonita fiesta en donde participábamos todos. Durante las tres noches de retretas –sábado, domingo y lunes–, la iluminación de las calles del pueblo se prolongaba unas horas más, de acuerdo a la programación. El martes, a partir de las 8:00 de la noche, volvían a imperar la oscuridad y el silencio.

Pero simultáneamente con las fiestas populares en las calles y en la plaza Bolívar, se programaban dos o tres *bailes de gala* en las casas de familias *distinguidas y bonchonas* del pueblo, o en el club Orituco. A ellas sólo se podía acceder con invitaciones especiales, distribuidas por la junta promotora de las festividades. A esos bailes también concurrían algunos pobladores de *las afueras*, pero como mirones, desde los balaustres de los ventanales de los salones donde se realizaran los saraos.

El martes de Carnaval se iniciaba la locura. Desde la media mañana se comenzaban a ver pequeños grupos, sobre todo de jóvenes, que iniciaban el juego con agua. Pero por la tarde era la locura total, no sólo eran jóvenes y niños entregados al juego con agua, sino que se veía gente mayor, incluso viejos, participando en esa riesgosa diversión.

Después del mediodía la situación era caótica: grupos de ocho o más personas, la mayoría jóvenes y hasta niños, recorriendo las calles, mojando a quien encontraran a su paso. Camiones de barandas con gente y tatusos con agua sobre la plataforma, recorriendo las calles y mojando a quienes tuvieran la osadía de salir de sus casas. Los comercios, todos cerrados y las calles desoladas. En fin, el pueblo en manos de la barbarie.

Esta insólita situación traía indeseables secuelas: conflictos entre vecinos, amigos que se distanciaban y riñas callejeras con saldo de heridos y golpeados. La gran mayoría de las familias se encerraban en sus casas durante todo el día. Entre ellas la mía.

Al pueblo llegaban durante todo el año *agentes viajeros*, representantes de casas mayoristas de Caracas que venían a tomar los pedidos de los comerciantes locales. Uno de estos vendedores, ignorante de la bárbara costumbre del juego con agua, salió a media mañana del hotel Bolívar, cuando todavía

no había arreciado el *aguacero*, e iba por la calle Ilustres Próceres muy alegre a cumplir con su labor. Cuando se acercaba a la tienda del señor Ubaldo Armas, se oyó un grito que salió de un grupito que estaba escondido en la esquina:

—¡Ahí viene un italiano pepito!

El pobre hombre, *más criollo que una arepa de budare*, regresó al hotel empapado. Y entre protestas y maldiciones se le oyó afirmar, con mucha rabia:

—Juro que más nunca volveré a este pueblo de salvajes.

El juego de vaqueros en el cerro Peña de Mota

Era día sábado y salíamos de la escuela Ángel Moreno. En medio del bullicio, Rafael, un compañero del segundo grado, me pregunta:

—¿Vas a jugar vaqueros esta tarde?

—¡Claro! Allá nos vemos.

En aquellos años, no había *genios* de la informática inventando juegos para idiotizar a los niños, perdón para distraer a los niños, pero nosotros nos las ingeniábamos para divertirnos con lo que teníamos a mano.

Como no había parques infantiles, sólo disponíamos del parque Sucre, donde picábamos trompo y jugábamos metras, así como del cerro de Las Iguanitas para volar papagayos. También contábamos con el pequeño parque Sendrea y sus calles aledañas, donde todos los días después de las 6:00 de la tarde jugábamos, a pesar del hostigamiento de la policía, ladrón librao, policías y ladrones y las 40 matas.

Los sábados era otra cosa: el cine Ayacucho proyectaba, en funciones vespertinas, películas estadounidenses de acción en series de 10 o más capítulos, que siempre venían acompa-

ñadas por una cinta de vaqueros, las llamadas *westerns*. Entre las series, la que mayor impacto nos produjo fue *La garra de hierro* y, entre los actores norteamericanos más conocidos por nosotros estuvieron los *cowboys* Tom Tiler, Tim McCoy y Tom Mix.

Atiborrados como estábamos de cintas de vaqueros, un día se nos ocurrió protagonizar nuestras propias películas. Fue así como un sábado nos convocamos para la plaza Bolívar y, desde allí, ese mismo día, un grupo como de unos 12 compañeros, casi todos del segundo grado, decidimos *invadir* el cerro Peña de Mota. Allí nos dividimos en dos grupos: los buenos y los bandidos. Entre los compañeros que recuerdo estuvimos ese primer día allí estaban Getulio Carballo, Genarito García, Rafael González, Luis Guglietta, Plutarco Pérez, Efraín García, Jesús Díaz, Carlos Valedón y Chucho Valedón.

El cerro Peña de Mota, pequeña colina rocosa de escasa y menuda vegetación, que desde siempre ha formado parte del paisaje urbano de Altagracia, tenía unos pocos ranchitos en aquellos lejanos años, donde vivía gente humilde y trabajadora. Apenas estrechas picas que ascendían entre los vericuetos y zanjones, esquivando rocas y desniveles, eran los senderos que se habían labrado los propios vecinos para llegar a sus casas.

La única vía expedita para subir era el estrecho, pero rectilíneo, camino continuación de la calle Chapaiguana, construido a raíz de la erección de la cruz de Peña de Mota, con motivo del primer centenario del 19 de abril de 1810. Por allí ascendimos hasta el pie del enorme y emblemático monumento y, en asamblea, *ratificamos por unanimidad* los dos bandos mencionados: los buenos y los bandidos, cada grupo con su jefe, es decir, el *muchacho* y el *jefe de los bandidos*.

Trascurrieron tres o cuatro semanas y cada vez había más *vaqueros* queriendo ingresar al *staff* de protagonistas, aun cuando fuera en el papel de *bandidos*. Por supuesto, todos queríamos formar parte de los *buenos*, que se suponía siempre debían ganar.

Después de varias semanas de intensos *rodajes*, lamentablemente hubo un error en el *guión* de aquel día en particular. El grupo de los *bandidos*, comandado ese sábado por Jesús Díaz, hizo prisionero al *muchacho*, cuyo papel correspondió esa semana a Luis Guglietta, a quien habían hecho *camán*, es decir, lo habían hecho preso: le amarraron las manos y lo acostaron al borde de una enorme roca con una pequeña laja guindándole del cuello.

Por fortuna, los *buenos* logramos liberar del suplicio al *muchacho*, pero desde ese día se terminó la *filmación* de películas. Los padres del prisionero descubrieron que el método utilizado para mantenerlo retenido le produjo un enrojecimiento en el cuello, por efecto del roce de la cuerda, y pasaron la alarmante novedad al resto de los padres. A partir de aquel día, a todos nos prohibieron *actuar* en nuevas películas de *cowboys*.

Alpargatas pa' todo el mundo

Eran cerca de las 8:00 de la mañana del domingo y estábamos arreglándonos, apremiados por mamá, para asistir a la misa dominical.

—Apúrense, ya las campanas dieron segundo, vamos a llegar con la misa empezada. —Y clavando su mirada en mis pies, dijo con voz de alarma—: ¡Y tú todavía no te has puesto los zapatos! Recuerden que les he dicho muchas veces que no me gusta que vayan a la iglesia en alpargatas.

Esperanzado le contesté:

—Pero mamá, estas alpargatas están nuevitas. Recuerda que ayer me mandaste a donde el señor Miguel Ángel.

Efectivamente, mi madre el sábado en la mañana cuando vio mis alpargatas un poco rotas, me dijo:

—Dile al señor Miguel Ángel que te dé unas alpargatas y que se las anote en la cuenta a tu papá.

La pulpería de Miguel Ángel Méndez estaba situada casi enfrente de la entrada de nuestra casa, en la calle José Martí, en un local que hacía esquina con la calle Bolívar.

A mí me gustaba andar en alpargatas, además, estaba obstinado de los zapatos que me apretaban en el dedo gordo del pie

izquierdo, y con esa molestia tenía que ponérmelos todos los días para ir a la escuela.

A la iglesia entramos por la puerta principal, y nos situamos detrás del gentío que ya se amontonaba allí. En su mayoría eran campesinos, que se reconocían fácilmente por su vestimenta: los hombres, casi todos con ropa blanca y con el sombrero de cogollo en las manos, las mujeres, con sus hermosos trajes de flores multicolores y, todos, mujeres y hombres calzando alpargatas.

De pronto oímos una quejosa voz femenina delante de nosotros, que casi en susurro le dijo a su pareja:

—Francisco, mi amor, vámonos para la nave de la derecha, aquí lo que hay es puro *alpargatío*.

Éste era uno de los vocablos despectivos que, junto con *tierruós* y *patas en el suelo*, utilizaban con cierta insistencia algunos de los integrantes de los grupos de mayores ingresos económicos para referirse, en forma peyorativa y discriminatoria, a los campesinos que, con mucha frecuencia, venían al pueblo, especialmente los domingos para asistir a la misa.

Altagracia de Orituco siempre ha estado rodeada de aldeas campesinas, cuyos habitantes venían asiduamente al pueblo, muchos de ellos con sus burros cargados con los frutos que cosechaban para venderlos y, luego, hacer sus compras de ropa, alpargatas y otros bienes. Pero muchos otros llegaban conduciendo los arreos de mulas y machos que transportaban el café, el papelón y otros rubros, desde las haciendas aledañas hasta las casas comercializadoras y a las empresas beneficiadoras del grano, las mal llamadas *oficinas*. Esta realidad hacía que las calles del pueblo, a diario, se vieran muy concurridas por humildes trabajadores fácilmente identificables por su calzado y vestimenta.

Los días de celebraciones religiosas y populares, así como los domingos, su presencia era mucho más notable. Aunque no eran únicamente los campesinos los que usaban alpargatas a diario, muchos adultos residentes en el pueblo, incluso algunos con cierta posición económica, calzaban orgullosos sus alpargatas, que mandaban a confeccionar con coloridos y artísticos tejidos en sus capelladas. Y para la mayoría de los niños, era lo que usaban todos los días.

El uso masivo de este calzado no sólo generaba una de las industrias artesanales más prósperas de aquellos años, la fabricación de alpargatas, sino que también propiciaba un activo comercio que abastecía a los pueblos del valle y otras localidades situadas al sur. En efecto, cientos de mujeres y hombres basaban el sostenimiento de sus familias en los modestos ingresos que les proporcionaba la fabricación de alpargatas, especialmente lo ganado con el tejido de las capelladas y las taloneras, artesanía que realizaban en sus hogares mayoritariamente mujeres, en pequeñas *mesitas tejedoras* o en telares triangulares. Los comerciantes del ramo, hoy diríamos los emprendedores, suministraban a las tejedoras los telares semi-mecánicos o los triangulares y la materia prima: el pabilo.

A la par del tejido de las capelladas y taloneras, había decenas de pequeños talleres que también dependían de los pequeños empresarios, en donde los *pegadores de alpargatas*, fijaban la *capellá* y las *taloneras* a las suelas, sobre hormas, y remataban la fabricación de estos calzados. La suela para las alpargatas la adquirían los empresarios en las tenerías de Caracas y del centro del país, y una pequeña porción era suplida por el señor Rosalio Mora. Sus cueros eran producidos en una pequeña curtiembre de su propiedad, que operaba hacia el sur en las

afueras del pueblo. Si no recuerdo mal, quedaba cerca de un lugar llamado el cerro del Burro.

El tejido de las capelladas daba oportunidad para que, en todo el país, pero especialmente en los Andes, las tejedoras crearan auténticas obras de arte popular que, en muchas ocasiones, fueron objeto de exposiciones en salones de arte y, en algunas oportunidades, galardonadas con reconocimientos internacionales.

La biblioteca Antonio Chacón

El profesor de geografía hacía una amena e interesante exposición sobre la estructura geológica del valle del Orituco. Y matizando un tanto su discurso, hizo referencia a la belleza natural de los morros de Macaira y del cerro El Diamante. De repente, desde el fondo del salón, un alumno lo interrumpe y le pregunta de sopetón:

—Profesor, ¿es verdad que en el cerro El Diamante hubo una mina de oro?

Luego de permanecer varios segundos en silencio, el profesor le responde:

—Aun cuando tu pregunta no tiene nada que ver con el tema que estoy tratando, te voy a responder con lo poco que conozco de ese asunto: cuando los invasores españoles llegaron al Orituco nació la leyenda del *oro en Orituco*. Esa narración hablaba de la existencia de minas del metal amarillo no sólo en El Diamante sino también en los morros de Macaira, en las quebradas de Quere y Apamate y en otros lugares. Es más, algunos de esos supuestos yacimientos de oro tuvieron nombres: las minas de Chacón y las del capitán Silva. Con el tiempo,

todo se redujo a la leyenda del oro en Orituco. Justamente, en estos años ha estado un geólogo ruso, enviado por el recién creado Ministerio de Minas e Hidrocarburos, creo que se apellida Evanoff, haciendo los estudios geológicos de la zona y, hasta lo que conozco de su investigación, no hay rastros de oro. Mi conclusión es que aquí no hay ni hubo minas de ese mineral.

El cerro El Diamante es una pequeña elevación situada al nororiente de Altagracia de Orituco. Tiene forma de tetilla, muy simétrica, y la particularidad de que puede ser observado desde cualquier lugar del pueblo. Podríamos afirmar, tratando de imitar al poeta, que es un silencioso y hermoso centinela que nos ha vigilado desde siempre. En él se han inspirado muchos poetas, así que son numerosos los versos que exaltan su indiscutible belleza.

A partir de esa clase de geografía surgió, en varios de los alumnos de ese curso, la idea de realizar una *expedición* al cerro El Diamante, no para buscar la mina de oro, como podría sospecharse, sino para certificar los versos del poeta, mirar el cerro desde sus cercanías y disfrutar de sus encantos. Esa propuesta germinó, y un par de semanas más tarde, un día domingo, un grupo numeroso de estudiantes del liceo Ramón Buenahora se *aventuró* a realizar una visita al hermoso promontorio. Como resultado de esa excursión, que se prolongó muchas horas de un día soleado y caluroso, lamentablemente falleció el excelente alumno Antonio Chacín, quien, según comentarios de sus compañeros, tenía problemas en la piel. Si mal no recuerdo eran los primeros meses del año 1952.

Coincidiendo con esos sucesos, ese mismo año el ambiente político del país se estaba recalentando después de conocerse la intensión de Pérez Jiménez de legitimarse en el poder. Recordemos que el 24 de noviembre de 1948 un grupo de mili-

tares había derrocado al presidente Rómulo Gallegos, electo democráticamente en diciembre del año anterior, e instaurado una Junta Militar de Gobierno, encabezada por Carlos Delgado Chalbaud, quien muere cuando intentaron secuestrarlo en el año 1950. De inmediato, nombraron una junta de gobierno provisional encabezada por el abogado Germán Suárez Flamerich, pero el hombre fuerte pasó a ser Marcos Pérez Jiménez, quien pretendió legalizar su gobierno despótico convocando a elecciones para una Asamblea Constituyente, comicios que se realizaron en noviembre de 1952.

A la par de la agitación política que se vivía aquel año, desde hacía varios meses un pequeño grupo de estudiantes del liceo venía trabajando en el loable plan de fundar una biblioteca pública, para prestar servicios no sólo a los estudiantes del liceo, sino que también pudiera servir a la comunidad. En fin, era un proyecto muy bonito, que felizmente pudo cristalizar gracias al esfuerzo y tenacidad de los estudiantes del liceo Ramón Buena-hora.

La concreción de esta idea coincidió con el fallecimiento del alumno Antonio Chacín, por lo que sus promotores decidieron, por unanimidad, darle su nombre. Esta iniciativa cultural se mantuvo en actividad durante varios años, en un local situado en la calle Ilustres Próceres cruce con la Chapaiguana, frente al antiguo hotel Bolívar. Allí se turnaban estudiantes del liceo en guardias matutinas y en las últimas horas de la tarde. Entre los alumnos que fueron motores de esa hermosa propuesta recuerdo a Diógenes y Oscar Martínez, Juan Calzadilla, Luis López Garcés, Luis Pérez, Luis Guglietta y Efraín García, entre otros.

Como referí anteriormente, la actividad política invadía la vida cotidiana de los venezolanos y los estudiantes del liceo de

Altagracia no escaparon a esa realidad, por lo que muchos de los promotores de la biblioteca también participaron en el quehacer político de aquellos años. Ello dio por resultado que el local del naciente ente cultural sirviera de sede para las reuniones donde se planificaron y realizaron varias de las acciones que contribuyeron a la derrota de las aspiraciones continuistas de Pérez Jiménez.

En efecto, las fuerzas democráticas del país vencieron ampliamente al dictador, pero a través de la violencia, el terror y el desconocimiento de la voluntad del pueblo, una asamblea espuria confirmó al dictador como Presidente Constitucional el 19 de abril de 1953. Después de consolidada la dictadura, en varias ocasiones el local de la biblioteca fue allanado por los agentes de la Seguridad Nacional, incluso fue clausurada en una oportunidad.

La biblioteca Antonio Chacín fue otro ejemplo del esfuerzo creador de la juventud estudiosa de aquel tiempo que, a pesar de los obstáculos y peligros que tuvo que enfrentar, desarrolló una labor cultural encomiable durante varios años. Es oportuno recordar que, en 1953, en el liceo Ramón Buenahora se realizó un campeonato de voleibol con el nombre de Biblioteca Antonio Chacín, como reconocimiento al desinteresado y loable esfuerzo realizado por los estudiantes.

JUEVES, 9 DE OCTUBRE DE 1941

El río llegó a La Playera

Había llovido con mucha intensidad durante toda la noche y, aún en las primeras horas de la mañana, continuaba cayendo agua, pero con menor fuerza. Mi madre, como todos los días, me apremiaba para que saliera pronto hacia la escuela, junto a mis hermanos, y no llegáramos retrasados a la clase. Faltaban pocos minutos para las 8:00 y, no obstante vivir a cuadra y media de la escuela Ángel Moreno, situada al lado del parque Sucre, tendríamos que correr para no llegar tarde.

A esa hora sonaba la campana para que los alumnos, previamente formados en filas en el patio de recreo, entráramos a las aulas. Los que llegaban después de las 8:00, en la mañana, y después de las 2:00, en la tarde, eran anotados en una lista y sometidos a sanciones que consistían en salir entre los últimos, o en permanecer en el aula unos minutos extras después de la 11:00 y de las 4:00, las horas del *despacho*.

Casi siempre llegaba temprano, pero ese día la cosa se me complicó: en la calle Rondón, una cuadra antes de llegar a la escuela, frente a la tienda de Alfonso D'Gregorio, me esperaban dos integrantes de mi curso. Uno de mis hermanos mayores y

yo íbamos corriendo para no llegar tarde y, al vernos, uno de los compañeros me gritó:

—El río llegó a La Playera, vámonos p'allá.

Sin pensarlo dos veces, pese a la férrea oposición de mi hermano y sin medir las consecuencias, acepté la invitación y me fui corriendo con mis amigos a disfrutar de aquel inesperado suceso. Bajamos por la calle Ilustres Próceres y desembocamos en La Playera, donde había una verdadera muchedumbre, integrada sobre todo por niños, la mayoría de ellos compañeros de la escuela.

La situación era impresionante, las aguas cubrían un área que se extendía desde los bambúes de La Quinta y el comienzo del callejón de La Fortuna hasta la otra orilla, invadiendo el piso del botiquín de Soledad Perdomo, que ocupaba la primera casa de la calle Ilustres Próceres, al lado de la gallera. El río se había salido de su cauce e inundado el amplio espacio conocido como La Playera. Los vecinos del lugar y los hombres más viejos afirmaban que era la primera vez que aquello ocurría, nunca antes el río, en sus crecientes anuales, había llegado hasta el pueblo. El torrente de aguas oscuras que se veía a lo lejos, en la zona del cause, arrastraba ramas, troncos, muchos residuos vegetales arrancados de las riberas, y alguno que otro animal muerto.

Los muchachos gozábamos del espectáculo y hacíamos apuestas, colocando señales en los lugares hasta dónde cada uno pensaba llegarían las aguas.

—¿Y si las aguas siguen subiendo y se meten por las calles del pueblo? —decía uno de los más pequeños.

A lo que respondió otro más grande:

—Tú pareces pendejo, ¿no sabes que eso es imposible?

En efecto, al norte del pueblo se alza Peña de Mota, pequeña serranía que remata abruptamente en la orilla este del río, lo que constituye una barrera natural que protege el poblado del embate de la corriente. Al llegar a ese punto, justo en el paso de la Susana, las aguas del río se estrellan contra la punta del cerro, que es una roca, y son desviadas hacia el suroeste, alejándose de La Playera y chocando con el barrancón poblado de bambúes, que es el lindero de la hacienda La Quinta. Era materialmente imposible que el río pudiera penetrar por las calles del pueblo, lo más grave que podría ocurrir era que invadiera La Playera, tal como estaba sucediendo. Esto de las crecidas del río ocurría antes de 1959, año de inicio de la construcción de la represa de Guanapito. Después de su inauguración en 1963, su caudal quedó definitivamente controlado.

El tiempo pasó sin darnos cuenta, era cerca de la 1:00 de la tarde y nosotros permanecíamos esperando que disminuyera la fuerza del torrente, para ver pasar los carros que estaban detenidos en ambas orillas. Ya las aguas habían vuelto a su cauce y los que quedábamos nos acercamos a la orilla. Los vecinos del caserío Botalón fueron los primeros en vadearlo en uno y otro sentido, e indicaron a los conductores de los camiones los sitios más convenientes para atravesarlo. Los choferes después de acondicionar sus vehículos, quitando la mariposa del radiador y protegiendo con sacos las bujías y la distribución, se lanzaban al río buscando los sitios de aguas menos profundas, y desechando los lugares en donde hubiera piedras grandes o arena floja en la que pudieran atascarse los vehículos.

El cruce del río lo iniciaron dos camiones varados del lado de Botalón, logrando pasar sin mayores inconvenientes. Al intentarlo el autobús de Guillermo Hurtado, éste quedó atascado en

el centro del torrente. Se había hundido en la arena que la creciente había depositado en el lecho del río. Hubo que esperar que las aguas bajaran un poco más y, después de mucho batallar, lograron remolcarlo con uno de los camiones que había logrado vadear la corriente.

A todas estas, ya eran cerca de las 2:00 y recordé que tenía que ir a la escuela por la tarde. Corrí a mi casa donde, con seguridad, me esperaba un severo castigo y, en el mejor de los casos, un buen regaño, por haber faltado a mis deberes. Pero los aceptaría con el regusto de haber disfrutado de los sucesos de un día verdaderamente inolvidable.

El castigo: además de un merecido regaño, no pude ir al cine durante dos fines de semana.

El cultivo del tabaco en Orituco

La abuela Carmela vivía a media cuadra de mi casa. Me gustaba visitarla porque ella era muy cariñosa conmigo y, en general, con todos sus nietos. Además, me contaba historias fabulosas de príncipes valientes, princesas encantadas, dragones y animales fantásticos. También porque su casa tenía un enorme patio con gallinas, cochinos y muchos árboles frutales.

Acostumbraba ir los sábados por las tardes y, siempre, la encontraba sentada frente a una mesita, al lado de la cocina, torciendo tabaquitos.

—La bendición, Carmela.

Todos sus nietos y sobrinos la llamábamos cariñosamente Carmela, ninguno le decía abuela ni tía.

—Dios me lo bendiga, lo ampare y lo favorezca.

Día a día, dedicaba varias horas a elaborar sus tabaquitos, que agrupaba en mazos de 25 piezas y luego vendía a los pulperos por un bolívar. Estos, a su vez, los detallaban a centavo cada unidad. Así como ella, en el pueblo había muchos vecinos, sobre todo personas mayores, que en sus casas hacían lo mismo: torcían tabaquitos. Era un oficio muy generalizado desde hacía largos años, seguramente desde la colonia, o antes.

Algunos gracitanos muy desinformados, sobre todo los más jóvenes, tenían la falsa idea de que el cultivo del tabaco llegó al Orituco a finales de los años 40 del siglo pasado, y que ello había ocurrido con la introducción del tabaco rubio por las empresas tabacaleras multinacionales. Pero no fue así, el tabaco, planta originaria de América, ya era utilizada por los pueblos autóctonos, que la empleaban en sus ceremonias religiosas y con fines curativos, seguramente desde hacía miles de años.

Luego de que los europeos invadieron América y descubrieron el tabaco, sus élites sociales y económicas se entusiasmaron con algunos de los usos que los indígenas americanos les daban a las hojas de esa planta. Esa práctica, o mejor, ese vicio de fumar, oler o masticar tabaco, en aquel tiempo, se hizo característica de una persona chic, vale decir elegante, de buen gusto.

Ese furor de las clases altas europeas por el tabaco dio nacimiento a un enorme y lucrativo comercio clandestino que, desde los primeros tiempos de la colonización, comenzó a realizarse desde las islas del Caribe y desde Venezuela. Comercio ilegal al que la monarquía española trató de poner fin en 1777, mediante la emisión de una real cédula que estableció el monopolio, por parte del Reino de España, sobre su siembra, tratamiento y comercialización, decisión mejor conocida como *Estanco del Tabaco*.

En el mandato real se establecía que en Venezuela sólo se permitiría la siembra de tabaco en: Cumanacoa, Caripe, Upata, Orituco, Turmero, Guanare, Barinas y La Grita. Por su parte, las autoridades del Orituco limitaron su cultivo a sólo tres zonas: San Miguel, Macayra y Punteral de Lezama. Los plantadores autorizados, a quienes las autoridades llamaban *encor-*

dados, debían entregar todas las hojas debidamente tratadas en los depósitos del estanco.

Para poder cumplir con esta última disposición, se construyó una casona frente a la plaza Mayor de San Rafael (hoy plaza Bolívar), para servir de sede a las oficinas y depósitos del estanco. Edificación que, por su estado ruinoso, fue reedificada en las últimas décadas del siglo pasado y utilizada hasta años recientes como asiento de los poderes municipales. En la nueva construcción, de forma intencional se dejaron a la vista muestras del grosor y solidez de las paredes originales. Los vecinos de Orituco, desde antaño, hemos identificado ese vetusto inmueble como *el almacén*.

Quienes cultivaran tabaco ilegalmente se arriesgaban a la destrucción de sus sembradíos, y a severos castigos ejecutados por los *guardias de volantes*, especie de policía montada que sembró el terror en los campos de nuestra comarca. Pero, a pesar de todas las amenazas y fuertes castigos, los guaiqueríos y el resto de gente pobre del Orituco siguió sembrando sus maticas a escondidas, como lo habían hecho siempre: en pequeñas parcelas, para su propio consumo y el de las comunidades donde residían. De esa forma, se pudieron perpetuar los viejos usos que los indígenas daban a esta planta.

En los años de este breve recuento histórico, primeros años de la década de 1940, el consumo de tabaco en todas sus *presentaciones*: tabaquitos para fumar, en pastas o ristras para mascar o en polvos para oler, se había incrementado en todo el Orituco. Y no eran sólo los descendientes de los guaiqueríos quienes lo consumían, sino que el vicio se había generalizado en todos los estratos de la población, sobre todo entre los habitantes de los campos y en los barrios pobres de las comunidades.

Para suplir esa enorme demanda, casi todas las pulperías, incluso en muchas de las tiendas, detallaban tabacos de mascar (media cura y cura negra), así como el chimó y tabaquitos. El de mascar lo traían de los campos en rollos de clinejas, y lo vendían por metros a los comerciantes, mientras que estos los detallaban por cuartas o por centímetros.

En esos años era muy frecuente ver en las aceras y las calles de Altagracia manchas oscuras, casi negras, eran los escupitajos de los mascadores de tabaco. Hoy, este último vicio aparentemente ha desaparecido, al menos en nuestros centros poblados.

Las misas de aguinaldo toman las calles

En la madrugada del 16 de diciembre de 1946, las campanas de la iglesia repicaban sin cesar, llamando a los feligreses a la primera misa de aguinaldo. Mi hermano José logró despertarme luego de varios intentos y yo, todavía medio dormido, le pregunté:

—¿Qué pasa?

—Despiértate... Ya comenzaron las misas de aguinaldo.

—No me importa, yo tengo mucho sueño. ¡Déjame dormir!

Insistió tanto que, al final, logró que me levantara, y nos fuimos con otros dos hermanos a la iglesia que quedaba a una cuadra de nuestra casa.

Estudiosos de los primeros siglos del cristianismo afirman que las campanas en las iglesias tienen un origen muy remoto: el siglo V después de Cristo. A América, por supuesto, llegaron junto con los invasores españoles. En el pueblo de Altagracia, fundado en 1704, seguramente hicieron su aparición después de la construcción del templo.

Comienzo refiriéndome a las campanas de la iglesia de mi pueblo porque no tengo la menor duda de que, desde siempre

y hasta hace muy pocos años, marcaron el ritmo del quehacer cotidiano de sus habitantes. De cierta manera sustituían el reloj, que en esos años era artículo de lujo, únicamente propiedad de los grandes hacendados, los ricos comerciantes y alguno que otro afortunado. Y es así como los toques de campana señalaban a los pobladores no sólo los tiempos para las misas, los rituales y las oraciones, sino que también servían para recordarles a los vecinos las horas de sus actividades diarias, incluso si nada tenían que ver con lo religioso.

Por ejemplo, los toques llamando a la misa de las primeras horas de la mañana indicaban el comienzo de las faenas. El toque de las 8:00, el inicio de clases en las escuelas; el del mediodía, que había llegado la hora del descanso. Y uno muy especial: las campanadas llamando a la oración de las 8:00 de la noche, que difundían un indeseable mensaje pues, al finalizar el último tañido, la pequeña planta hidroeléctrica La Rubileña cortaría el suministro de electricidad y el pueblo quedaría sumido en tinieblas. Si las campanas las echaban al vuelo, la señal era de peligro, como en el caso de un incendio. Y no podía faltar la nota triste: doblaban anunciando la muerte de un vecino.

Pero retornando a las misas de aguinaldo, que es el asunto de esta breve crónica: según los expertos, estas celebraciones tienen un largo historial. Algunos con frecuencia afirman que México fue su cuna en tiempos coloniales, con el fin de homenajear, con cánticos y plegarias, a la Virgen María que iniciaba los meses de gestación del Niño Dios. Son nueve días que corresponden a los nueve meses del embarazo: desde el 15 hasta el 24 de diciembre, en los cuales los cristianos rinden homenaje a la Virgen con música (villancicos y aguinaldos) hasta el día de la Navidad. Otros afirman que los aguinaldos son la variante

criolla de los villancicos que cantaban en las iglesias de Europa, y que surgieron simultáneamente en las iglesias de muchos países de América.

En Altagracia de Orituco, esta festividad seguramente se celebraba desde los tiempos coloniales, pero siempre estuvo restringida a los católicos más consecuentes, y era un ritual que se celebraba dentro de los muros de la iglesia. En la década de los años 40 del siglo XX, se produjo un revolucionario cambio en esa tradición, y las misas de aguinaldo tomaron la calle. En efecto, ocurrió que la celebración no fue sólo dentro de la iglesia, sino que los *aguinalderos*, después de terminada la misa, salían a las calles con sus cuatros, sus maracas y sus tambores, y la transformaron en una festividad popular.

Recuerdo que, en esos años, después del llamado de las campanas, mucha gente, sobre todo jóvenes y niños, nos concentrábamos en el frontispicio de la iglesia y en los espacios aledaños a la plaza Bolívar. Desde allí, después de terminados los oficios religiosos, salíamos en parrandas por las calles del pueblo y, mientras tanto, un grupo minoritario de jóvenes realizaba *patinatas* en el parque Sucre y en algunas calles donde el pavimento se los permitiera. Es probable que esta novedosa diversión fuera por imitación de lo que ocurría en Caracas, donde las avenidas y calles de sus principales urbanizaciones se convertían, durante esos nueve días, en pista para cientos, tal vez miles, de patinadores.

En Altagracia, después de que finalizaban las misas y las parrandas de aguinaldo, ya amaneciendo, ocurría algo novedoso: jóvenes y viejos haciendo cola para disfrutar de las inigualables arepitas fritas de la señora Carmen Julia, que vivía cerca del mercado municipal.

Recuerdo que en aquellos años se escuchaban con frecuencia los versos de un famoso aguinaldo recopilado por el maestro Vicente Emilio Sojo:

“Tun tun

¿Quién es?

Gente de paz

Ábrannos la puerta, que ya es Navidad”.

Las fiestas patronales de San Rafael de Orituco

Era día viernes por la tarde, estábamos a punto de salir hacia el vecino pueblo de San Rafael, para participar en sus fiestas patronales. Ya el motor del *colepato* estaba encendido, sólo esperábamos por Félix, el hermano mayor. Ante la demora en salir, mi padre lo apremió, tocó dos veces la corneta y le gritó:

—¡Apúrate Félix, se nos hace tarde!

El vehículo donde iríamos, un Ford 31, el *colepato*, era un cacharrito que mi padre había adquirido mediante un cambalache con un agente viajero de la casa Blohm, con la latonería bastante maltrecha, pero con la máquina en buen estado. En el asiento delantero, acompañarían al viejo los dos hermanos mayores, y en la cajuela iríamos tres de los menores.

Mi padre era experto en la fabricación de bombas de papel y en el manejo de fuegos artificiales, por lo cual todos los años era el responsable de la administración de ese divertimento en las festividades patronales de Altagracia. Ello le permitió, ese año, reservar unos cuantos globos de papel y algunos cohetes, para elevarlos en la plaza Bolívar del vecino pueblo durante sus celebraciones patronales.

Altagracia y San Rafael son dos pequeños poblados situados al nororiente del estado Guárico, que están a sólo 5 kilómetros de distancia el uno del otro. Nacieron en fechas muy cercanas y han tenido un desarrollo histórico compartido, pero diferenciado. Tal vez podríamos afirmar que se trata de pueblos morochos. Además, hay otro detalle que los une: las fiestas patronales. Las de Altagracia son el 29 de septiembre, día de San Miguel, y las de San Rafael el 24 de octubre.

Estando tan próximas las dos festividades, y tan cerca los poblados, muchos vecinos de Altagracia, los más entusiastas y *bonchones*, empataban las dos celebraciones. Por esa circunstancia, el día de San Rafael, entre los dos pueblos, había un continuo trajinar de automóviles por la carretera y gente a pie por la costa del río, sobre todo en horas de la tarde. Además del autobús de Guillermo Hurtado, que no paraba durante todo el día y cobraba medio real, por la carretera circulaban vehículos de todo tipo repletos de pasajeros, y también mucha gente a pie.

Altagracia de Orituco fue fundada por las autoridades españolas en 1704, con todas las formalidades de la época. Nació como pueblo de indios, con la finalidad de cristianizar a los guaiqueríes y enseñarles a *vivir en policía*, como se afirmaba en los documentos de la época, es decir, a vivir en poblados. Por el contrario, San Rafael *surgió* en esos mismos años, vamos a decir, de manera anárquica, sin protocolos oficiales. Ocurrió que, a muchos de los servidores de la Corona, como recompensa a los *servicios prestados*, les fueron otorgados *repartimientos* y *encomiendas*. En otras palabras, la Corona española les dio tierras en el valle de Orituco, y les asignó indios para que los utilizaran en sus labranzas.

Los guaiqueríes no se sometieron a ese trabajo esclavo, y siguieron deambulando por los llanos y valles como lo habían hecho desde siempre. Los nuevos propietarios, al no poder someter a los indios a la rutina del trabajo, decidieron sustituirlos con esclavos que trajeron desde Barlovento para atender sus labranzas de cacao, el gran negocio de la época.

Resuelto el asunto de la mano de obra, les quedaba otro problema: residían en San Sebastián de los Reyes, distante unos 50 o 60 kilómetros al noroccidente de sus nuevas propiedades. La solución que encontraron fue mudarse con sus familias cerca de sus tierras y, para ello, comenzaron a construir sus viviendas en un espacio común, a fin de protegerse unos a otros. Los terrenos escogidos estaban en la encomienda de San Rafael y, por esas circunstancias, estos pueblos, uno de indios y el otro de blancos, nacieron casi simultáneamente.

Pero los encomenderos también necesitaban trabajadores que les hicieran los oficios del hogar y, con esa finalidad, trasladaron esclavos, mujeres y hombres, desde sus haciendas hacia sus nuevas viviendas. Esa fue la razón por la cual San Rafael, desde sus inicios, tuvo una importante población negra, que dio origen a la errónea creencia de que había sido, desde sus inicios, un pueblo de negros.

Por el contrario, San Rafael en tiempos coloniales fue el único pueblo de blancos, capital del partido de Orituco y, en consecuencia, sede de los órganos del poder real, del estanco del tabaco y lugar de residencia de los hacendados más ricos y poderosos del valle. Mientras que Altagracia fue, inicialmente, residencia de indios, pero con los años los guaiqueríes se fueron mezclando con población descendiente de españoles y de negros esclavos, produciéndose el rico mestizaje que es hoy característica de nuestra comunidad.

Para los años de esta crónica, ya Altagracia era una importante urbe, con su economía en decadencia, pero todavía con bastante vigor. Por el contrario, San Rafael era una pequeña población cuyos días de riqueza y esplendor quedaron en el pasado; era un pueblo con mucha menor actividad económica. Por supuesto, sus celebraciones patronales no tenían el mismo esplendor que las de su vecina, no obstante esas circunstancias, sus fiestas eran muy alegres, con mucha música y muy concurridas.

La plaza y los alrededores de la iglesia se llenaban con gente de los dos pueblos. Además, los gracitanos aprovechábamos ese día, sobre todo los niños, para disfrutar del sabroso pan de hornos y otras riquísimas golosinas que allí fabricaban y, creo, que aún se confeccionan. Por supuesto, tampoco faltaban, aparte de las ceremonias religiosas, los toros coleados, las retretas, cohetes y demás fuegos artificiales y bombas de papel y, mucho menos, las mesas de juegos con loterías y ruletas artesanales de animales y frutas.

LUNES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1947

¡Ahí vienen los macaireños!

El lunes 15 de septiembre de 1947, en el aula del sexto grado de la escuela Ángel Moreno, primer día de clases, el maestro comienza a pasar la lista y se detiene al nombrar a Jesús Briceño. Se queda mirándolo y le pregunta.

—¿Tú eres nuevo en la escuela?

El alumno, un tanto nervioso responde:

—Sí señor.

—¿Y de dónde provienes tú?

—¡Gua! Yo soy de Macaira.

Esos días, el comentario obligado en el pueblo era la continua llegada de macaireños. Los más jóvenes hacíamos chistes y bromas con el arribo de familias enteras del vecino pueblo, migración que tildábamos de *la invasión de los macaireños*, recordando el título de una película de ciencia ficción que exhibieron en el cine Ayacucho pocos meses antes, llamada *Marte invade la tierra*.

Efectivamente, esos últimos años de la década de 1940, hubo una oleada de macaireños que se trasladaron a Altagracia de-

bido a la mala situación económica que atravesaba el querido pueblo. Era producto de la crisis final de la agricultura cafetalera, soporte fundamental de la economía de toda la microrregión de Orituco y, en especial, de la de Macaira, que prácticamente dependía de ese cultivo.

Macaira fue, en sus años iniciales, una minúscula aldea donde se asentaron pequeños grupos de población autóctona, indios guaiqueríes, luego de la ocupación de los valles del Orituco por los encomenderos españoles. Con los años, el número de sus habitantes fue creciendo con la llegada de esclavos cimarrones fugados de las plantaciones de cacao de Barlovento. Según la sección de matrículas parroquiales de la Iglesia católica, en 1811, Macaira tenía 110 vecinos, de los cuales 20 eran indios, 2 pardos y 88 esclavos, seguramente cimarrones prófugos de Barlovento.

El incremento del cultivo del café, en las décadas finales del siglo XIX, provoca un aumento constante y significativo de la población en todo el distrito Monagas y, particularmente, en Macaira. Ese crecimiento poblacional fue la consecuencia del auge económico de aquellos años. Bonanza asociada, sin lugar a dudas, a los elevados beneficios que generaban las plantaciones de café, en especial las de la hacienda La Elvira.

Para los gracitanos, en los años de este breve relato, Macaira era un tranquilo y hermoso pueblito con un delicioso clima de montaña, habitado por gente buena y cordial. Un viajecito a Macaira resultaba una muy deseada recompensa para un estudiante con buenas notas, pero también era un lugar ideal para temperar, tanto por su belleza natural y excelente temperatura, como por la gentileza de sus pobladores.

Pero como nada de lo material es eterno, la bonanza económica llegó a su fin con el derrumbe de los precios del café

en los mercados internacionales. Ello obligó a los cultivadores al abandono progresivo de sus plantaciones y, particularmente, llevó al colapso final de la hacienda La Elvira, que pasó a manos de un banco del Estado. A finales de los 40, esa situación obligó a muchos macaireños a emigrar hacia distintas regiones del país, pero con preferencia lo hicieron hacia Alta gracia.

Entre los migrantes hubo un importante grupo de comerciantes y empresarios que, con bastantes dificultades, habían logrado sostenerse hasta entonces. Muchos de ellos pudieron reanudar sus actividades comerciales e industriales en Alta gracia, en donde se instalaron con sus familias. Entre las personas que llegaron en esos años recuerdo, entre otros, a los señores: Ubaldo Armas, José Francisco Martínez, Carlos Augusto Martínez, Manuel Trinidad Romeo y Juan Soto. Algunos de sus hijos fueron mis amigos y compañeros de estudios. Hoy recuerdo a *Pampa* y a Espartaco Martínez, a Roger Armas, quien fue mi compañero en el liceo Ramón Buenahora en primero y segundo años, a Juancito Soto. Otros escapan de mi memoria.

Además de los empresarios con sus núcleos familiares, al pueblo arribaron también un numeroso grupo de familias de escasos recursos económicos. Unos y otros fueron bienvenidos, y se integraron plenamente a la sociedad gracitana. En esos años, el relacionamiento cultural y deportivo entre los estudiantes de las dos poblaciones era muy intenso. Igualmente se repetían las excursiones de turistas gracitanos que iban de visita a los Morros o a La Elvira, y también era frecuente que a un convaleciente de alguna enfermedad prolongada lo enviaran a temperar a Macaira.

En síntesis, entre los habitantes de las dos poblaciones siempre ha existido un intercambio permanente de todo tipo. Han sido, y siguen siéndolo, dos pueblos hermanos, en donde sus habitantes se consideran miembros de la misma identidad ori-tuqueña.

Índice

Presentación	7
Oro en Orituco	13
Los cuentos de la abuela Carmela	19
Peregrinación a la cruz de Peña de Mota	23
Una noche de película	27
Las vacas las ordeñaban dentro del pueblo	33
Un domingo en los gallos	35
“Préstame tu máquina para yo coser”	39
La hacienda La Elvira	43
En barriles también nos llegaba el agua del río	47
Altagracia también sufrió una terrible epidemia en 1941	51
Llegaron los <i>hechíceros</i>	55
Tun, tun. Querosén para el escusado	61
Las retretas en la plaza Bolívar	65
El día en que un cometa chocaría con la Tierra y se acabaría el mundo	69
Cuentos de aparecidos en la plaza Bolívar	73
En el mes de junio Altagracia se llenaba de <i>parrandas de negros</i>	79
Los tabaquitos que torcía la abuela Carmela	83
La tenebrosa <i>oficina</i> de Campos Díaz	87
Las bombas de papel, infaltables en las fiestas patronales	91
“Alegres y rumbosas fiestas patronales de Altagracia de Orituco”	95
Una visita a la hacienda Santa Rosa	101

A volar papagayos en el cerro de Las Iguanitas	105
Las lavanderas: “Cuando el pobre lava, llueve”	109
Las visitas a mi tío Pablo	113
El primer pilón de maíz mecánico en Altagracia	119
A finales de año, el pueblo se llenaba de mulas	123
El juego del ladrón librao	129
Contra el paludismo Flit, mosquitero y quinina	133
Los bizcochitos de manteca o bizcochitos de San Rafael	139
Picando <i>troyas</i> en el parque Sucre	143
La Semana Santa	147
El día que tuve que pelear por culpa de mi falta de oído musical	151
El día que los campesinos <i>tomaron</i> el pueblo	157
Las clases de historia de Venezuela continuaban en la plaza Bolívar	163
Las calles empedradas de mi pueblo	167
La colonia Guzmán Blanco	173
Para los piojos, <i>Flit</i>	177
Leña y budare para hacer arepas criollas	181
¡Don Francisco, hay un hombre picao 'e culebra!	185
En la década de los años 40, en Altagracia se producía <i>casi</i> todo	189
El primer campeonato de voleibol realizado en Altagracia	195
La Madre Candelaria de San José	199
La electricidad venía de La Rubileña	203

¡Manuel, dile a don Pablo que los bistecs sean de la carne más cara!	207
La <i>peligrosa</i> aventura de viajar a Caracas en invierno	211
¡Ahí viene un italiano pepito!	215
El juego de vaqueros en el cerro Peña de Mota	219
Alpargatas pa' todo el mundo	223
La biblioteca Antonio Chacín	227
El río llegó a La Playera	231
El cultivo del tabaco en Orituco	235
Las misas de aguinaldo toman las calles	239
Las fiestas patronales de San Rafael de Orituco	243
¡Ahí vienen los macaireños!	247

El día en que un cometa chocaría con la Tierra.

Crónicas de Altagracia de Orituco

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

Caracas, Venezuela,

octubre de 2022





Al contrario de algunos cronistas que sueñan ser historiadores, el autor de estas crónicas sin dejar de ser el historiador que todos conocemos, apuesta y ordena su fe memoriosa en un género aparentemente menor para dar cuenta de un lugar radiante al que él llama y escribe Orituco. Este viaje a la semilla tan vivo en nosotros –mucho antes de Carpentier– en las aguas de Amalivaká podría ser la urdimbre de unas palabras y el fervor de alguien que ama en demasía su origen y desea dejar en la memoria de los suyos, el relámpago del ser y los seres que alguna vez ocuparon el centro vital de su presencia en el mundo.

En *El día en que un cometa chocaría con la Tierra. Crónicas de Altagracia de Orituco*, Pedro Calzadilla Álvarez vuelve al lugar de donde nunca se ha ido, allí se entiende con unas voces, un tiempo, algo que no es posible en los documentos del Archivo General de la Nación, ni en el Archivo Arquidiocesano de Caracas, ni en otra institución dedicada a conservar la palabra escrita por encima de lo humano y lo divino. Esta vez el viaje, lo escrito, se enraíza al oído y la memoria le ofrenda lo vivido mientras alguien le dicta desde otra luz lo sagrado de un zaguán.

PEDRO CALZADILLA ÁLVAREZ (Altagracia de Orituco, 1933). Licenciado en Periodismo (UCV, 1964) y Licenciado en Historia (UCV, 1973), ejerció el magisterio en la Escuela de Administración de la Universidad Central de Venezuela y en el Colegio Universitario Francisco de Miranda, Caracas. También ha publicado *El valle de Orituco, trescientos años de historia* (Editorial Tierra Firme, Caracas, 1999); *De lo que vi y oí en Orituco* (Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 2000); *Natividad Solórzano, el último caudillo* (Editorial Tierra Firme, Caracas, 2002); *El pabellón de los rojos. Memorias de la cárcel* (Editorial El perro y la rana, Caracas, 2006), *Cerrero... sin azúcar* (Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 2010) y *La calle 9* (Editorial El perro y la rana, Caracas, 2020).

